

9(10-24)

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA POLITICA

Y

ECLESIASTICA DE CHILE

POR

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI

Miembro de la Facultad de Filosofía i Humanidades, i profesor de Literatura e Historia en el Instituto Nacional.

~~~~~  
DUODÉCIMA EDICIÓN  
corregida i aumentada  
~~~~~

SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA EUROPEA DE NICASIO EZQUERRA, EDITOR

1882

B.1-52

9(10-24)

T
983
A529c
1882

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA POLITICA

Y

ECLESIASTICA DE CHILE

MUSEO PEDAGOGICO
Por
CARLOS STUANDO URIZ
MIGUEL LUIS AMUNATEGUI

Miembro de la Facultad de Filosofía i Humanidades, i profesor de Literatura e Historia en el Instituto Nacional.



DUODÉCIMA EDICION
corregida i aumentada

~~50328~~ ☆

R. 09236

SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA EUROPEA DE NICASIO EZQUERRA, EDITOR

1882

Es propiedad del editor Nicasio Ezquerro.

29 SET. 1980

IMPRESA VICTORIA DE H. IZQUIERDO

ADVERTENCIA.

A fin de mejorar esta obrita i de hacerla mas propia para la enseñanza, el autor ha rehecho completamente algunos de sus capítulos i correjido con cuidado todos los demas.

Aprobacion del Consejo de la Universidad de Chile.

ADVERTENCIA

«Santiago, mayo 10 de 1856.»

«Señor Decano:

«La comision encargada de examinar el COMPENDIO DE LA HISTORIA DE CHILE, compuesto por don Miguel Luis Amunátegui, tiene la honra de espresar a Ud. el juicio que ha formado sobre el mérito de este trabajo.

«El autor ha llenado el objeto que tuvo en mira al emprender su obra, que fué proporcianar a la juventud un texto para el aprendizaje de la historia del país. El trabajo del señor Amunátegui abraza todos los hechos notables acontecidos en Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1826, en que se dió fin a la guerra de la independencía. La narracion es clara, fácil, mui bien ordenada i amena en cuanto lo permite la naturaleza de la composicion. Hai ademas en ella exactitud e imparcialidad, pues el autor ha querido ceñirse al papel de narrador severo en lo concerniente a los sucesos que pudieran suscitar pasiones políticas u odios de partido.

«La juventud encontrará en el libro del señor Amunátegui un repertorio razonado i completo para estudiar la Historia de Chile. En consecuencia, la comision opina que este trabajo merece de justicia la aprobacion de la Universidad.

Dios guarde a Ud.

F. VÁRGAS FONTECILLA.—DIEGO BARRÓS ARANA.

«Al señor Decano de Humanidades.»

En vista del informe que precede, el Consejo de la Universidad ha aprobado el presente COMPENDIO para texto de enseñanza.

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA POLITICA I ECLESIASTICA

DE CHILE,

CAPITULO I.

Francisco Pizarro i Diego de Almagro.—Compañía que éstos celebraron con Luque para el descubrimiento del Perú.—Tentativas de los socios para realizar su proyecto.—Viaje de Pizarro a España.—Desavenencia i reconciliación de éste con Almagro.—Situación del Perú al arribo de los españoles.—Prisión de Atahualpa.—Rescate que ofrece para obtener la libertad.—Distribución del rescate entre los españoles.—Muerte de Atahualpa.—Invasión de Alvarado.

A principios del siglo XVI, vivían en la ciudad de Panamá dos capitanes españoles llamados Francisco Pizarro i Diego de Almagro. Los dos eran ya viejos, pues cada uno contaba mas de cincuenta años de edad. Pizarro era bastardo de un coronel español que habia adquirido cierta reputación en las guerras de Italia; i Almagro, hijo de un labrador i nieto de otros, todos ellos, segun un cronista, cristianos viejos, sin ninguna mezcla de sangre mora o judía, que habian vivido siempre de su sudor i trabajo. Pizarro i Almagro se habian manifestado conquistadores valientes, pero no tenían mas ciencia que la natural, no sabiendo siquiera firmarse. A fuerza de industria habian logrado reunir una pequeña hacienda, que los hacia los mas acaudalados de aquella tierra.

Los dos viejos conquistadores tenían por amigo i com-

pañero de negocios al párraco de Panamá don Fernando de Luque.

No conformándose los tres socios con la posición modesta, pero cómoda, que tenían, comenzaron a proyectar el descubrimiento i conquista de una opulenta comarca que se decía situada en las playas del mar del Sur, recientemente descubierto por Balboa i que apenas principiaba a ser explorado.

Todo lo que sabia de aquella rejion ignota, que estaba todavía por encontrarse, era que sus habitantes comian i bebían en platos i vasos de oro, a lo que referían los salvajes del istmo, porque en ella este metal era tan abundante i barato como en otras partes el hierro.

Los españoles habían dado el nombre de *Perú* a aquel país, el cual era desconocido hasta el punto de ignorarse completamente su posición jecográfica.

Pizarro, Almagro i Luque determinaron hallar aquella tierra maravillosa, que se pintaba cuajada de oro i de toda especie de riquezas.

No obstante su avanzada edad, los dos primeros salieron a buscarla, cada uno por su lado, embarcados en miserables barquichuelos i acompañados de unos cuantos aventureros.

Al cabo de catorce meses i despues de haber tenido que soportar penalidades espantosas, regresaron a Panamá sin haber encontrado lo que buscaban. Muchos de los que los habían acompañado habían perecido víctimas de los indijenas, de los caimanes, del hambre o de un clima mortífero. Los que habían tenido la fortuna de sobrevivir venían tan estenuados, que su flacura causaba miedo.

Diego de Almagro traía un ojo ménos, que había perdido en un combate con los indios.

Sin embargo, los tres socios seguían creyendo, como un artículo de fé, en la existencia de una comarca que no habían podido hallar, i estaban mas determinados que nunca a llevar a buen término su empresa.

A pesar de los prodijios que en materia de descubrimientos había habido en aquella época, los habitantes de

Panamá, al observar la insensata obstinacion de los tres amigos, creyeron que habian perdido el juicio, i así nombraban a su párroco, no don Fernando de *Luque*, sino don Fernando Loco.

El gobernador mismo, a fin de evitar el que fuesen a perecer inútilmente en las aguas o las costas del mar del Sur un centenar de españoles que podian servir a Dios i al rei en otra parte, se manifestó dispuesto a prohibir cualquiera nueva tentativa para descubrir el Perú.

Pizarro i sus dos amigos superaron, no obstante, todas las dificultades, i prepararon una segunda espedicion.

En 10 de marzo de 1526, Pizarro, Almagro i Luque firmaron una escritura de compañía, cuyo objeto era el descubrimiento del Perú i la distribucion entre los socios de todas las riquezas que encontrasen. Pizarro i Almagro ponian para ello sus personas, i Luque veinte mil pesos en barras de oro que no eran suyos, sino que habia conseguido interesando en las ganancias al licenciado Gaspar de Espinosa. Como garantía del cumplimiento de estas condiciones, comulgaron los tres con una misma hostia.

Sin tardanza Pizarro i Almagro comenzaron sus exploraciones. Fueron sin cuento las contrariedades que superaron, peligrosísimas las aventuras que corrieron, admirable su constancia, increíble su audacia; pero por lo pronto, todo el resultado que obtuvieron se redujo a descubrir indicios que anunciaban la proximidad de un país opulento.

Como faltasen los recursos se convino en que Pizarro con una parte de la jente se quedaria en una isla, mientras Almagro iba por socorros a Panamá.

El gobernador que habia en esta ciudad, a la época de la formacion de la compañía, habia sido reemplazado por otro que se manifestó mui irritado de que tres locos siguiesen siendo causa de la pérdida de tantos bravos soldados. No solo negó a Luque i Almagro el permiso de enviar ausilios a su compañero, sino que ordenó que un correjidor fuese con dos buques a trasportar sin tardanza a Panamá a los infelices que habian quedado en la isla.

Cuando el correjidor intimó a Pizarro el mandato que traia, el audaz aventurero trazó por toda respuesta con su espada una línea de Este a Oeste. Despues, volviéndose al Sur, dijo:—«Camaradas i amigos, por aquí se va al Perú a ser ricos; por acá se va a Panamá a ser pobres: escoja el que sea buen castellano lo que mas bien lo tuviere.»

Dicho esto, pasó la raya.

Solo trece hombres mas imitaron su ejemplo.

Los otros permanecieron con el enviado del gobernador.

El correjidor, irritado por la porfia de aquellos desobedientes, no quiso consentir por nada en dejarles una sola embarcacion; llevó aun su cólera hasta tasarle las provisiones que les concedió para que no pereciesen de hambre. La única gracia que les otorgó fué la de permitir que uno de ellos fuese a Panamá en solicitud de socorros.

Al fin de siete meses, este comisionado trajo una nave sin mas tripulacion que los individuos absolutamente indispensables para la maniobra. Era todo lo que Luque i Almagro, a fuerza de ruegos, habian alcanzado del gobernador; i esto con la precisa condicion de que Pizarro habia de ir a darle cuenta, al término de seis meses, cualesquiera que fuesen los resultados.

La serie de los sucesos manifestó que el plazo era demasiado largo. Pizarro volvió a Panamá a fines de 1527 con la satisfaccion de haber encontrado el Perú, aquel paraíso del oro, motivo de tantas ilusiones para unos i de tantas burlas para otros. Habia regresado, porque si es posible descubrir un grande imperio con un barquichuelo i dos docenas de individuos, es imposible conquistarlo con elementos tan pequeños.

El Perú estaba encontrado; pero los tres socios se hallaban completamente agotados de recursos i faltos de crédito.

Se convencieron luego de que el único arbitrio que les quedaba era ir a buscar en España los elementos de que carecian.

Luque, que conocia la doblez del carácter de Pizarro, sostenia que el agente enviado a la península habia de ser

una persona estraña a la Compañía; pero Almagro que tenía una confianza ciega en su compañero, pretendía que solo Pizarro podía desempeñar la comision.

Habiendo prevalecido la segunda de estas opiniones, Pizarro partió a la corte con el encargo de pedir al monarca, que era entónces el emperador Carlos V, los medios de ejecutar su proyecto i de solicitar empleos i gracias para sus dos socios.

Sucedió al pié de la letra lo que Luque habia temido. Pizarro organizó en España una expedicion; pidió para sí cuantos honores pudo; dejó a Luque el título de obispo de las nuevas tierras que descubriese, solo porque él no podia llevar a un tiempo el báculo i la espada; i solicitó para Almagro únicamente el mando de una de las fortalezas que debian levantarse en la costa.

Fácil es concebir el disgusto que un procedimiento semejante produjo en el ánimo de Almagro.

A este motivo de descontento, que era por sí solo bien sério, se agregó el de la soberbia de cuatro hermanos, sumamente presuntuosos, que Pizarro habia traído consigo de España, los cuales, i particularmente uno de ellos llamado Hernando, comenzaron a tratar a Almagro con desden, negándole las consideraciones que le eran debidas.

Sin embargo, como Francisco Pizarro necesitaba todavía de la cooperacion de su compañero i como éste era bueno i jeneroso, i gracias ademas a la mediacion de Luque, los dos viejos amigos se reconciliaron, conviniendo en que, una vez conquistado el Perú, se pediria para Almagro una gobernacion que principiaria donde terminase la de Pizarro.

En los primeros dias de enero de 1531, Pizarro se hizo a la vela en tres barcos con ciento ochenta i tres hombres i veinte i siete caballos para ir a apoderarse de un país cuyos recursos ignoraban completamente cuales eran.

Almagro se quedó todavía en Panamá juntando mas jente i nuevos pertrechos a fin de seguir en su auxilio.

Habiendo desembarcado Pizarro, despues de muchas penalidades, en las playas del Perú, supo que esta comarca

acababa de salir de una guerra civil, trabada por dos reyes hermanos, entre quienes su antecesor, padre de ámbos, habia, al morir, dividido el reino. Atahualpa, uno de ellos, habia vencido, hacia mui poco tiempo, a Huáscar, el otro hermano; le habia puesto en prision, i se habia apoderado de todos sus Estados. En aquel tiempo se hallaba precisamente ocupado en concluir la pacificacion de los dominios que habia heredado i de los que habia conquistado.

Apenas el jefe español hubo recojido estas noticias, fundó en la costa, para que sirviera de base a sus futuras operaciones, una poblacion a la cual dió el nombre de *San Miguel*; i no temió aventurarse al frente de un puñado de hombres al traves de un imperio que parecia poderoso i que estaba habitado por un pueblo de costumbres estrañas, cuyo idioma no conocia siquiera.

Felizmente para él tanta osadia no le salió mal.

La inesperienza de los peruanos i la excesiva confianza en sus fuerzas, propia de las naciones poco adelantadas, hicieron que considerasen a los estranjeros como jente curiosa de ver, pero de ninguna manera temible. Así fué que, en vez de procurar impedirles la entrada, los dejaron penetrar sin obstáculos en el país.

Habiendo Pizarro pedido al inca (este era el nombre que se daba a los monarcas peruanos) una entrevista en la ciudad de Cajamarca, Atahualpa se la concedió, deseoso de tener ocasion de cazar a mano, con lazos i correas a los *barbudos*, apodo con que designaban a los invasores.

El 16 de noviembre de 1532 le aguardó Pizarro en el punto indicado con su tropa emboscada: i tan pronto como el soberano se hubo presentado, le tomó prisionero con un arrojito de que hai pocos ejemplos, en medio de una comitiva tan numerosa como un ejército, en la cual hizo una mortandad espantosa.

La prision del inca fué casi la sumision del imperio a los castellanos. Desde que el soberano estuvo en poder de éstos, mui pocos fueron los que se atrevieron a resistir, i esto para ser pronto vencidos por los conquistadores.

Habiendo observado Atahualpa la codicia de los espa-

ñoles, se creyó salvado. Estaba preso en un cuarto que media diez i siete piés de ancho i veinte i dos de largo. El desgraciado inca, empinándose cuanto le fué posible, i señalando hasta el punto mas alto que alcanzó su mano, prometió a los invasores que les daría tanto oro cuanto cupiese en aquel aposento desde el suelo hasta el punto marcado, si le devolvían la libertad. Los españoles, sin creer mucho en la posibilidad de la oferta, la aceptaron, por lo que pudiera suceder. Tiróse una raya roja a la altura señalada por el inca, redujose el convenio a escritura pública legalizada por escribano, i se concedieron dos meses a Atahualpa para cumplir su compromiso.

Miéntras mensajeros enviados a las diversas provincias del imperio recojian el tesoro necesario para el rescate de su soberano, éste hizo dar muerte en la prision a su hermano Huáscar, temiendo que pudiera llegar a interesar en su favor a los españoles. El inca vencedor ignoraba que bien pronto debía espiar semejante inhumanidad siendo víctima de otra no ménos execrable.

Estaban verificándose tan estraños acontecimientos en el recién descubierto Perú, cuando arribó a sus playas Diego de Almagro, al frente de un refuerzo. Trabóse entónces un sério altercado entre Pizarro i Almagro i sus compañeros respectivos, sobre la reparticion del rescate del inca. Los recién venidos pretendían deber tener una porcion igual a la que tocase a los primeros conquistadores; pero, por grave que fuese la diferencia, no bastó, sin embargo, para hacer romper a dos socios que frecuentemente se avenían tan mal. Al fin, despues de largas disputas, no solo arreglaron la distribución del rescate, que casi habia sido una manzana de discordia entre ellos, sino que convinieron tambien en enviar a España a Hernando Pizarro a fin de que solicitara del rei, para Almagro, la gobernacion de la tierra que se estendia al Sur de la que habia sido asignada a Francisco Pizarro.

Solo el infeliz Atahualpa fué quien perdió en la conclusion del negocio. De nada le sirvió entregar con toda fidelidad el rescate que habia ofrecido, Sintiéndose los espa-

ñoles embarzados con la custodia del soberano de aquel país i no esperando ya nada de él, le hicieron morir con el suplicio del garrote, infrinjiendo todas las promesas que le habian hecho.

Los invasores prosiguieron la conquista de aquella rica i desconocida comarca sin mayor dificultad, i llegaron a apoderarse de la ciudad del Cuzco, opulenta capital del imperio.

Hácia este tiempo se supo que habia desembarcado en la costa el gobernador de Guatemala, Pedro de Alvarado, que venia al frente de quinientos españoles, con la determinacion de conquistar para sí una parte de los dominios de los incas.

Inmediatamente salió Diego de Almagro a oponerse a tales propósitos. Como era un individuo que de jeneroso rayaba en pródigo, no solo reunió pronto jente de guerra para rechazar al competidor que llegaba, sino que tambien se ganó a los soldados de éste, a quien obligó por la suma de cien mil pesos a volverse a Guatemala solo, dejando la tropa, los pertrechos i las naves que habia traído.

CAPITULO II.

Desavenencias de Pizarro i Almagro con motivo de la ciudad del Cuzco.—Determinacion que toma Almagro de ir al descubrimiento i conquista de Chile.—Ocupacion anterior de una parte de este país por los incas.—Descubrimiento del Estrecho de Magallanes.—Espedicion de Loaisa.—Id de Almagro a Chile.—Paso de los Andes por los Españoles.—Esploracion de Chile practicada por Almagro.—Vuelta de los conquistadores al Perú.—Fin de Diego de Almagro.—Espedicion de Alcazaba.

El triunfo tan fácilmente obtenido sobre Alvarado i la popularidad de que gozaba entre los conquistadores, hicieron que Almagro tomase unos humos que anteriormente no tenia.

Hallábase así ensoberbecido, cuando llegó la noticia de que el soberano le habia concedido una gobernacion inde-

pendiente, al Sur de la de Pizarro i de que la ciudad del Cuzco estaba incluida en ella.

Sin mas ni mas, Almagro exijió que esta importante poblacion le fuese entregada.

Pizarro sentia infinito perder la capital de los incas.

Los dos estuvieron, pues al decidir a lanzadas a quien habia de pertenecer la ciudad disputada. Esta vez pareció que la desavenencia entre aquellos viejos amigos, iba a ser definitiva, tanto mas cuanto que Luque, el cual habia servido siempre de pacificador en sus rencillas, habia ya a la fecha fallecido en Panamá. Sin embargo volvieron a reconciliarse, i Pizarro consiguió que Almagro abandonase por entónces sus pretensiones sobre el Cuzco, persuadiéndole a que fuese al descubrimiento i conquista de un país que la fama pregonaba de mui rico i que se estendia al Occidente de los Andes; este país era el que despues se llamó Chile, el que ahora habitamos. «Si esa tierra, dijo Pizarro a Almagro, no es lo que todos anuncian, volved i partiremos entre nosotros el Perú como hermanos.»

Es esta la ocasion de manifestar cuáles eran las noticias que se tenian entónces en el Perú sobre la comarca a donde Almagro se proponia ir.

Hacia mas de un siglo que los ejércitos de los incas habian atravesado la cordillera para ir a someter a la dominacion peruana la rejion que se estendia entre los Andes i el mar. Estos ejércitos habian conseguido su objeto sin grandes dificultades en todo el territorio que llegaba hasta la orilla Norte del Rapel, segun algunos, hasta la del Maule, segun la opinion mas fundada. En uno u otro de estos dos puntos se habian visto forzados a detenerse por la heroicidad con que defendieron sus hogares los habitantes conocidos bajo el nombre de *promaucas* o *promaucaes*. Los peruanos no habian considerado conveniente por entónces forzar el paso esponiéndose quizás a sufrir un desengaño, i habian preferido, ántes de continuar adelante, consolidar su dominacion en lo que tenian conquistado.

Los peruanos sabian poco o nada sobre lo que era el resto de Chile; pero, a la época de los sucesos que voi refi-

riendo, los españoles habian adquirido por sí mismos noticias, aunque bastante imperfectas, de la estremidad meridional de este país.

Nadie ignora que el descubrimiento de la América fué debido al deseo de encontrar un pasaje por mar a la India, cuyas inagotables riquezas, codiciaban las naciones europeas. Los españoles no quedaron satisfechos con haber hallado un nuevo mundo perdido hasta entónces en medio de la inmensidad de las aguas. Siempre continuaron ajitados por el pensamiento de encontrar un camino que les permitiera disputar a los portugueses, sus rivales, los tesoros del Oriente.

Fué precisamente un portuges, Fernando de Magallanes, el que hizo descubrir a los españoles lo que tanto habian deseado i lo que tanto habian buscado en vano. Era éste un ilustre marino que, agraviado por un desaire que recibió de su soberano, renunció jurídicamente a su patria i fué a ofrecer a España el descubrimiento, al traves del continente americano, de una comunicacion marítima que debía abrir el camino de la India.

En efecto, Magallanes salió a cumplir su promesa con una escuadrilla de cinco naves, la cual tripulaban doscientos treinta i siete individuos.

El 6 de noviembre de 1520, siete años ántes del descubrimiento del Perú, penetró en el estrecho que corta la parte meridional del territorio chileno, i a que dió su nombre.

Magallanes llamó *Tierra de los patagones* o *Patagonia* la que tenia a su derecha; i *Tierra del Fuego* la que tenia a su izquierda.

La tradicion ha cuidado de consignar el orijen de tales denominaciones. El primer indijena que los españoles vieron ántes de descubrir el estrecho, pero en la rejion adyacente, fué, a lo que refirieron, un gigante a cuya cintura llegaban apénas. Aquel salvaje deforme iba cubierto con la piel de un animal i llevaba los piés metidos en la estremidad de ella, como en pantuflos; así es que parecía tener

grandes patas de bestias, lo que fué causa de que Magallanes dijera que era un *patagon* o paton.

Despues siguieron observando que los indijenas tenian un aspecto semejante al del primero que habian visto, e hicieron estensivo a todos el apodo que su jeneral habia dado a éste. La *Tierra del Fuego* debió su nombre a muchos fuegos que aquellos intrépidos navegantes percibieron en ella durante la noche.

Despues de haber empleado veinte i dos dias en atravesar el estrecho, Magallanes entró en el mar del Sur, que dominó *Pacífico* a causa de la tranquilidad que presentaba.

Aquellos intrépidos navegantes fueron descubriendo varias islas hasta que el 27 de abril de 1521 Fernando de Magallanes murió, peleando esforzadamente i cubierto de muchas heridas, en la isla de Mactan, una de las Filipinas.

El 6 de setiembre de 1522, la nave *Victoria*, una de las cinco de Magallanes i la primera que hubiese dado la vuelta al mundo, regresó a Sanlúcar al mando de Sebastian de Elcano, con diez i ocho personas, a los tres años ménos catorce dias de haber zarpado del mismo puerto, a las órdenes del valiente e infortunado portugues.

Lo lucrativo que, segun se consideró debia ser el comercio con las islas de las especies descubiertas por Magallanes en los mares australes, hizo que, ménos de tres años despues del regreso de la nave *Victoria*, el emperador Carlos V mandase salir por el mismo derrotero una segunda armada de siete buques, tripulada con cuatrocientos cincuenta individuos i dirigida por el comendador de la órden de Ródas, frai don García Jofré de Loaísa.

Cuando esta expedicion llegó a la boca oriental del estrecho, sufrió muchos i grandes desastres, incluso naufragios i gruesas averías. El buque *San Lesmes*, capitan Francisco de Hóces, arrastrado por un viento récio fué llevado hasta el grado 55 de latitud Sur, i descubrió un cabo, que debió ser, o el que recibió mas tarde el nombre de cabo de *Hornos*, o talvez solo el del *Buen Suceso* al Oeste de la isla de los Estados.

MUSEO PEDAGÓGICO
CARLOS STUARDO URIZ
BIBLIOTECA

El comendador Loaísa pasó el estrecho, i falleció en el Pacífico de muerte natural.

Sus compañeros perecieron, o fueron a dar a Méjico o a España, donde refirieron un gran número de patrañas sobre las comarcas adyacentes al estrecho, que pintaban habitadas por gigantes a cuya cintura no alcanzaba a llegar con la mano un hombre alto, que se comían de un bocado tres o cuatro libras o mas de ballena hediente, i que se bebían de un trago mas de seis arrobas de agua.

Diego de Almagro salió del Cuzco el 3 de julio de 1535 para ir a Chile, que se presentaba a los españoles como un país de oro en la estremidad Norte, como un país de prodijios en la estremidad Sur, doble aliciente para estimular juntamente su codicia insaciable de riquezas i su curiosidad nunca satisfecha de lo maravilloso.

Los prácticos del país hicieron saber a los audaces conquistadores que solo podían penetrar en Chile, o por un desierto de cuarenta jornadas, sin agua, escepto únicamente para partidas de cuatro o cinco jinetes; o por un puerto de cordillera, donde caía nieve hasta en el rigor del verano.

Los españoles, despues de madura deliberacion, prefirieron poder marchar en grandes cuerpos por el segundo de estos caminos, aunque fuera mas peligroso, a tener que ir divididos en pequeños destacamentos por el primero, aunque fuera mas cómodo.

Almagro, que venia al frente de doscientos jinetes i de mas de trescientos infantes i de muchos indios de carga guardados por negros i otros indios sumisos, empleó mas de cinco meses en pasar desde el Cuzco hasta el pié de los Andes al traves de desiertos, o de comarcas pobladas por indígenas belicosos, que opusieron a los españoles una seria resistencia.

Los castellanos habían venido oyendo hablar mucho a los indios sobre las dificultades del tremendo pasaje de la cordillera; pero, a pesar de esto el aspecto solo de aquella colosal muralla de granito les hizo comprender que las noticias recibidas estaban mui distantes de ser exajeradas,

En efecto, las penalidades del tránsito fueron espantosas.

Los conquistadores tenían que marchar por una senda áspera i escabrosa, cubierto de fragmentitos filudos de roca que lastimaban, no solo los piés de los hombres, sino aun las patas de los caballos.

Faltaba el agua, faltaba el alimento, el frio era horrible i no se encontraba ni una rama para hacer fuego.

El reflejo del campo nevado i de la mucha nieve que caía del cielo quemaba los ojos de los castellanos.

Una opresion abrumadora de pecho, acompañada de fuerte tos, enfermedad propia de aquellas alturas, conocida con el nombre de *puna*, les quitaba las fuerzas para seguir caminando.

Sin embargo, tenían que continuar la marcha sin detenerse para tomar reposo, porque si se paraban se quedaban helados.

Tenían, pues, que marchar, i marchar siempre a pesar de todo, en medio de un diluvio de nieve, con los ojos bajos i el pecho oprimido.

Para saciar el hambre, los indios vivos se comían a los muertos, i los castellanos a los caballos helados.

Al fin se encontraron delante de los verdes i amenos valles de Chile.

Los mejores librados habían perdido sus ropas i sus caballos; otros, la mayor parte de sus negros e indios de servicio, que murieron; otros, los dedos, las manos o los piés, que les consumió la nieve.

Almagro i sus compañeros avanzaron sin grandes dificultades hasta el valle de Aconcagua; pero la tierra que hasta allí recorrieron no correspondía a las brillantes ilusiones con que habían venido halagándose. El clima era dulce, los habitantes hospitalarios; mas, ni se levantaban poblaciones espléndidas, como en el Perú, ni el oro cubría la superficie del suelo, como se les había asegurado.

Sin embargo, Almagro, no queriendo todavía aceptar el desengaño, determinó continuar sus exploraciones al Sur.

En estas circunstancias supo que acababa de pasar la cordillera, al mando de su hijo, un segundo cuerpo de ciento diez españoles con tantos sufrimientos como el primero, o talvez mayores.

Tanto por los ruegos de los que le acompañaban, los cuales no veian objeto en seguir adelante, como por la necesidad de proporcionar oportunos auxilios a los recién llegados, convino en permanecer en Aconcagua i encomendar al capitan Gomez de Alvarado el descubrimiento que habia proyectado hacer en persona.

Al cabo de tres meses, regresó el capitan ponderando la pobreza i esterilidad de la rejion que habia visitado. Referia que solo habia encontrado algunos ruines villorios de indijenas sumamente salvajes i miserables en medio de ciénegas i tremedales; i que habiéndose informado sobre la comarca que se estendia todavia mas al Sur, habia averiguado que tocaba a los confines del mundo.

El resultado de esta expedicion hizo que los españoles redoblaran sus instancias para volver al Perú.

En este tiempo llegó un nuevo refuerzo de cien hombres, el cual traia una real provision que concedia a Pizarro una gobernacion bajo el nombre de *Nueva Castilla*, i otra a Almagro, al Sur de la primera, bajo el de *Nueva Toledo*. Aunque el despacho fijaba los deslindes de las dos gobernaciones, sin embargo, la ambicion i la falta de conocimientos jeográficos incluyeron para que los soldados de Almagro se persuadiesen de que el Cuzco, la ciudad codiciada estaba comprendida en el territorio señalado por el rei a su jeneral. Todos dijeron entónces a una voz que era urgente ir a asegurar tan magnífica posicion contra el despecho i las intrigas de Pizarro. Almagro se dejó arrastrar por el mismo impulso de sus compañeros. Todos se apresuraron a abandonar a Chile, dirijiéndose esta vez por el camino del desierto.

Mucho tuvieron los conquistadores que padecer durante esta marcha; pero todas las penalidades les fueron lijeras por el gusto anticipado de los deleites i felicidades que les aguardaban en el Cuzco.

En lugar de los goces saboreados con demasiado apresuramiento, Almagro i muchos de los suyos solo hallaron en el Perú los trabajos de la guerra, las desgracias, la muerte; en lugar de las dulzuras del Cuzco, solo encontraron las angustias del suplicio.

Francisco Pizarro, como era natural, se opuso a las pretenciones de su socio. La lucha fué reñida i estuvo llena de alternativas i peripecias; pero al fin fué terminada en favor de Pizarro, por la batalla de las Salinas, dada el 6 de abril de 1558.

Habiendo caído Almagro prisionero de Hernando Pizarro, que ya habia vuelto de España, fué ajusticiado sin consideracion a sus años ni a sus eminentes servicios.

Hácia la época, poco mas o ménos, en que este desventurado jefe habia emprendido su expedicion a Chile, para entrar en este país por la estremidad Norte, otro conquistador, Simon de Alcazaba, habia venido de España para fundar en la meridional un reino que debia estenderse al Sur de la Nueva Toledo; pero habia sido bárbaramente asesinado por sus propios soldados en la costa patagónica, i el proyecto habia sido abandonado.

CAPITULO III.

Pizarro encarga a Pedro de Valdivia el descubrimiento de una parte de Chile.—Compañía de Valdivia i Pedro Sancho de la Hoz para la conquista del país mencionado.—Fundacion de Santiago.—Llega a Chile la noticia de la muerte de Pizarro.—El Cabildo de Santiago nombra a Valdivia gobernador de la colonia.—Conspiracion contra este mandatario.—Insurreccion de los indíjenas.—Viaje de Monroi al Perú en busca de auxilios.—Sublevacion de los colonos peruanos, acaudillados por Gonzalo Pizarro, contra las autoridades lejitimas.—Viaje de Valdivia al Perú, i sus esfuerzos para restablecer el órden en este país.—Recompensa que el presidente La Gasca dá a Valdivia en premio de sus servicios.—Progresos que hace este conquistador en la ocupacion de Chile.—Viaje de Alderete a España.—Insurreccion de los Araucanos.—Batalla de Tucapel i muerte de Valdivia.

Vencidos los almagristas, Francisco Pizarro pensó en llevar adelante la conquista i esploracion del Reino de Chile, Estaba autorizado por la corte de España para en-

comendar a quien le pareciese la ocupacion del país comprendido entre su gobernacion i el rio Maule. Usando de esta facultad, encargó la referida empresa a Pedro de Valdivia, oficial que se habia distinguido en las guerras de Italia, que habia trabajado en el descubrimiento de Venezuela i que habia prestado importantes servicios a Pizarro en la lucha contra Almagro, haciéndose notar particularmente por su arrojo en la batalla de las Salinas.

En esta misma época residia en el Perú un tal Pedro Sancho de la Hoz, que habia obtenido una patente del monarca para descubrir la rejion que se estiende desde el archipiélago de Chiloé para el Sur. A fin de facilitar la expedicion, Pizarro hizo que Valdivia i Pedro Sancho de la Hoz se asociaran, comprometiéndose a suministrar cada uno por su parte una porcion de los elementos precisos.

Desde la vuelta de Almagro estaba tan desacreditado el proyecto de la conquista de Chile, que cuando en el mes de agosto de 1540 se reunieron Hoz i Valdivia a la entrada del desierto de Atacama, como lo tenian convenido, para comenzar la expedicion, el primero solo pudo presentar unos cuantos caballos, i el segundo, no obstante su crédito i sus relaciones, únicamente ciento cincuenta hombres con algunos pertrechos.

Valdivia reconviño a Pedro Sancho de la Hoz por su falta de cumplimiento en la cantidad de auxilios que debia proporcionar; i como éste no tuviera qué responder, se vió precisado a ceder a su socio todos sus derechos bajo la sola condicion de que le llevara consigo en el rango correspondiente i le pagara a su justo precio los pocos caballos de que ántes se ha hecho mencion.

Por esta cesion, Pedro de Valdivia vino a hallarse el futuro conquistador de todo lo que despues fué Chile, ménos el espacio comprendido entre el Maule i Chiloé, que estaba adjudicado a Alonso de Camargo, al cual, hácia esta época, aunque Valdivia i Hoz no lo sabian, las tempestades del Estrecho de Magallanes habian puesto en la imposibilidad de acercarse siquiera a dicho territorio.

La columna espedicionaria se puso en marcha penetran-

do en el desierto el 14 de agosto de 1540; i llegó sin novedad notable hasta las márgenes de un riachuelo denominado el Mapocho.

En este sitio determinó Valdivia edificar la capital de la futura colonia. Efectivamente, esa ciudad fué fundada allí el 12 de febrero de 1541, bajo el nombre de *Santiago*, en honor del patron de las Españas.

Encontrábase este célebre conquistador ocupado en el establecimiento del cabildo i demas autoridades i en la construccion de los edificios, cuando supo por los indios una noticia que le llenó de turbacion a él i a sus compañeros. Francisco Pizarro habia sido asesinado en el Perú por el hijo de Almagro, que en seguida se habia apoderado del mando. Si se tiene presente que Valdivia i la mayor parte de sus compañeros habian contribuido a la pérdida de Almagro, se comprenderá las inquietudes que semejante suceso debia causarles. Era seguro que los nuevos mandatarios del Perú habian de tratar, por venganza, de despojarlo de todos los frutos que sus trabajos empezaban a darles en la conquista que estaban emprendiendo.

Para precaverse en cuanto fuera posible, de este riesgo, el cabildo i vecindario de Santiago otorgaron en nombre del rei el título de gobernador a Valdivia, que hasta entonces solo habia sido un teniente gobernador de Francisco Pizarro.

Pero como esta medida era únicamente una especie de protesta contra los acontecimientos del Perú i de ningun modo una salvaguardia contra los males que podian inferirles los almagristas, bien fuese enviando tropas a hostilizarlos, bien fuese suspendiéndoles simplemente la remision de socorros, ella no puso término a las zozobras de los colonos de Santiago. Todos estaban ansiosos de saber a punto fijo lo que habia sucedido, porque hasta entonces no tenian mas noticias que las trasmitidas por los indios. I ¿quién podia asegurar que aquellas voces no fuesen uno de tantos embustes como fraguaban los indíjenas para alejar a los extranjeros?

A fin de salir de esta ansiedad, Valdivia determinó ir en persona a hacer construir un bergantin en la costa del valle de Aconcagua, con el propósito de enviarlo al Perú tan luego como estuviera concluido, en busca de noticias fidedignas.

Mientras se hallaba enteramente dedicado a esta obra, recibió de Santiago una carta que le denunciaba estarse tramando una conspiracion contra su autoridad i su vida. Aunque este denuncia le fué entregado a la media noche, Valdivia se dirigió a la ciudad sin mas tardanza que la necesaria para encargar a sus trabajadores que continuaran la construccion del bergantin.

La vuelta inesperada del gobernador desconcertó a los conspiradores, que fueron aprehendidos i confesaron que desde el Perú traian tramado el complot en combinacion con el que acababa de costar la vida a Pizarro. Cinco de los mas culpables recibieron en una horca el castigo de su delito.

Los habitantes de Santiago no se recobraban todavía de la tristeza que esta ejecucion les habia causado, cuando supieron que todos los indios de los alrededores, considerándolos aislados despues de lo acontecido en el Perú, se habian declarado en abierta insurreccion i habian principiado por matar a los constructores del bergantin.

Sin tardanza, Valdivia marchó al frente de noventa hombres contra un cuerpo bastante numeroso que aparecia por el Sur, i dejó en la ciudad una guarnicion de cincuenta hombres a las órdenes de Alonso de Mouroi. Apenas se hubo alejado algun tanto, una multitud de indios se precipitaron sobre Santiago i lo incendiaron. La guarnicion, obligada a encerrarse en el fuerte, hábria sucumbido al fin i al cabo, si no se hubiera aprovechado de un intermedio de los combates para dar aviso al gobernador de lo que pasaba. La presencia de Valdivia forzó a los indios a retirarse i a hacer ménos pertinaces en sus ataques, pero no mejoró de un modo notable la situacion de los españoles, que se veian estrechados en el reducido recinto de una fortaleza, sin ropa, sin víveres, i obligados a disputar dia-

riamente a sus enemigos las cebolletas silvestres que les servian de alimento.

Sin embargo, Valdivia i los suyos no desmayaron i permanecieron firmes en sus puestos, sin mas esperanzas de alivio que la llegada de socorros del Perú, adonde habian enviado a Monroi con este objeto. Pero los meses pasaban i el mensajero no volvia. ¿Habria perecido a manos de los indios sublevados en el largo tránsito de Santiago al desierto? ¿Habria muerto de hambre o de fatiga? Nadie lo sabia.

Por último, despues de muchas ansiedades regresó Monroi, no solo con ausilios, sino tambien con noticias mui notables. El hijo de Almagro habia sido castigado por su crimen i el Perú estaba rejido por un gobernador enviado por el rei i llamado Vaca de Castro, quien manifestaba tener grandes simpatías a los colonos de Chile.

Alentado Valdivia con los socorros que acababa de recibir, no perdió tiempo; reedificó a Santiago, envió a fundar con el nombre de la *Serena* una segunda ciudad en el valle de Coquimbo, para facilitar sus comunicaciones con el Perú; e hizo explorar por su lugar-teniente las costas i el interior del pais. Cuando hubo practicado estos trabajos previos, reconoció que, para estender su conquista, como lo deseaba ardientemente, necesitaba un refuerzo de hombres i de pertrechos, i poniéndose sin tardanza en busca de los elementos que le faltaban, comisionó a algunos de sus oficiales para que fuesen a traérselos al Perú. Como sabia la buena disposicion de Vaca de Castro, no dudaba ni por un momento que sus ajentes habian de volver pronto con los socorros que necesitaban.

Grande fué pues, la sorpresa cuando, pasado algun tiempo, recibió, en vez de lo que esperaba, la noticia de que el Perú estaba de nuevo envuelto en una espantosa guerra civil. El gobernador Vaca de Castro habia sido reemplazado por un majistrado superior llamado Blasco Nuñez Vela, quien debia rejir el pais con el título de virei. Habiendo tratado el nuevo mandatario de reprimir ciertos desórdenes con demasiada severidad, muchos de

los españoles que tenían propiedades en el Perú se habían sublevado, acaudillados por Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco, i habían derrotado i quitado la vida al virrey, en una batalla campal.

A pesar de las relaciones que Valdivia tenía con la familia de los Pizarros, no vaciló un momento en hacer cuanto de él dependiera para sofocar la revuelta del último representante de aquel ilustre apellido. Veía que para llevar adelante la conquista de Chile le era preciso el apoyo del Perú, i que este apoyo no le sería prestado nunca mientras la rebelion dominase en el país mencionado. Ante esta consideracion cedieron todas las otras.

Persuadido de que la pacificacion del Perú era el antecedente necesario de los progresos que podia hacer en la ocupacion de Chile, se embarcó para la primera de estas comarcas con la intencion de cooperar con su espada al castigo de los rebeldes. Efectivamente, se puso a las órdenes del presidente La Gasca, enviado por la corte de España para restablecer la tranquilidad del Perú, i dirijió, puede decirse, las operaciones de la campaña, que trajo por resultado la ruina de Gonzalo Pizarro i de sus parciales.

En premio de los importantes servicios que Pedro de Valdivia acababa de prestar a la causa de la metrópoli, el presidente La Gasca le confirmó, en nombre del soberano i a virtud de facultades que traía para ello, el título de gobernador de Chile que le había sido conferido por el cabildo de Santiago, i le proporcionó además auxilios de jente i de armas para que viniera a ensanchar la conquista de su gobernacion.

A su vuelta Valdivia se encontró con que los indios se habían levantado destruyendo la ciudad de la Serena. Sin desanimarse por este nuevo contratiempo, este conquistador, que ya tantos había soportado, afianzó la sumision de los indijenas que habitaban en el territorio ocupado por los españoles, reedificó la ciudad arruinada, i marchó al frente de doscientos soldados a tomar posesion de las comarcas del Sur. Esta parte de Chile era la mas poblada,

la mas fértil, la mas bella; pero sus moradores eran mas aguerridos i amantes de su independencia que los de la parte boreal. Los españoles tuvieron que empeñar varios combates i algunos mui reñidos; mas habiendo salido de todos victoriosos, llegaron a las márgenes de un majestoso rio conocido con el nombre de Biobio.

En un sitio de su ribera, vecino al mar, fundó Valdivia, el 5 de marzo de 1550, a *Concepcion*, la tercera ciudad del reino.

Apénas hacia nueve dias que se habian echado los cimientos de esta nueva poblacion, cuando fué asaltada por los habitantes del otro lado del Biobio, tan famosos bajo el nombre de *araucanos*; pero como los españoles estuvieron prevenidos, los asaltantes fueron completamente derrotados. Esta victoria pareció ser decisiva. Los indíjenas se rindieron. Valdivia atravesó el Biobio i recorrió en diversas ocasiones el pais como señor, fundando en él las ciudades de la *Imperial*, *Valdivia*, *Villa Rica*, i *Angol* o los *Confines*, juntamente con diversas fortalezas.

A fin de tomar posesion de todo el territorio que pensaba ocupar, envió cuerpos de tropas allende los Andes para que recorriesen hasta el Océano Atlántico, i buques para que explorasen las costas australes i el Estrecho de Magallanes, por donde tenia proyectado comunicarse con España.

Al mismo tiempo hacia partir para la corte a su compañero de armas, Jerónimo de Alderete, con el encargo de que el rei confirmara el nombramiento de gobernador de Chile hecho por La Gasca en la persona de Valdivia, i aumentara la estension del territorio concedido a dicho gobernador.

Parecía que la conquista estuviera ya terminada, i que solo faltara consolidarla. Estaba Valdivia haciendo los preparativos para ir a fundar, mas al Sur que todas las demas, una ciudad a la cual iba a bautizar, en honor de su esposa, con el nombre de *Santa Maria de Gaete*, cuando le llegó una noticia que tenia visos de alarmante.

Los araucanos no habian podido soportar los trabajos

forzados que les imponian los españoles para el laboreo de las minas. Como no formaban un solo pueblo sino un conjunto de tribus que solian aliarse en las circunstancias graves. Colocolo, anciano guerrero mui respetado entre ellos por su prudencia, los habia reunido a la sombra de un bosque secular para que se ligasen contra el extranjero i elijiesen un *toquí* o jefe supremo, que los dirijiese en la guerra. Por influjo del mismo Colocolo, aquella alta dignidad habia recaido en Caupolican, guerrero famoso por su osadia i su astucia, de formas hercúleas, que no tenia otro defecto que el de ser tuerto.

El toquí habia conducido a los araucanos contra la fortaleza de Tucapel, habia obligado a la guarnicion a que la evacuase i habia asentado su campamento sobre los escombros humeantes de aquellas fortificaciones levantadas por los conquistadores.

Valdivia no dió a estas noticias mucha importancia desde luego; creyó que era uno de tantos alzamientos de indios, i marchó a sofocarlo con solo cincuenta jinetes.

Antes de llegar al campamento de Tucapel, desertó de sus banderas, pasándose al enemigo, un jóven indio que le servia de caballerizo, conocido entre sus señores por el nombre de Alfonso o Felipe, i entre los araucanos i en la historia por el de Lautaro, llegado a ser tan célebre. Este, poniéndose a perorar en la junta de guerra de los indios, los alentó para la pelea, i les enseñó la táctica que debian observar para vencer a los españoles, i sobre todo a los caballos mas temibles que a sus jinetes. Caupolican i sus guerreros adoptaron las indicaciones de Lautaro. La batalla, dada el 1.º de enero de 1554, fué mui sangrienta, pero tuvo el éxito mas favorable para los araucanos, pereciendo en ella Valdivia i los cincuenta hombres que le acompañaban.

Lautaro fué proclamado vice-toquí en premio de sus consejos, i del estraordinario valor con que habia contribuido a ejecutarlos.

CAPITULO IV.

Testamento de Pedro de Valdivia.—Francisco de Villagra marcha contra los araucanos i es derrotado.—Pretensiones encontradas de Aguirre i Villagra sobre a cuál de los dos correspondia la direccion suprema de la colonia.—Decision del gobierno del Perú.—Malos efectos de la decision anterior.—Villagra es encargado de la administracion de Chile con el título de correjidor.—Espedicion de Lautaro aguende el Maule.—Muerte de Lautaro.—Nombramiento de don García Hurtado de Mendoza para gobernador interino de Chile.—Victorias que obtiene don García sobre los araucanos.—Caupolican intenta contra un convoi español una sorpresa que se le frustra.—Muerte de Caupolican.—Espedicion de don García a las rejiones australes i descubrimiento del archipiélago de Chiloé.—Id. de Ladrillero al Estrecho de Magallanes.—Asalto del fuerte de Quiapo.—Don García Hurtado de Mendoza se vuelve al Perú.

No necesita pintarse el terror que produjo entre los colonos de Chile la derrota de Tucapel. A consecuencia de estos sucesos hallábanse sin gobernador i con los indios ensoberbecidos por su reciente victoria. Para saber a quién debian obedecer, procedieron a abrir un testamento cerrado, en el cual el difunto Pedro de Valdivia habia dejado designada la persona que debia sucederle. Este testamento llamaba al gobierno en primer lugar a Jerónimo de Alderete, que en aquella época se encontraba en España, en segundo, a Francisco de Aguirre, que estaba en comision del servicio al otro lado de los Andes; i en tercero, a Francisco de Villagra, que fué quien se hizo cargo de la direccion de la colonia, i quien marchó con un cuerpo de tropa a contener a los insurrectos.

Habiéndole esperado los araucanos, acaudillados por Lautaro, en la cuesta de Mariguenu, le derrotaron completamente i le obligaron a él i a sus soldados a buscar la salvacion en una vergonzosa fuga.

Villagra, en vez de hacerse fuerte en Concepcion con los soldados que habia salvado del desastre, solo pensó en irse a Santiago para asegurar el título de gobernador, que sabia era pretendido tambien por otros. Los indios se vinieron sobre Concepcion i la arrasaron.

A causa de estos sucesos, las demas ciudades del Sur

fueron casi enteramente abandonadas, i aquellas que, como las de la Imperial i Valdivia, conservaron siquiera sus guarniciones, comenzaron a ser incomodadas dia a dia por los indijenas, que les hacian toda especie de males i les impedian abastecerse de viveres.

Como si estas desgracias fueran todavía pocas, vinieron a juntárseles las divisiones civiles. Francisco de Aguirre, que habia acudido de la otra banda al saber la designacion que de su persona se hacia en el testamento de Valdivia, se hizo reconocer por gobernador de la Serena i principió a disputar a Villagra la validez de sus derechos. Esta querella dió oríjen a altercados escandalosos, a los cuales puso término una decision del gobierno del Perú, que entónces ejercia supremacia sobre el de Chile. Esta decision comprendia estos tres puntos principales: 1.º anulacion del testamento de Valdivia; 2.º supresion del empleo de gobernador i encargo a los alcaldes de los cabildos de cada ciudad para que administrasen en lo civil i militar sus respectivos distritos; i 3.º órden para que sin pérdida de tiempo se reedificase la ciudad de Concepcion.

Este mandato recibió un puntual cumplimiento; pero la esperiencia vino pronto a demostrar que no era de los mas acertados.

La ciudad de Concepcion fué reedificada; mas ántes de un mes volvió a ser destruida hasta los cimientos por un cuerpo de indios capitaneado por Lautaro.

La falta de unidad que resultaba de la administracion ejercida por los alcaldes con entera independecia unos de otros, vino a empeorar una situacion que ya por sí sola no tenia nada de lisonjera.

El gobierno del Perú, ilustrado sobre las consecuencias de semejente medida por las representaciones de las autoridades chilenas, revocó su decreto, ordenando que Francisco de Villagra volviera hacerse cargo de la direccion de estas provincias en todas las atribuciones de un gobernador, aunque solo con el título de correjidor.

Era ciertamente tiempo de tomar una providencia como aquella. El denodado Lautaro, poniéndose al frente de

un cuerpo de indios poco numeroso, pero escojido, se habia abalanzado aquende el Maule con la resolucion de espulsar a los españoles, no solo de Arauco, sino tambien de todo Chile. Aquel pequeño ejército de araucanos se fué aumentando con los naturales de la tierra que atravezaba i llegó a ser en poco tiempo respetable. No distaba ya muchas leguas de Santiago, cuando Villagra, nombrado correjidor del reino, envió contra él un destacamento de españoles.

La pelea trabada en el valle de Petorca fué encarnizada, pero no decisiva, lo que importaba casi un triunfo para los araucanos. Lautaro se retiró protegido por las asperezas de un monte, mas con el ánimo de regresar pronto i con la presuncion fundada, a su juicio, en vista de lo que acababa de pasar, de vencer a los conquistadores, si volvian con mayores fuerzas.

Efectivamente, alistó mayor número de guerreros i tornó a recomenzar la invasion llegando a sentar su campamento en la orilla boreal del Mataquito. Pero esta vez la última de las desgracias iba a ser el premio del patriotismo del heróico jóven.

En este tiempo Villagra habia hecho un viaje a las colonias del Sur. A la vuelta, sabedor de la temeraria empresa intentada por Lautaro, hizo que guias traidoras le condujesen por sendas estraviadas hasta el sitio que ocupaba el héroe araucano. Habiendo logrado sorprenderle, le mató con casi toda su jente, despues de una resistencia que admiró a los mismos europeos.

En seguida de esta victoria, que fué mui celebrada entre los colonos, Villagra recibió, no un ascenso, sino una destitucion: Cuando se habia sabido en España la muerte de Pedro de Valdivia, la corte habia nombrado para sucesor de este ilustre conquistador, a Jerónimo de Alderete, que, como se recordará, se encontraba en ella de ajente de Valdivia; pero habiendo muerto durante el viaje el nuevo gobernador, el virei del Perú designó para que le reemplazara interinamente, mientras el monarca resolvía, a su propio hijo, don García Hurtado de Mendoza, mozo de veinti-

tidos años, a quien no principiaba pintar la barba todavía. A pesar de su corta edad, el jóven Hurtado mostró desde luego que estaba dotado de un carácter enérgico. Habiendo desembarcado en la Serena, principió por hacer salir para Lima a los dos rivales, Villagra i Aguirre, a fin de apartar del país todo jérmén de turbulencias civiles; i en seguida, en lugar de ir a lucir en Santiago su título de gobernador, se encaminó en derechura por mar al sitio donde ántes se levantaba la dos veces destruida Concepcion, pues estaba impaciente por abatir la soberbia de los indíjenas.

Apénas bajado a tierra, i cuando aun no habia reunido todo su ejército, los terribles araucanos vinieron en gran número a atacarle en un fuerte provisional que don García habia levantado. Los prodijios de valor i las ventajas de una sorpresa no dieron a los indíjenas la victoria sobre la disciplina i superidad de armas de sus enemigos, siendo completamente rechazados.

Inmediatamente despues, don García despachó al mando del capitan Juan Ladrillero una expedicion compuesta de dos buques para que fuese a esplorar el Estrecho de Magallanes, entrando por el Pacífico; i él mismo atravesó el Biobio al frente de sus soldados para penetrar en el territorio de Arauco.

Los araucanos no tardaron en acometer a los invasores en las *Lagunillas*, sitio no mui distante del Biobio, donde los indíjenas fueron de nuevo vencidos.

Don García continuó su marcha por el territorio de aquel pueblo indomable brindándole con la paz; pero los halagos podian sobre los naturales tan poco como las amenazas.

Llegado al valle de Millarapue, un individuo vino a decirle de parte de Caupolican que «casi como en Tucapel se habia comido al gobernador Valdivia i a sus soldados, así se lo habia de comer a él i a los suyos al dia siguiente.»

Don García, sin dar importancia a semejante ménsaje, lo tuvo por cosa de burla; pero al dia siguiente, el toqui, como lo habia anunciado, cayó sobre los castellanos a la cabeza de una turba de guerreros. Despues de una pelea

sumamente encarnizada, los araucanos fueron derrotados i mui maltratados.

A consecuencia de tan espléndida victoria, el gobernador pensó que la tierra quedaba sometida. Así mandó reedificar por tercera vez a Concepcion i por segunda a Villa-Rica; trazó una nueva ciudad a que, por honrar uno de los apellidos de su familia, dió el nombre de *Cañete de la Frontera*; i se puso a hacer los preparativos para ir por tierra a explorar, sobrepujando el punto hasta donde habian llegado los otros conquistadores, las rejiones australes, que, segun queda referido, habia encargado al capitán Ladrillero examinar por mar.

Antes de que se verificase esta espedicion, una sorpresa intentada casi con buen éxito por Caupolicán contra un convoi de víveres que se traía de la Imperial para Cañete, manifestó a don García que el toqui araucano no se daba por vencido, como él lo estaba suponiendo. Sin embargo, viendo que la nueva tentativa habia fracasado i que los indígenas habian sido forzados a buscar otra vez la salvacion en una retirada, emprendió con toda tranquilidad de ánimo su proyectado viaje al Sur.

Apénas el gobernador se hubo alejado, el infatigable Caupolicán se puso a buscar los medios de destruir la recién fundada ciudad de Cañete. Para este fin entró en relaciones con un indio de paz al servicio de los españoles, que era criado del gobernador de esta plaza, Alonso de Reinoso. El referido indio, que debia tener malas entrañas, prometió al toqui abrirle las puertas de Cañete cuando la guarnicion estuviera desprevenida; pero, junto con hacer tales promesas, aquel traidor mantenía a Reinoso al corriente de toda la negociacion.

El día señalado, Caupolicán se presentó con su ejército delante de la ciudad; las puertas le fueron abiertas como estaba convenido; mas en vez de encontrar a los españoles entregados al sueño, segun le habia asegurado al pérfido indio, los halló armados con todas sus armas, montados a caballo i teniendo encendidas las mechas de sus cañones. Siguióse entónces no un combate, sino una espau-

tosa matanza de indios. Caupolican pudo escapar con vida de aquella carnicería; pero como estuviera oculto i sin jente despues de tan terrible desastre, fué sorprendido al cabo de algunos dias por una partida enemiga i puesto a disposicion de Reinoso, quien le hizo perecer en un afrentoso suplicio.

Entre tanto, don García Hurtado proseguia su expedicion al Sur. Despues de haber soportado grandes trabajos causados por la fragosidad de los caminos i la mala voluntad de los indijenas, avistó el archipiélago de Chiloé, una de cuyas islas hizo reconocer por varios arcabuceros, entre los cuales iba el célebre autor de la *Araucana*, don Alonso de Ercilla, que debia contribuir a ilustrar con sus cantos la conquista de Chile. No considerando conveniente por entónces establecerse en aquella rejion, el gobernador dió la vuelta i fundó de paso, en el sitio que debia haber ocupado Santa María de Gaete, la ciudad de *Osorno*.

Don García no tuvo por entónces ninguna noticia del resultado de la expedicion marítima que habia encomendado a Ladrillero. El caso fué que la tripulacion de una de las naves tuvo que regresar, despues de horribles padecimientos, sin haber podido encontrar el Estrecho i que el capitán Ladrillero volvió con solo un marinero i un negro, habiendo perecido la demas jente que con él habia ido; mas éste habia tenido siquiera la gloria de haber reconocido prolijamente el Estrecho en toda su estension.

A la vuelta de su expedicion al Sur, Hurtado de Mendoza vió que, a pesar de la muerte de Caupolican i de todos los descalabros que habian recibido, los indios no se sometian.

Efectivamente, los araucanos habian levantado una estacada en Quiapo, lugar fortificado por la naturaleza, i desde allí hacian escursiones contra los establecimientos europeos, buscando enseguida un asilo en aquel fuerte. Don García marchó contra ellos; i, aunque con algun trabajo, logró desbaratarlos i destruir las fortificaciones tras las cuales se atrincheraban.

Esta acción fué decisiva. La tierra se aquietó, los jefes mas obstinados se sometieron i la conquista pareció consumada.

Aprovechándose de la paz, el gobernador repobló en el valle de Angol, con el nombre de los *Infantes*, la ciudad que allí habia fundado Pedro de Valdivia con el de los *Confines*; e hizo que uno de sus capitanes construyese a la otra parte de la cordillera, en la provincia de Cuyo, la ciudad de *Mendoza*.

Don García no gozó largo tiempo en Chile de los triunfos que habia alcanzado; pues habiendo recibido la noticia de que el rei Felipe II, sucesor de Carlos V, habia nombrado gobernador propietario a Francisco de Villagra, se embarcó en febrero de 1561 para el Perú, donde llegó mas tarde a ser virei.

CAPITULO V.

Reveses del gobernador Francisco de Villagra, en su guerra con los araucanos.—Su muerte.—Nombramiento de Rodrigo de Quiroga para gobernador interino.—Muerte del primer obispo de Santiago, Gonzalez de Marmolejo.—Conquista de Chiloé.—Creacion de la Real Audiencia de Concepcion.—Id. del Obispado de la Imperial.—Supresion de la Audiencia de Concepcion.—Administracion de Rodrigo de Quiroga.—Nombramiento de don Alonso de Sotomayor para gobernador de Chile.—Id. de don Martin García Oñez de Loyola para el mismo empleo.—Introduccion de los jesuitas en Chile.—Muerte de Oñez de Loyola.—Insurreccion jeneral de los araucanos despues de este suceso.—Saqueo de la ciudad de Castro, por un pirata holandés.—Traslacion del gobernador Rivera a la provincia de Tucuman.—Nombramiento de García Ramon para gobernador.—Creacion de la Real Audiencia de Santiago.—Gobiernos interinos de Merlo de la Fuente i de Jara Quemada.

La tranquilidad no fué de larga duracion en Arauco.

Antes de que llegara a Chile Francisco de Villagra, Rodrigo de Quiroga, dejado de gobernador interino por don García, tuvo ya que ir a castigar ciertos actos de violencia e insubordinacion cometidos por los indijenas del Sur.

La actitud hostil de los indios tomó un carácter mas grave i alarmante, cuando el gobernador propietario se hizo cargo de la colonia (1561). Toda la rejion de Arauco se declaró en abierta insurreccion, Villagra, gravemente

enfermo, no pudo dirigir en persona las operaciones de la campaña. Sus jefes subalternos fueron desgraciados en casi todos los encuentros. Su propio hijo pereció con un gran número de españoles i de indios auxiliares, en una batalla ganada por los araucanos en la cuesta de Mari-gueñu.

A consecuencia de este i otros desastres, Villagra tuvo que despoblar algunos de los establecimientos fundados al otro lado del Biobio.

Agobiado por las desgracias i las enfermedades, este conquistador no tardó en morir en la ciudad de Concepcion, dejando el mando interino, mientras la autoridad suprema proveia a su hermano Pedro de Villagra.

El nuevo jefe de la colonia, tan poco afortunado como su antecesor, continuó la guerra con alternativas felices i desgraciadas i sin obtener ningun resultado decisivo, hasta que el presidente del Perú, de quien entónces dependia el reino de Chile, tuvo a bien reemplazarlo por Rodrigo de Quiroga (1565). Quiroga, lo mismo que Pedro de Villagra, solo tenia el titulo de gobernador interino, pues el de propietario únicamente podia ser otorgado por el rei de España.

Los principios de la administracion de este mandatario fueron señalados por la muerte del primer obispo de Santiago, don Bartolomé Rodrigo Gonzalez de Marmolejo. El Papa Pio IV habia erijido el reino de Chile en obispado por bula espedita el 17 de junio de 1561, i por la misma habia designado a Marmolejo para prelado de la silla episcopal recién creada. Pero no habiéndose recibido en Chile estas disposiciones pontificias hasta 1563, el reverendo Marmolejo, muerto a fines de 1565, no pudo gobernar su diócesis sino mui corto tiempo, aunque sí el bastante para dejar la reputacion de uno de los obispos chilenos mas ejemplares i caritativos.

Tuvo por sucesor en 1567 a Fr. Fernando de Barriobuena.

Rodrigo de Quiroga continuó la interminable campaña contra los araucanos, sin mas hecho bien notable que la

conquista del archipiélago de Chilo⁴, que por órden del gobernador llevó a cabo su yerno don Martin Ruiz de Gamboa. Esta provincia recibió el nombre, caído despues en desuso, de *Nueva Galicia* i tuvo per capital la ciudad de *San Antonio de Castro*, o simplemente *Castro*.

El gobierno de Quiroga fué mui corto. La corte de España, deseosa de poner término a la larga i dispendiosa guerra de Chile, creyó que podria contribuir mucho a ello el establecimiento de una Real Audiencia, tribunal compuesto de un decano, dos oidores i un fiscal; encargado no solo de administrar justicia, sino tambien de dirigir todo lo concerniente al gobierno i a la guerra. Para que esta medida fuera todavía mas eficaz, el rei ordenó que la residencia de los majistrados referidos fuera la ciudad de Concepcion, una de las mas vecinas al territorio araucano.

La Audiencia hizo su entrada solemne en esta ciudad el 13 de agosto de 1567.

Con el objeto de completar la organizacion dada al país, al poco tiempo de creada la Audiencia de Concepcion, Felipe II, rei de España, nombró para presidente de dicho tribunal i para gobernador del reino al licenciado don Melchor Bravo de Saravia.

Con esta innovacion en el réjimen político coincidió, poco mas o ménos, otro en el réjimen eclesiástico. A representacion del monarca, el papa Pio V erijió, por bula de 30 de noviembre del año citado, el obispado de la Imperial i nombró por primer obispo a Fr. Antonio de San Miguel, de la órden seráfica.

El reino de Chile quedó así dividido en dos obispados: el de Santiago, cuyo territorio se estendia desde Copiapó hasta el rio Maule, i el de la Imperial, que abrazaba desde el mencionado rio hasta Chilo⁵.

El gobierno de la Real Audiencia no produjo los buenos efectos que se aguardaban. Los araucanos prosiguieron, no solo sublevados, sino tambien victoriosos. En vez de la pacificacion tan deseada, solo ocurrieron derrotas tras derrotas. Burladas las expectativas que la corte habia cifrado en la administracion de los togados, volvió a en-

sayar la de los militares. Por cédula de agosto de 1537, suprimió la audiencia de Concepcion i nombró gobernador de Chile a Rodrigo de Quiroga, uno de los conquistadores venidos con Pedro de Valdivia e individuo que habia desempeñado anteriormente varias veces el mismo cargo en calidad de interino.

Quiroga se limitó a recorrer el territorio araucano, talando las tierras i obteniendo ventajas momentáneas sobre los habitantes; pero sus esfuerzos fueron vanos para reprimir la insurreccion permanente de aquel pueblo indómito. Los cuidados de la guerra no le impidieron, sin embargo, prestar su atencion a los otros ramos del gobierno i llevar a cabo varias mejoras, entre las cuales debe mencionarse la fundacion de *San Bartolomé de Chillan*, que ejecutó por disposicion suya don Martin Ruiz de Gamboa. Fué tambien este mismo jefe quien, a la muerte de Quiroga, acaecida poco despues, tuvo la direccion del país hasta la llegada de don Alonso de Sotomayor, el nuevo gobernador nombrado por el rei (1583).

Era don Alonso de Sotomayor un militar formado en las guerras de Flandes, de una gran reputacion, de valor i de pericia, que habia vivido en los campamentos desde la edad de quince años, que habia asistido con brillo a muchas batallas i que llevaba su hoja de servicios escrita en las cicatrices de su cuerpo. El nombramiento solo de un jefe de tanta categoría está manifestando la suma importancia que se daba ya en España a la guerra de Arauco.

Venia don Alonso con la firme persuacion de que a mui poca costa podria imponer la lei a los salvajes que hasta entónces habian resistido tan heroicamente a tantos jefes esclarecidos i que habian merecido por sus hazañas inspirar a la musa de la epopeya. Los hechos no tardaron en hacer evidente que era excesiva la arrogancia del jefe castellano.

Abierta la campaña, Sotomayor i sus lugartenientes obtuvieron victorias sobre los indijenas, pero tambien sufrieron descalabros que compensaban las primeras. El gobernador logró levantar en el territorio araucano varias

fortalezas destinadas a asegurar la sumision de los habitantes, pero tambien tuvo el sentimiento de que muchas de ellas fueran destruidas.

En las operaciones de esta campaña se distinguió particularmente una heroína araucana llamada Janequeo,

Al fin de nueve años de continuo batallar, el guerrero de Flandes se halló con que era poco lo que habia adelantado en la pacificacion de la comarea que se habia encomendado a su cuinado i con que los recursos de que disponia eran sumamente escasos. Se vió, pues, en la precision de dirigirse personalmente al Perú en busca de auxilios; pero en lugar de lo que solicitaba, encontró al sucesor que el soberano habia tenido a bien darle en el gobierno de Chile (1592).

El nuevo gobernador era don Martin Garcia Oñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, maestre de campo del Perú, el cual, en premio de haber vencido a un descendiente de los incas que pretendia hacer valer los derechos de su familia a la dominacion del pais mencionado, habia recibido la mano de la hija de aquel infortunado jefe indijena, doña Beatriz Clara Coya, i el gobierno de Chile.

El toqui araucano era a la zazon Paillamacu, hombre que por lo sobresaliente de sus cualidades merecia figurar en el mismo rango del célebre Caupolican.

La guerra que se trabó entre estos dos caudillos fué semejante a las guerras anteriores. Poco mas o menos los resultados fueron los mismos.

Lo único que desde luego merece notarse es la fundacion, en Arauco, de una nueva ciudad, a la cual don Martin de Loyola puso por nombre *Santa Cruz de Coya*, en honor de su esposa.

Pero el hecho mas culminante ocurrido en tiempo de este gobernador se refiere, no al órden militar, sino al eclesiástico. Los miembros de la famosa compañía de Jesus, de cuyo fundador, San Ignacio, era don Martin, próximo pariente, habian venido a Chile durante la época de su administracion, esto es, a principios de 1593. Queriendo

apoyar los esfuerzos de las almas en los auxilios relijiosos de los individuos de aquella corporacion, Oñez de Loyola habia solicitado que dos de ellos penetrasen en Arauco para enseñar a los indios, en lengua indijena, las verdades del Evangelio. Aunque este primer ensayo de las misiones para los infieles del otro lado del Biobio no dió por lo pronto ningun resultado positivo, el hecho solo de que dos sacerdotes hubieran andado sin armas i sin escolta por entre aquellas hordas salvajes i aun logrado que prestaran cierta atencion a sus palabras, fijó la consideracion de los españoles residentes en Chile.

Entre tanto, un suceso mui doloroso vino a llevar los pensamientos de todos a un objeto sumamente distinto. El gobernador Loyola, con una confianza imprudente, que no era justificada por la situacion de Arauco, el cual, aunque en aquel momento parecia un tanto aquietado, no estaba de ningun modo tranquilo, se encaminó de la Imperial a Angol con una comitiva de unos sesenta oficiales reformados, tres relijiosos de San Francisco i algunos sirvientes. Los indios, que habian ido espionando sus movimientos, le sorprendieron durante la noche, cuando él i sus compañeros de viaje estaban entregados al mas profundo sueño i los asesinaron a todos, escepto tres, de los cuales uno quedó prisionero i los otros dos pudieron escapar i anunciar la infausta noticia de lo que habia sucedido.

Este trájico acontecimiento, que tuvo lugar en la madrugada del 22 de noviembre de 1598, fué para los araucanos la señal de una insurreccion jeneral que llegó a contar treinta mil combatientes. En el espacio de cinco años, cuatro gobernadores bastante distinguidos, don Pedro de Viscara, don Francisco Quiñones, don Garcia Ramon i don Alonso de Rivera, los tres primeros interinos i el último propietario, se esforzaron en sofocar la revuelta de los indios i en hacer que las cosas volvieran al estado que tenian antes del 22 de noviembre de 1598. Pero todo su valor i toda su constancia fueron inútiles. En vez de conseguir el objeto de sus conatos, tuvieron el sentimiento de

tener que abandonar, o de ver destruidas por los indios, todas las ciudades australes: Santa Cruz de Coya, Arauco, Cañete, Infantes, Imperial, Villa Rica, Valdivia i Osorno.

A estos desastres causados por los indios, se añadió en 1600, durante el gobierno de Quiñones, el saqueo de Castro por un pirata holandés, que no era el primero que hubiera venido a turbar la tranquilidad de las costas chilenas.

Al cabo de cinco años de desastres continuos, el gobernador Alonso de Rivera principiaba a hacer prosperar algun tanto las armas españolas, cuando un casamiento celebrado con una jóven noble sin permiso de la corte, le hizo caer en desgracia. El rei, en castigo, le quitó el gobierno de Chile i le dió en consideracion a su mérito, el de la provincia de Tucuman.

Rivera tuvo por sucesor, en el primero de los países mencionados, a García Ramon, jefe ilustre i acatado, cuya relacion de servicios, tanto en Europa como en América, llena dos planas de letra mui menuda en el libro de asientos del Cabildo de Santiago (1605). Para que las esperanzas que hacian concebir las prendas personales del nuevo jeneral parecieran mas fundadas, se encontró al frente de un ejército de tres mil soldados, el mas numeroso que hasta entónces hubiera seguido en Chile la bandera de la metrópoli. Pero todos estos recursos fueron impotentes contra el denuedo heróico que desplegaban los araucanos para defender su independendencia.

Alarmado el rei por la tenaz oposicion que sus armas encontraban en esta estremidad de la América, creyó que coadyuvaria talvez a la pacificacion del país, i sin duda a la mejor administracion, el restablecimiento de la Real Audiencia, que debia residir, no en Concepcion, como en la época de su primera fundacion, sino en Santiago. El gobernador García Ramon vino de Arauco a recibir en la capital a los oidores que debian asistirles con sus consejos en el gobierno, los cuales hicieron su entrada solemne el 8 de setiembre de 1609.

Instalado el supremo tribunal, García Ramon regresó

al campo de la guerra para obtener sobre los indios una brillante victoria i morir poco despues en Concepcion de muerte natural.

Le reemplazaron sucesivamente en el gobierno el oidor don Luis Merlo de la Fuente i don Juan de Jara Quemada. Aunque el mando de estos dos caballeros fué interino i de corta duracion, los dos dejaron contentos a sus gobernados por el acierto de sus providencias.

CAPITULO VI.

Informe dado a la corte de España por el padre jesuita Luis de Valdivia, acerca de la triste condicion de los indíjenas en Chile i de las causas que prolongaban la guerra de Arauco.—Felipe III acepta las indicaciones del padre Valdivia i le da plenos poderes para ponerlas en ejecucion.—El padre Valdivia principia felizmente la realizacion de su proyecto.—Fuga de las mujeres de Ancanamun i fatales consecuencias que produce.—Animosidad de los militares i encomenderos contra el jesuita Valdivia.—El gobernador Alonso de Rivera declara la guerra ofensiva contra las órdenes del rei; pero el padre Valdivia hace que la audiencia le obligue a permanecer a la defensiva.—El monarca desaprueba la conducta del Gobernador.—El gobernador Ulloa i Lémus, a quien la corte deja la resolucion de la cuestion, se decide por la guerra ofensiva.—El padre Valdivia se retira a España.—Los tres gobernadores que suceden a Lémus mantienen la guerra defensiva.—El gobernador Córdova vuelve a declarar, por órden del rei, la guerra ofensiva.—Gobierno de don Francisco Lazo de la Vega.—Parlamento de Quillin.—El corsario holandés Brower.—Reedificacion de la ciudad de Valdivia.—El marques de Baidés renuncia el gobierno de Chile.—Segundo parlamento de Quillin.—Terremoto de 1647.—Muerte del gobernador Mujica.—Gobierno interino de Córdova i Figueroa.

El año de 1612 es memorable en nuestra historia, porque entónces se trató de experimentar el ensayo de una gran modificacion en el sistema colonial que tenian adoptado los españoles.

Habiendo llamado la atencion de la corte la larga duracion de la encarnizada lucha contra los araucanos i los injentes gastos de sangre i de dinero que exijia cada año el sostenimiento de aquella lucha, pidió informe al virei del Perú acerca de las causas que orijinaban la prolongacion de la guerra. Este funcionario comisionó al padre je-

suita Luis de Valdivia, que ya anteriormente habia venido a Chile entre los primeros individuos de esta órden que se establecieron en Santiago, para que, pasando a este país estudiara personalmente la situacion en que se encontraba e indicara lo conveniente. Habiéndose formado aquel padre jesuita una opinion, que fué aceptada por el virei, partió para España a fin de hacerla prevalecer en los consejos de Felipe III.

Llegado a la presencia del soberano, le manifestó que la prolongacion de la guerra era fomentada por la culpa de los mismos militares encargados de terminarla. Con el objeto de apoyar este dictámen, trató de dar a conocer al rei el estado a que se hallaba reducida la raza indijena.

El principal aliciente que habia estimulado a los compañeros de Pedro de Valdivia i a los conquistadores que le sucedieron, habia sido la adjudicacion de tierras i de un número considerable de indios que, bajo el nombre de *encomiendas*, empleaban particularmente en las explotaciones de las minas i el cultivo de los campos. El pretexto con que paliaban la servidumbre de los naturales era la necesidad de someterlos a un amo cristiano que les enseñase las verdades de la fé; pero los españoles en vez de instruir a esta especie de vasallos en la relijion, los hacian sucumbir a centenares bajo el peso de las tareas mas abrumadoras, obligándolos con mucha frecuencia a hacer el oficio de bestias de carga.

A juicio del padre Valdivia, el espectáculo de la triste condicion a que se hallaban reducidos los indijenas habitantes de la parte conquistada, era el motivo mas poderoso que contribuia a estimular la resistencia heróica de los moradores de Arauco.

Por otra parte, si la existencia de las encomiendas era lo que mantenía el ardor belicoso de los araucanos, esta misma institucion era lo que impulsaba a los militares a buscar la continuacion indefinida de las hostilidades, mas bien que la paz, pues tenían interes en aumentar sus encomiendas, o en llenar con los prisioneros de guerra los claros que dejaban en ellos las exigencias de su codicia.

Valdivia terminó su razonamiento proponiendo que en lo sucesivo se prohibiera a los ejércitos españoles atravesar el Biobío i que se encomendara la reduccion de los indios, no a la violencia de las armas, sino al influjo conciliador i cristiano de las misiones. Arauco debía conquistarse, no a balazos, sino con el crucifijo en la mano.

El monarca adoptó las ideas del jesuita hasta el punto de dejar a su arbitrio la designacion de la persona que debia gobernar a Chile, a fin de que pudiera ensayar con mas facilidad su sistema de pacificacion.

El padre Valdivia pidió que se diera este cargo a don Alonso de Rivera, que puede recordarse, se hallaba gobernando a Tucuman en castigo de haberse casado sin licencia.

El padre Luis de Valdivia tuvo que vencer desde luego muchos obstáculos para llevar a cabo sus planes, pues los militares i los encomendadores le hacian una oposicion declarada; pero al fin triunfó de todos. Los araucanos consintieron en admitir misioneros i en abrazar la fé de Cristo, a condicion de que los militares españoles no habian de pasar la corriente del Biobío.

Este convenio habia principiado a recibir ejecucion i tres jesuitas habian penetrado ya en el territorio de aquellos indómitos indijenas para catequizarlos, cuando un acontecimiento imprevisto vino a trastornarlo todo i a desbaratar el proyecto del padre Valdivia. Uno de los jefes mas acatados i poderosos entre los araucanos era entonces Ancanamun. Este, segun la costumbre del país, tenia varias mujeres, entre las cuales una española, que aprovechándose de la relajacion de la vijilancia que habia traído la paz, se escapó a las posesiones de los suyos con otras dos mujeres indias i un hijo pequeño de Ancanamun. El cacique exijió, como era natural, que se le entregaran aquellos miembros de su familia. Las autoridades españolas, conforme al dictámen de una comision de clérigos i jurisperitos, respondieron por escrúpulos de conciencia, que devolverian a Ancanamun una sola de las mujeres indias, pero a condicion de que se casaria con ella lejitimamente en presencia de la iglesia.

Esta contestación fué la señal de una nueva insurrección de los araucanos. Ancanamun principió por hacer morir a tres jesuitas que se habian introducido en Arauco para dar misiones. Tuvo en seguida bastante ascendiente sobre sus compatriotas para hacer estallar un levantamiento casi jeneral.

Los militares i los encomenderos atribuyeron este descalabro al plan de guerra defensiva adoptado por Valdivia, i trataron de mover la opinion pública contra el jesuita, lo que no era mui difícil en las circunstancias, pues ocurrió un hecho que suscitó muchos enemigos a este personaje. Llegó en estos momentos un comisionado de la corte, el cual, segun las intrucciones que traía, reemplazó el servicio personal de los indios de encomienda por un tributo que debian pagar a los encomendadores. Los españoles perjudicados con esta reforma la atribuyeron a las insinuaciones del padre Valdivia i redoblaron su ojeriza contra él.

Entre tanto el gobernador Alonso de Rivera no sabia qué partido tomar. Por un lado las correrías hostiles de los araucanos i los clamores de los encomenderos le impulsaba a la guerra; i por otro Luis de Valdivia reclamaba el cumplimiento de las órdenes reales que prohibian toda incursión militar allende el Biobío. Al fin, Alonso de Rivera, cargando con la responsabilidad de la desobediencia, entró a sangre i fuego en Arauco. Mas, el padre Valdivia recurrió a la audiencia para que hiciera que el gobernador respetara los mandatos del soberano i logró así que volviera a tomar una posicion puramente defensiva.

Rivera i Valdivia habian enviado a la corte de España agentes que hicieran prevalecer sus respectivas ideas i justificaran la conducta que habian observado. El rei dió la razon al segundo, mandando que se continuara la guerra defensiva i reprobando a Rivera sus procedimientos.

Este resultado afectó tanto al gobernador, que se le agravó una enfermedad de que estaba padeciendo i murió casi inmediatamente.

El licenciado Hernando Talaverano, dejado de gobernar

nador por el difunto Rivera, ordenó que todos respetasen el sistema de pacificación del padre Luis de Valdivia, aunque no fuese mas que por conformarse a lo que tenia ordenado el rei bajo severas penas. Pero este triunfo fué de mui corta duracion i el último que obtuvo el célebre jesuita.

Habiendo sido reemplazado Talavera por don Lope de Ulloa i Lémus, a quien el virei del Perú dió el título de gobernador interino de Chile, éste se manifestó contrario a la guerra defensiva (1618).

Fué el caso que la corte, que por la tardanza principiaba a desconfiar del buen éxito del padre Valdivia, dió a Lémus plenos poderes para que, en vista de los hechos, se decidiera por lo que juzgase mejor. Lémus, a fin de resolver con toda madurez, visitó en persona la frontera, consultó a los individuos mas respetables e intelijentes, conferenció largamente con el padre Valdivia i le concedió la libertad de un cacique prisionero para que procurara por su mediacion hacer que los indijenas se sometieran a las condiciones de la paz. Este cacique llamado Pelanturo, partió mui dispuesto a trabajar para que sus compatriotas consintieran en que las cosas volvieran al estado que tenian al tiempo de la revuelta de Ancanamun. Mas, habiéndose emborrachado en la primera reunion de guerreros a que asistió, olvidó todos sus propósitos i tomó parte en una escursion contra los españoles. Este hecho pareció decisivo a Lémus, que sin tardanza declaró la guerra ofensiva penetrando a sangre i fuego en el territorio araucano.

El padre Luis de Valdivia, desesperando con esto de que alguna vez se realizaran sus proyectos, i fatigado de luchar contra los obstáculos, se embarcó para España, donde fué perfectamente recibido por el rei, quien le ofreció el cargo de consejero de Indias. Habiendo rehusado Valdivia, el monarca le preguntó:—«Qué queria?»—«Nada mas, respondió él, que algun dinero para libros i licencia para ir a terminar mis estudios en el colejio de Valladolid.» Efectivamente murió allí por el año de 1642.

Sin embargo, los tres gobernadores interinos, a saber, el oidor don Cristóbal de la Cerda, don Pedro Osorio de Ulloa i don Francisco de Alba i Norueña, que sucedieron al gobernador Lémus, muerto poco despues del embarco del padre Valdivia, perseveraron en la guerra defensiva, sea por convencimiento de sus ventajas, sea por falta de fuerzas para atacar.

La guerra ofensiva no fué declarada definitivamente hasta el gobierno de don Luis Fernandez de Córdova i Arce por orden espresa de Felipe IV, rei entónces de España, la cual llegó a Chile el 25 de enero de 1626, a los pocos meses de haberse recibido del cargo el citado gobernador. Esta disposicion real fué mai aplaudida por los militares i aun por la mayoría de los vecinos que eran de opinion que no debian guardarse con los indios ninguna especie de consideracion.

Córdova dió principio a la lucha con vigor; pero quien vino a proseguirla con mas denuedo i felicidad fué su sucesor don Francisco Lazo de la Vega, militar que habia adquirido fama por largos i brillantes servicios hechos en los Países Bajos (1630). La guerra dirijida por este último duró nueve años con el mayor encarnizamiento por una i otra parte; pero despues de un gran número de sitios, de sorpresas i de encuentros, las ventajas, puede decirse, quedaron evidentemente por los españoles.

Así sucedió que, cuando Lazo fué reemplazado (1639) por don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baidés, militar tambien formado en las guerras de Flandes, los araucanos enviaron a este diputado para que le complimentasen i le pidiesen la paz. El nuevo gobernador que tenía una índole tan pacífica como su antecesor la habia tenido marcial, aceptó la oferta con apresuramiento i satisfacción. Sin pérdida de tiempo comenzaron ha hacerse los preparativos para un *parlamento*, o asamblea solemne de jefes españoles i araucanos, donde debian discutirse i ratificarse las condiciones de paz.

Esta gran reunion, la primera de su especie, tuvo lugar el año de 1641, en un sitio llamado Quillin.

El marques de Baidés asistió al frente de un ejército de 2,350 soldados i de una comitiva de cerca de siete mil personas.

Los toquis i caciques se presentaron con un séquito no ménos numeroso.

Después de muchas i pomposas ceremonias, convinieron en los puntos siguientes: 1.º los araucanos podrian vivir independientes como los mismos españoles vasallos de la corona de España, sin formar encomiendas; 2.º podrian volver a las tierras que los rigores de la guerra les habian forzado a abandonar; 3.º los españoles eran autorizados para levantar i repoblar pacíficamente sus antiguas colonias i establecimientos; 4.º las dos naciones quedaban aliadas para toda guerra ofensiva i defensiva contra los estranjeros que pudiesen invadir las tierras de una o de otra; i 5.º los cautivos españoles debian ser puestos inmediatamente en libertad.

Pero si con el parlamento de Quillín los actos hostiles de los araucanos dejaron de inquietar a los gobernadores chilenos, bien pronto un suceso no ménos incómodo vino a impedirles gozar de la tranquilidad recién adquirida. Una expedición de corsarios holandeses, mandados por el almirante Brower, después de haber saqueado la ciudad de Castro en Chiloé, fueron a anclar delante del sitio que ántes ocupó la arruinada Valdivia i entraron en negociaciones con los naturales para invitarlos a un alzamiento contra los españoles.

Aunque los estranjeros no lograron nada i tuvieron que irse como habian venido, las autoridades del Perú i de Chile como era justo, se alarmaron muchísimo con esta tentativa. Para evitar que en lo sucesivo volviera a ocurrir una cosa semejante, el virrei de Lima hizo que su propio hijo viniera, a principios del año 1645, a reedificar i fortificar la ciudad de Valdivia lo que efectivamente se ejecutó mui pronto i bien.

Entre tanto, el marques de Baidés, fatigado del mando, habia pedido a la corte que le exonerase de su empleo. Habiendo sido atendida su solicitud, tuvo por sucesor a

uno de sus camaradas en las guerras de Flandes, don Martín de Mujica (1646), i se embarcó para la Península. Al llegar a Cádiz, como entónces Inglaterra estaba en guerra con la España, un guardacosta inglés atacó el buque que conducía al ex-gobernador de Chile, el cual pereció gloriosamente combatiendo.

El acontecimiento mas notable de la administracion de Mujica fué la celebracion de un segundo parlamento, que se verificó en el propio sitio de Quillin, el 24 de febrero de 1647. En esta asamblea se ratificaron las condiciones de paz que se estipularon en la primera, i se convino ademas: 1.º en que los indios darian a la Plaza de Valdivia los ausilios que pudiesen; 2.º en que mantendrian seguro i espedito el camino de la frontera a dicha plaza; 3.º en que permitirian a los españoles levantar, no solo las antiguas colonias, sino tambien todas las nuevas que les pareciesen.

Esta paz no fué alterada sino por insurrecciones parciales, algunas de las cuales fueron sofocadas i castigadas por los mismos araucanos. Todo seguia, pues, una marcha próspera i feliz, cuando el 13 de mayo de 1647, un espantoso terremoto aruinó la ciudad de Santiago, causando pérdidas inmensas.

Al año siguiente de este desastre, Mujica murió súbitamente. Susurróse que habia sido envenenado por un empleado falsificador de despachos de encomienda, contra quien se habia ordenado una indagacion.

Tomó entónces el mando interino de Chile el maestre de Campo don Alonso de Córdoba i Figueroa, quien volvió a ratificar las paces con los indios en un tercer parlamento tenido tambien en Quillin, en noviembre de 1649.

A este feliz suceso debe añadirse, para completar el resumen del gobierno de Córdoba i Figueroa, la reedificacion de la ciudad de Santiago, que volvió a levantarse de entre las ruinas ocasionadas por el terremoto del 13 de mayo del año citado.

CAPITULO VII.

Nombramiento de Acuña para gobernador interino de Chile.—Despotismo de este mandatario.—Abuso de sus cuñados.—Acuña se ve obligado a tomar providencias contra ellos.—A pesar de todo, el gobernador dá el mando de un ejército expedicionario contra los «cuncos» a su cuñado don Juan Salazar.—Se ve obligado a hacerle enjuiciar por su torpeza, pero vuelve a darle el mando del ejército.—Levantamiento jeneral de los araucanos.—Insurreccion del pueblo de Concepcion contra Acuña.—Cobardía de don Juan Salazar.—El virei del Perú destituye a Acuña i le nombra un sucesor.—Gobierno de Portel Casanate.—Administracion de Pereda.—Su sucesor Meneses le manda prender con olvido de las consideraciones que le eran debidas.—Pereda es sometido a juicio i sale absuelto.—Guerra del Gobernador Meneses con los araucanos.—Meneses concede la paz a los indíjenas.—Desavenencias del gobernador con las otras autoridades.—Acusacion i enjuiciamiento de Meneses.—Gobierno del marques de Navamorquende.—Primer chileno que tuvo el mando supremo del país.—Guerra del gobernador Henriquez con los araucanos.—Paces que ajusta con ellos.—Corsarios ingleses.—Gobierno de don José de Garro.

Quando el virei del Perú supo el fallecimiento del gobernador Mujica, nombró a don Antonio de Acuña i Cabrera, capitan de caballería que habia sido en las guerras de Flandes, para que viniera a reemplazar a Córdoba i Figueroa i rejir el reino de Chile, miéntras el monarca proveia.

Acuña, siguiendo el ejemplo de sus antecesores, celebró un parlamento, que esta vez no tuvo lugar en Quillin como los anteriores, sino en la plaza de Nacimiento, el 7 de noviembre de 1650.

Pero las esperanzas de una larga tranquilidad que parecia prometer esta cuarta asamblea de españoles i araucanos, no tardaron en ser desmentidas por los hechos. Acuña era un hombre vano i débil de carácter, que se hallaba dominado por su mujer doña Juana Salazar, hasta el punto de ser voz jeneral la de que Chile tenia no un gobernador, sino una gobernadora.

Principió su administracion nombrando, por el funesto influjo de su esposa, a sus cuñados don Juan i don José Salazar, para los dos empleos mas importantes del ejército. El primero tuvo el título de maestre de campo i el segundo el de sarjento mayor.

Apénas tomaron posesion de sus cargos i fueron a vivir en las plazas de la frontera, comenzaron, con grande escándalo de todos, a traficar en competencia de los mas miserables vivanderos i arrebatat a los indios, no obstante las disposiciones de los tratados, sus mujeres i sus hijos para hecerlos esclavos. Llegaron a tener en su poder mas de quinientos indijenas.

Esta conducta vituperable causó una jeneral alarma entre los españoles i particularmente entre los indios, los cuales veian infrinjidas todas las promesas que se les habian hecho. El descontento público llegó a ser tan grande que Acuña se vió obligado a quitar a sus cuñados las plazas donde mandaban i a tratar de reparar los abusos que habian cometido, para lo cual devolvió la libertad a los indios que aquellos habian ilejítimamente aprisionado.

Pero habiendo ocurrido en estas circunstancias el naufragio en las costas de Valdivia del buque que traia de Lima el dinero para la mantencion de esta plaza, los indios *cuncos* que las habitaban saquearon i asesinaron a los náufragos. Este suceso hizo que el débil Acuña diera la razon a sus cuñados en las tropelías que habian cometido con los indios i que entregara a don Juan Salazar el mando de un ejército para que fuese a castigarlos. Esta espedicion tuvo un resultado desastroso por culpa i torpeza del jefe que la mandaba.

Para dar una satisfaccion a los clamores del público, el gobernador mandó formar causa a su cuñado; pero cediendo, como siempre, a influencias domésticas, le hizo absolver i dió un nuevo ejército para que marchase contra los *cuncos*.

Apénas habia partido esta segunda espedicion, Acuña recibió repetidos avisos de los araucanos, viendo en ella una infraccion manifiesta de los tratos, estaban preparándose para una insurreccion jeneral. A fin de evitar este peligro, fué a situarse con dos compañías en el fuerte de Buena Esperanza; pero no hacia mas que un dia que habia llegado allí, cuando el 14 de febrero de 1655, estalló el leyantamiento jeneral de todos los indijenas, que se

precipitaron como un torrente sobre los establecimientos i estancias españolas situadas entre los rios Biobio i Maule. El gobernador, en vez de pensar en resistir, se puso sin tardanza en retirada para Concepcion, i pareciéndole que la tropa no marchaba bastante lijero, se adelantó casi solo para estar cuanto ántes al abrigo de murallas.

El pueblo de Concepcion recibió a Acuña con todas las muestras del mayor disgusto. La exasperacion se aumentó cuando se supo que casi todas las plazas fuertes habian sido arruinadas i que habian muerto un número considerable de españoles, entre otros el sarjento mayor don José Salazar, el cual habia perecido en una cobarde i torpe retirada; i cuando vieron que los araucanos osaban llegar en sus correrías hasta las puertas de la ciudad.

Todos estos motivos fueron causa de que el pueblo se insurreccionara i de que buscara enfurecido a Acuña para matarle. Afortunadamente, éste pudo ocultarse a su furor, i al cabo de algunos dias escaparse a Santiago.

No pudiendo los amotinados de Concepcion haber a las manos al objeto de su odio, le declararon depuesto i proclamaron gobernador a un señor Villalobos, que era mui popular i querido.

Entre tanto el maestre de campo don Juan Salazar fué sorprendido en su marcha contra los *cuncos* por la noticia del alzamiento jeneral. En lugar de pensar en conducir contra los insurrectos el brillante ejército que mandaba, corrió a Valdivia para embarcarse i regresar por mar a Concepcion.

Cuando el virei del Perú supo los desórdenes que estaban ocurriendo en Chile, destituyó a Acuña, aunque éste habia logrado que el rei, de gobernador interino, le ascendiera a propietario, i designó para que le reemplazara al almirante don Pedro Portel Casanate (1656). En cumplimiento de las órdenes que este mandatario traia, lo primero que hizo fué enviar a su antecesor preso a Lima. Acuña fué condenado a la pérdida de sus empleos; mas, habiendo apelado al soberano, logró ser absuelto.

Aunque Portel Casanate era un militar distinguido i ye-

nia de Lima con refuerzos de hombres i dinero, el país estaba tan revuelto i los indios se hallaban tan ensconcebidos con sus recientes triunfos, que el almirante estuvo muy lejos de lograr volverlos a la obediencia. Para colmo de desgracia, un mestizo de suma audacia i habilidad, llamado Alejo, que servia en el ejército español, desertó por un resentimiento que tuvo i se fué a acaudillar a los indios sublevados. Este individuo causó los mayores males, pues derrotó a sus antiguos compañeros de armas en varios combates, les mató en ellos como mil hombres, les hizo muchísimos prisioneros i Dios sabe lo mucho que todavía les habria dado que hacer si una de sus mujeres, impulsada por los celos, no le hubiera asesinado.

A estas desgracias militares se añadieron, en el gobierno de Portel Casanate, pestes que diezmaron la poblacion, i temblores que deterioraron las ciudades.

Sin embargo, en los últimos años el almirante consiguió sobre los araucanos triunfos decisivos, que parecian resarcirle de los descalabros pasados; pero, cuando la suerte comenzaba a sonreírle, murió de muerte natural, dejando el mando a don Diego Gonzalez Montero; el cual apenas lo recibió, tuvo que entregarlo al gobernador interino nombrado por el virrei del Perú, don anjel de Pereda (1662).

Este caballero que era muy devoto i empleaba siete horas diarias en oracion mental i rezada, se portó con mucha actividad i tino. Tuvo la felicidad de que sus tropas derrotaran a los araucanos i de que esta victoria diera por fruto una solicitud de paz de parte de los indios. El gobernador se la concedió; i cuando se vió libre de cuidados por el lado de la frontera, se dedicó a remediar los males que, despues de tan larga i desastrosa guerra, se hacian sentir en el órden administrativo del país. Prestó proteccion a la agricultura i ordenó que se reedificara la ciudad de Chillan, destruida por los indios en el alzamiento de 1655.

Estaba entregado a estas tareas pacificas, cuando supo que por Buenos Aires venia el gobernador propietario,

nombrado por la corte, llamado don Francisco de Meneses, de oríjen portugues (1663), i casi junto con recibir esta noticia, supo tambien que el saludo que le hacia su sucesor era el despacho de un libramiento de prision contra su persona, por cierta cantidad que se echaba ménos en la caja del ejército. Tratando Pereda de evitar la afrenta de ser encarcelado, quiso buscar un asilo en el convento de San Francisco; i como encontrase la puerta cerrada, por ser de noche, intentó saltar por sobre la cerca que rodeaba el convento, i se rompió una pierna. Este incidente desgraciado aumentó el desagrado que habia causado en todo el vecindario de Santiago semejante tropelia contra un hombre tan querido i respetable.

Pereda fué sometido en Lima a un juicio de residencia, del cual salió completamente justificado i recibió en recompensa de sus servicios el gobierno de Tucuman; de modo que la tropelia de Meneses solo sirvió para prevenir a los chilenos en contra del nuevo gobernador.

Los araucanos al oír el tratamiento que Meneses habia dado a Pereda, cuyo carácter bondadoso i anjelical reconocian como los mismos españoles, se imaginaron que el nuevo mandatario habia de ser terrible, i ántes de ser atacados rompieron las paces, se sublevaron. Mas, Meneses, como si hubiera querido confirmar los temores de los indios, penetró por medio del territorio de los indíjenas llevándolo todo a sangre i fuego. Habiendo tenido la buena suerte de que uno de sus comandantes, llamado don Luis de Lara, obtuviera señalados triunfos sobre los naturales, infligió a los vencidos los mas espantosos castigos i aterrizó con su severidad a tal punto a aquellos araucanos, hasta entónces tan indomables, que vinieron suplicantes a pedirle la paz.

Meneses al principio rehusó concedérsela; pero al fin, dejándose ablandar con sus ruegos, consintió en dársela a condición de que habian de entregarle en rehenes ocho jóvenes de las principales familias del país. Los araucanos se sometieron a todas las exigencias, i Meneses dió a su cugullo la satisfaccion de pasearse con aquel séquito de

nobles indios desde la frontera hasta la capital de Santiago en una especie de marcha triunfal.

Cuando el gobernador hubo ajustado la paz con los indíjenas, en vez de entregarse a los tranquilos negocios de la administracion, entró en desavenencias tan violentas, que estuvo a punto de ser asesinado por uno de sus adversarios, i que otro de los mismos casi fué inmolado a la venganza del iracundo Meneses.

Todos estos altercados le granjearon un gran número de enemigos poderosos, que no tardaron en precipitarle del alto puesto que ocupaba. Habiéndose casado Meneses sin licencia del rei con una dama chilena, no pudo mantener su matrimonio tan oculto que no llegase a noticia de sus contrarios, los cuales denunciaron el hecho i otros de que le acusaban al virei i Audiencia de Lima. Las autoridades peruanas nombraron a don Diego Dávila, marques de Navamorquende, pára que fuese a reemplazar en el gobierno de Chile a Meneses, a quien debia enviar arrestado (1668). Este último tuvo, pues, que pasar por la misma humillacion que habia impuesto a Pereda; i despues de haber sido condenado, solo fué indultado por el virei, gracias a la interseccion del cabildo de Santiago.

El marques de Navamorquende se vió pronto precisado a salir acampaña contra los araucanos, que se habian alzado a la noticia del cambio de gobernante; pero, aunque obtuvo ventajas en la guerra, regresó luego al Perú, pues habiendo sabido que la corte tenia nombrado un propietario, creyó impropio de su alta alcurnia aguardarle a fin de hacerle los honores del recibimiento i darle cuenta de su administracion. Asi fué precipitadamente dejando el mando a don Diego Gonzalez Montero, que de esta manera se vió por segunda vez rijiendó interiormente a Chile. Lo que tuvo de notable este gobernador, que ya era muy anciano, fué la circunstancia de haber sido el primer chileno que desempeñó tan elevado empleo, circunstancia que en toda la época colonial no volvió a repetirse hasta el presente siglo con la elevacion del conde de la conquista, don Mateo Toro.

El personaje que, por disposición del monarca venía a tomar el mando de Chile, era el jeneral don Juan Henríquez que, sobre ser un militar valiente, poseía la jurisprudencia como el oidor mas consumado (1670). Principió por ratificar con los indios, en un parlamento celebrado en Malloco, en enero de 1671, la paz que ya tenía ajustada con ellos su antecesor Gonzalez Montero. Pero al cabo de algunos meses, sea por impaciencia del ardor marcial en las tropas de la frontera, sea, como decían otros, por la codicia del gobernador, que quería la guerra para hacer prisioneros que le sirviesen de esclavos, lo cierto fué que las hostilidades se renovaron a pretestos de algunos movimientos sospechosos hechos por algunos caciques.

El pueblo araucano habia dejenurado tanto de su primitivo denuedo, que por mas que hicieron los españoles, la guerra no pudo prolongarse. Los mismos indios clamaban por el pronto escarmiento de aquellos que por imprudencia o por ánimo belicoso habian dado motivo a lo que estaba sucediendo, i pedían a gritos el restablecimiento de la paz.

Cuando el gobernador hubo castigado a los que consideraba culpables, accedió a la súplica de los naturales. A las condiciones que se habian estipulado en los convenios anteriores se añadió la de que cada parcialidad de araucanos quedaria bajo la vijilancia de un español que, con el título de capitán de amigos, velaria en la observancia de lo pactado i se esforzaria en civilizar a los indios. Estos funcionarios debían someter sus actos a la inspección de un jefe superior que tendría el nombre de comisario de naciones.

Pero si puede decirse que, durante la administración de Henríquez, los chilenos estuvieron tranquilos, por lo que respecta a los araucanos, no sucedió así por lo que toca a los ingleses cuyos corsarios amenazaron varias veces las costas i saqueron la ciudad de la Serena.

Don José de Garro, sucesor de Henríquez (1682), ratificó la paz con los indios en un solemne parlamento tenido en la Imperial el año 1683, i supo consolidarla durante

su administracion con una firmeza i una bondad de carácter verdaderamente admirables. Su gobierno habria sido mui feliz i tranquilo, si no hubiera sido turbado, como el de Henriquez por las amenazas i desembarcos de los corsarios ingleses, los cuales, por fortuna, i gracias a la actividad del gobernador, no pudieron hacer males de gran trascendencia. Para formarse una idea de la compertacion de don José de Garro en Chile, basta saber que sus gobernados le llamaban el *santo* Garro.

CAPITULO VIII.

Insurreccion de los araucanos en tiempo del gobernador Marin de Poveda.—Carácter codicioso del gobernador Ibañez i Peralta.—Las guarniciones de algunas plazas de la frontera se amotinan contra él.—Este gobernador es separado del mando por la corte i sometido a juicio.—Mala acogida que se da en el país al gobernador Ustáriz.—Movimiento de los indios prontamente sofocados.—Ustáriz es sometido a un juicio de residencia en el cual sale condenado.—Guerra con los araucanos bajo la administracion de Cano de Aponte.—El comodoro ingles Jorge Anson.—El gobernador Manso funda un gran número de poblaciones.—El gobernador Ortiz de Rosas continúa el sistema de poblaciones principiado por su antecesor.—Terremoto.—Establecimiento de la Universidad de San Felipe i de la casa de moneda de Santiago.—Gobierno de Amat i Juniet.

Don Tomas Martin de Poveda (1692) principió su gobierno por la reunion de un parlamento en Choquechoque, que se hizo notable por una estraordinaria concurrencia de españoles i de indios, i en el cual se ratificaron, por aclamacion i sin deliberar, las condiciones de estilo. Pero la administracion del nuevo mandatario no fué tan pacifica como su inauguracion podia hacerlo esperar. Habiendo desplegado el comisario de naciones, don Antonio Pedreros, un celo exajerado e imprudente para combatir las supersticiones de los indijenias i la veneracion que prestaban a sus hechiceras, ocasionó una revuelta, que le costó la vida. Sin embargo, los araucanos estaban ya tan dejennerados que, apénas rotas las hostilidades, clamaron por la paz, que les fué concedida en un segundo parlamento celebrado en el mismo sitio que el anterior.

Si a estos hechos se agrega la fundacion de la ciudad de *Talca* i de la villa de *Rere*, se tendrá un resumen completo de los sucesos ocurridos en la época de don Tomas Marin de Poveda.

Su sucesor, don Francisco Ibañez i Peralta (1700), era un hombre codicioso i poco delicado, que nunca hablaba de las poblaciones, del ejército, de los indios, sin decir *mis* poblaciones, *mi* ejército, *mis* indios, i que obraba en consonancia de estas palabras, enriqueciéndose a costa de las rentas públicas i particulares, como si el país fuera algun fundo de su pertenencia.

La poca pureza del gobernador en la administracion de los fondos del estado i la ninguna exactitud con que pagaba los sueldos al ejército, dió orijen a que las guarniciones de Yumbel, Arauco i Puren se amotinaron contra él. Pero no habiendo habido unidad en la ejecucion del plan de los insurrectos, Ibañez logró imponerles la lei i castigarlos severamente.

Esta ocurrencia, de que no se presenta otra análoga en toda la historia ya referida de Chile, está manifestando cuál era el mal procedimiento del gobernador i cuál el estado anárquico a que redujo al país.

La metrópoli, aunque se hallaba envuelta en todos los horrores de la guerra que se siguió a la muerte de Carlos II, se apresuró a remediar los desórdenes de Chile, haciendo que don Juan Andres de Ustáriz viniese a reemplazar a Ibañez en el gobierno (1709). Este último pretendió quedarse con su familia en Santiago; mas él i ella fueron obligados a salir para Lima, despues de haber tenido que soportar grandes vergüenzas por los bochornosos cargos que se dirijieron al citado ex-gobernador en el juicio de residencia a que fué sometido. Con tantas humillaciones, Ibañez casi se volvió loco, i al fin, hastiado del mundo, se entró de jesuita.

Don Juan Andres de Ustáriz era un comerciante de Sevilla, que llegó a Chile con el mal antecedente de que se susurrase que habia comprado el empleo en veinte i cuatro mil pesos para rehacerse de una gran pérdida. Estas

circunstancias hicieron que la nobleza del país, i sobre todo la Real Audiencia, recibieran con desagrado al nuevo gobernador, lo que dió oríjen a una multitud de etiquetas i competencias sobre asuntos de poca importancia pero que no por esto dejaban de ser mui molestas para el referido majistrado. Aunque desplegó los talentos i la actividad de un buen administrador, sus procedimientos poco delicados i poco escrupuloso en el manejo de las rentas públicas, justificaron los rumores que se habian esparcido contra él.

En su época ocurrió una sublevacion de los indios de Chiloé, que fué prontamente sofocada; i una conjuracion de los indios sometidos del sur de acuerdo con los araucanos, que fué descubierta a tiempo i castigada.

Los araucanos, despues del escarmiento de sus cómplices, en vez de correr a las armas, como desde luego habian parecido dispuestos a hacerlo, prefirieron aceptar la paz que les ofreció el gobernador en el parlamento de Tapihue el 1.º de enero de 1716.

Entre tanto, informada la corte de los manejos poco limpios de Ustáriz en la administracion de los caudales públicos, ordenó al virei del Perú que sin tardanza nombrase un gobernador interino para el reino de Chile, mientras llegaba de España el propietario. Este empleo recayó en el oidor de Lima, don José Santiago Concha, cuyo primer cuidado, segun las órdenes superiores que traia, fué someter a su antecesor a un juicio de residencia, en el cual éste, aunque tratado con jenerosidad, salió multado en cincuenta i cuatro mil pesos. Este golpe costó la vida al culpable Ustáriz.

Concha ilustró su corto gobierno con la fundacion de *San Martin de Concha* en Quillota.

El propietario elejido por el rei (1717) era el jeneral don Gabriel Cano de Aponte, hombre notable por su valor i galantería, lijero en su conducta privada, firme i austero en la pública, de maneras e inclinaciones cortesanias i de una integridad grande i a toda prueba.

Como lo habian practicado algunos otros de sus antece-

sores, una de las primeras providencias que tomó fué la convocacion de un parlamento en Tapihue, el cual se verificó por la Natividad de 1721; pero, como tambien habia sucedido en otras ocasiones, a pesar de este pacto solemnemente, la paz no fué de larga duracion. Los araucanos estaban quejosos de los capitanes de amigos, que cometian abusos de autoridad contra ellos. A este primer motivo de descontento se agregó el producido por una orden del gobernador que, hallándose falto de brazos para varias construcciones que habia emprendido en Concepcion, mandó que un cierto número de aquellos indómitos indijenas viniesen a trabajar en ellas. Someterse a semejante disposicion pareció a los altivos araucanos reconocerse vasallos; i antes de pasar por tal humillacion, se prepararon a la resistencia.

Segun lo que proyectaron, el movimiento insurreccional debia ser operado, no solo por los habitantes de Arauco, sino tambien por todos los del territorio comprendido entre el desierto de Atacama i el rio Biobio. Afortunadamente para los españoles, los araucanos hicieron su levantamiento antes del dia prefijado, lo que estorbó a los otros imitarlos. Sin embargo, Cano de Aponte se vió tan apurado que tuvo que abandonar todas las plazas construidas a la parte meridional del Biobio.

Si los naturales hubieran conservado el vigor i la entereza de sus mayores, sabe Dios en qué habria ido a parar la conquista de Chile por los españoles; pero al cabo de algunos meses, fatigados de la guerra, i viendo con temor los preparativos del gobernador para una espedicion a su tierra, imploraron la mediacion del obispo de Concepcion a fin de obtener que se les perdonase. Aponte accedió a la solicitud despues de haberse hecho de rogar, i la paz fué ajustada en el parlamento de Negrete, a 13 de febrero de 1726.

Los fuertes españoles fueron reedificados en la parte sur del Biobio; pero los capitanes de amigos quedaron suprimidos, debiendo en lo sucesivo entenderse los indios directamente con el gobernador.

En esta época, a los males de la guerra, se agregaron otros causados por peste i espantosos terremotos.

Don Gabriel Cano de Aponte murió de resultas de una caída de a caballo, que padeció por hacer alarde de buen jinete en una fiesta.

El oidor Sanchez de Barreda i Vera i el maestro de campo don Manuel de Salamanca, gobernaron sucesivamente i por poco tiempo el reino en calidad de interinos, sin que tengamos que decir de ellos otra cosa de notable, sino que el segundo celebró un parlamento con los araucanos en la ciudad de Concepcion el 13 de octubre de 1734.

El sucesor que el rei envió a Aponte era el teniente jeneral don José de Manso, que se habia encontrado en veinte i tantas batallas i sitios ocurridos en España, en Italia i aun en África; pero en Chile puede decirse que no halló contra quienes desplegar su valor i talentos militares (1737).

Los araucanos renovaron la paz con él en el campo de Tapihue, el 8 de diciembre de 1738.

Asegurados los enemigos interiores, quedaban los exteriores. Los ingleses, que estaban entónces en guerra con los españoles, habian dirigido sus miradas a las colonias de América. Una expedicion compuesta de cinco naves i mandada por el comodoro Jorge Anson, dobló el cabo de Hornos; pero los primeros enemigos contra quienes esta expedicion tuvo que combatir fueron, no los españoles, sino las tempestades i el escorbuto. No obstante las perdidas que estos dos azotes le hicieron experimentar, el almirante ingles sacó un gran provecho de su empresa. Situado en la isla de Juan Fernandez, hizo sin riesgo ni trabajo, como él mismo decia, las presas mas valiosas. Por mas que Manso se esforzó en que una escuadrilla, que habia equipado el virei del Perú, atacase a los ingleses, que habrian podido oponer muy poca resistencia, nada consiguió hasta que se fueron ricos de botín.

Si el gobierno de don José de Manso fué poco glorioso en los negocios de la guerra, lo fué mucho en los de la

paz. Creyendo que el mejor medio de asegurar la conquista i de fomentar la civilizacion de los naturales era la multiplicacion de las poblaciones, restableció la de *San Agustín* en Talca, i fundó la de *San Francisco de la Selva* en Copiapó, la de *San Felipe* en Aconcagua, la de *San José de Logroño* en Melipilla, la de *Santa Cruz de Triana* en Rancagua, la de *San Fernando* en Colchagua, la de *Nuestra Señora de las Mercedes* en Cauquenes i la de *Nuestra Señora de los Angeles* en la Laja.

En premio de sus eminentes servicios, el monarca ascendió a Manso al cargo de virei del Perú i mas tarde lo creó conde de Superunda.

Al partir para Lima, Manso dejó interinamente la direccion del país al mariscal don Francisco Obando, para que éste la entregase al propietario don Domingo Ortiz de Rosas, que, del gobierno de Buenos Aires habia sido promovido al de Chile (1746). Despues de haber celebrado el parlamento de estilo, que tuvo lugar en Tapihue el 20 de diciembre de aquel año, este señor se aprovechó de la paz a fin de continuar el sistema de poblaciones que habia adoptado su predecesor para cimentar la conquista. Ortiz de Rosas fundó la villa de *Santa Rosa* en el Huasco, la de *San Rafael de Rosas* en Cuscus de Choapa, la de *Santa Ana de Briviesca* en Petorca, la de *Santo Domingo de Rosas* en la Ligua, la de *San José de Buena-Vista* en Curicó, la de la *Virjen Maria* en Quirigue i la de *Jesus* en Coelemu.

El rei le dió en recompensa de estos trabajos el título de conde de Poblaciones.

Pero para que su administracion no fuese completamente próspera, un gran terremoto causó muchos estragos en todas las ciudades i arruinó las de Concepcion i Chillan, las cuales, al tiempo de reedificarse, fueron trasladadas a otro sitio inmediato al que primitivamente habian ocupado.

La creacion de la Universidad de San Felipe i el establecimiento de una casa de moneda ocurrieron tambien en la época de Ortiz de Rosas, que murió a poco de haber

entregado el mando al teniente jeneral don Manuel de Amat i Juniet (1755).

El nuevo gobernador era de un carácter imperioso, altanero e inclinado a la arbitrariedad, lo que le atrajo la antipatia de sus gobernados. Sin embargo, se portó con actividad i celo; aunque a veces con poca prudencia i poca equidad.

Habiendo asegurado la paz con los indijenas en un parlamento tenido en el Salto de la Laja el 13 de diciembre de 1756, adoptó el sistema de sus dos predecesores, convirtiendo en villas las plazas de *Santa Bárbara*, *Talcamávida* i *Hualqui*.

El resto del gobierno lo pasó en altercados con varios jefes i particulares, hasta que fué ascendido al vireinato del Perú.

Teniendo que ir a tomar posesion de su nuevo empleo, dejó en Chile de gobernador interino al teniente coronel don Félix Berroeta, cuyo mando fué insignificante i de corta duracion.

CAPITULO IX

El gobernador Guill i Gonzaga intenta fundar poblaciones en el interior de Arauco.— Insurreccion de los indijenas.— Espulsion de los jesuitas.— Gobierno interino del oidor Balmaceda.— El gobernador Morales celebra la paz con los araucanos.— Gobierno de Jáuregui.— Id. de Benavides.— Id. de O'Higgins.— Id. de Avilés.— Id. de don Joaquin del Pino.— Id. de Muñoz de Guzman.

Habiendo encargado el soberano de la direccion del reino de Chile al mariscal de Campo don Antonio Guill i Gonzaga (1762), éste, como muchos de sus antecesores, procuró la reunion de un parlamento que tuvo lugar en Nacimiento el 8 de diciembre de 1763. Esta asamblea no fué como varias de las anteriores, un acto de pura ceremonia, pues Guill i Gonzaga, conformándose a las instrucciones de la corte, estipuló con los indios la condicion de que habian de consentir en reducirse a poblaciones, lo que en apariencia fué aceptado por ellos con bastante gusto.

El gobernador no puso desde luego en práctica esta cláusula del convenio i se contentó con trasformar en villas las plazas de *Santa Juana*, *San Luis Gonzaga*, *Yumbel*, *San Carlos de Puren* i *Tucapel*; pero no tardó en querer aumentar las poblaciones internándose en el territorio indijena. Ordenó que se edificaran tres en el mismo Arauco; los indios ayudaron al principio a las construcciones; pero apenas comenzaron éstas a levantarse, las atacaron de improviso i las arrasaron hasta los cimientos.

Esta fué la señal de una insurreccion que estalló el 25 de diciembre de 1766 i que presentó un carácter mui alarmante. Sin embargo, no fué jeneral, hubo indios que se declararon abiertamente por los españoles; hubo otros que no se atrevieron a obrar a cara descubierta.

Los buenos oficios interpuestos por el obispo de Concepcion, Espiñeira, con los naturales sublevados, contribuyeron tambien mucho a que el movimiento no tomara las proporciones que habian sido de temerse.

Sin embargo, Guill i Gonzaga no tuvo la satisfaccion de verlo sofocado.

A este motivo de pesar se agregó otro que le fué todavía mas sensible. Guill i Gonzaga era mui afecto a los jesuitas, cuyos consejos seguia en los negocios administrativos i a quienes habia entregado la direccion de su conciencia. Cierta dia recibió una órden firmada por el rei Carlos III i su ministro el conde de Aranda, en la cual se le mandaba que con el mayor secreto se apoderase de todos los miembros de la Compañía de Jesus que hubiese en Chile i los remitiese a Europa. Era el caso que esta célebre congregacion habia llegado a despertar fuertemente la codicia i el odio de los gobiernos por el cúmulo de riquezas que poseia i los poderosísimos medios de influencia que tenia a su disposicion. Por mas que este mandato hubiera abrumado de dolor a Guill i Gonzaga, le dió cumplimiento el 26 de agosto de 1767. Habia entónces 398 jesuitas. Tres de ellos se quedaron con licencia por hallarse enfermos u otros graves motivos. Tres se ocultaron i ocho se escaparon al tiempo de ir a embarcarse en Val-

párais. Los demas fueron llevados a Europa, ménos sesenta que perecieron en un naufragio.

El gobernador Guill i Gonzaga no tardó en morir agobiado de años, de enfermedades i de pesares,

Al difunto presidente le sucedió en el mando, en calidad de interino (1768), don Juan de Balmaceda, oider anciano, esperto en negocios jurídicos, pero no en los militares, bajo cuya direccion, débil e indecisa, se acrecentó la insurreccion de los indijenas hasta el punto de verse obligado el virei del Perú a reemplazar al respetable magistrado por el mariscal de campo don Francisco Javier de Morales (1770).

Como este último observara que, a pesar de los esfuerzos que se hacian, el levantamiento, léjos de ser sofocado por las armas, tomaba mayores proporciones, trató de variar de sistema i de ensayar los medios pacíficos. Efectivamente, propuso a los indios un arreglo amistoso, el cual fué aceptado i ratificado con toda solemnidad en el parlamento de Quedeco, el 25 de febrero de 1771.

Habiéndose notado, a despecho del pacto anterior, algunos síntomas hostiles entre los habitantes de Arauco, se celebró un segundo parlamento para apartar todo pretexto de desavenencia, el cual tuvo la particularidad de efectuarse el 18 de febrero del año siguiente, en Santiago, en el patio del propio palacio del gobernador, a donde concurrieron cuarenta i dos caciques, tres mensajeros, catorce capitanes i ciento veinte mocetones. En esta asamblea la paz quedó sólidamente establecida.

Al cabo llegó el gobernador propietario, que fué el teniente jeneral don Agustin Jáuregui (1774).

A fin de facilitar las relaciones con los araucanos, este mandatario hizo que los cuatro *Butalmayus* o porciones en que aquellos indios estaban divididos mantuviera cada uno su embajador en la capital del reino. Con este arbitrio creyó que en adelante seria inútil la reunion de parlamentos; pero la corte desaprobó la idea, por lo cual, aunque conservando siempre la institucion de los embajadores, fué a celebrar uno en Tapihue el 24 de diciembre de 1774.

Hubo en este convenio dos estipulaciones notables; la primera establecia que habria concordia, no solo entre los indios i españoles, sino entre los indios unos con otros; la segunda, que los caciques enviarian sus hijos a Santiago para ser educados en un colejio que para el objeto se fundó en San Pablo.

A pesar de las primeras de estas estipulaciones, los indios continuaron atacándose unos a otros, lo que producía desórdenes, en cuyo arreglo se distinguió mucho el comandante de la frontera don Ambrosio O'Higgins,

En tiempo del gobernador Jáuregui la provincia de Cuyo fué separada del reino de Chile para pasar a formar parte del nuevo vireinato de Buenos Aires.

Habiendo sido promovido Jáuregui a virei del Perú, quedó interinamente con el mando por algunos meses el primer rejente de la audiencia de Santiago, don Tomas Alvarez de Acevedo, hasta la llegada del brigadier don Ambrosio Benavides (1780).

Era éste un anciano bondadoso, que, por su edad i sus achaques, se hallaba en la imposibilidad de atender por sí mismo a los negocios del estado. Así fué que encargó los diversos ramos de la administracion a varios personajes de su confianza, entre los cuales don Ambrosio O'Higgins tuvo todo lo concerniente a la frontera, hasta el estremo de ser, no el gobernador, sino el que presidió el parlamento de estilo en la vega de Lonquilmo, el 3 de enero de 1784.

En esta asamblea se revocó la estipulacion del último parlamento de Tapihue que exijia la presencia en Santiago de los embajadores de los cuatro Butalmapus, por ser nociva a la salud de estos enviados.

Poco despues se cerró tambien el colejio de jóvenes caciques fundado en la capital del reino, porque demandaba crecidos gastos i solo contenia diez alumnos; i se mandó trasladar a Chillan.

Benavides murió sin haber gobernado, puede decirse, dejando el mando al rejente Alvarez de Acevedo, cuya comportacion fué esta segunda vez tan digna de elojio co-

mo la primera i cuyo sucesor, nombrado por la corte, fué don Ambrosio O'Higgins (1778).

Este nombramiento causó la admiracion de todos, porque el nuevo mandatario era un irlandés, i se sabe la desconfianza con que la metrópoli miraba a los extranjeros. O'Higgins habia tenido un arte prodijioso para hacer olvidar todas aquellas prevenciones por lo tocante a su persona. Habia comenzado su carrera en Chile sirviendo de sobrestante en la construccion de unas casuchas que Guill i Gonzaga mandó edificar en la cordillera para abrigo de los pasajeros, i en seguida se habia ido elevando grado por grado hasta llegar al alto puesto de presidente de Chile.

O'Higgins fué sin disputa uno de los administradores mas hábiles i activos que ha tenido nuestro país.

Recorrió personalmente el territorio desde su estremidad norte hasta su estremidad sur.

Dió fomento a varias villas que debian su orijen a alguno de sus antecesores, pero que no tenian de tales mas que el nombre.

Fundó el mismo la de *San Ambrosio de Ballenar*, la de *San Francisco de Borja* en Combarbalá, la de *Santa Rosa de los Andes*, la de *San José de Maipo*, la de *Nueva Bilbao* (hoi *Constitucion*) a la desembocadura del Maule, la de *Maria Luisa* en el Parral i la de *San José de Alcudia* en Valdivia.

Repobló la antigua aruinada ciudad de Osorno.

Mejóro los caminos, particularmente el de la cordillera i el que conduce de Santiago a Valparaiso.

Atendió a la buena recaudacion de las contribuciones i a un réjimen escrupuloso i económico en los gastos públicos.

Suprimió las encomiendas que existian desde la conquista.

Presidió en Negrete, el 4 de marzo de 1793, un parlamento solemne con los araucanos.

Al fin de estas tareas pasó de virei al Perú, como si el monarca hubiera querido que este hombre extraordinario llegase a la cumbre de las dignidades coloniales. O'Hig-

gins estaba ademas condecorado con los titulos de baron de Ballenar i marques de Osorno.

El rejente de la Audiencia, don José de Rezabal, que habia quedado con el mando interino, lo entregó al cabo de cuatro meses al propietario, el teniente jeneral don Gabriel de Avilés (1796),

Este gobernador que era mui devoto i bondadoso, se puso a levantar capillas por los campos, como otros habian levantados ciudades, a fin de atender a las necesidades espirituales de los habitantes esparcidos, habiéndose empeñado en proporcionar su iglesita hasta a unos ciento cincuenta pescadores que poblaban el miserable i apartado lugarejo del Paposo. Favoreció igualmente al hospital de San Juan de Dios, la casa de espósitos i la de recojida, que existian en Santiago.

Elevado al virreinato de Buenos Aires, tuvo por sucesor al mariscal de campo don Joaquin del Pino (1799), que gobernó mui poco tiempo por haber sido nombrado luego para el mismo virreinato.

Ejercieron sucesivamente el mando en calidad de interinos i solo por unos cuantos meses, los oidores don José de Santiago Concha i don Francisco Tadeo Diaz de Medina i Callado, hasta que lo recibió el propietario don Luis Muñoz de Guzman (1802).

Este mandatario hizo que el brigadier don Pedro Quijada presidiese un parlamento en la frontera el 3 de marzo de 1803, i embelleció a Santiago con alguno de los edificios mas notables que le han quedado de la época colonial, tales como el Consulado, hoy casa del Senado, la Aduana, hoy casa de los Tribunales, i la casa de la Real Audiencia i del Tribunal de Cuentas, hoy casa de la Intendencia en la plaza principal. La casa de moneda principiada anteriormente, se concluyó tambien en este tiempo.

Don Luis Muñoz de Guzman murió repentinamente el 10 de febrero de 1808.

CAPITULO X.

Invasión de España por el ejército de Napoleón i usurpación de José Bonaparte.—Efecto que la noticia de los sucesos anteriores produce en las colonias de América.—El brigadier Carrasco se encarga del gobierno interino de Chile, contrariando a la Real Audiencia.—Carácter de este mandatario.—Sus desavenencias con las otras autoridades.—Prisión de Rojas, Ovalle i Vera.—El cabildo i vecindario de Santiago piden la libertad de los tres presos afirmando las resultas del proceso.—Carrasco da una respuesta evasiva i ordena que los tres presos sean conducidos a Lima.—Ajitación del pueblo de Santiago con este motivo.—Acuerdo de la Real Audiencia.—Carrasco es obligado a entregar el mando al conde de la conquista.—Lucha del cabildo i de la audiencia para dominar en el ánimo del conde.—Establecimiento de una junta gubernativa, el 18 de setiembre de 1810.—Trabajos de la junta.—Motín de Figueroa i sus consecuencias.—Division de los patriotas en dos bandos.—Reunion del primer congreso.—Movimiento del 4 de setiembre, capitaneado por Carrera.—Descontento de Carrera i consecuencias que tuvo.—Disolución del Congreso.—La provincia de Concepción se separa de Santiago.—Convencio celebrado entre Rosas i Carrera.—Contra-revolucion en Valdivia.—Caída de Rosas.—Gobierno de Carrera.

Para comprender la série de acontecimientos que vamos a narrar, es preciso comenzar por echar una mirada a lo que estaba sucediendo en la Península.

El rei Carlos IV habia entregado su reino i su voluntad a la direccion de un valido, llamado don Manuel Godoi, que de simple guardia de corps habia sido elevado al rango de príncipe de la Paz, de primer ministro, de verdadero soberano de las Españas i de las Indias. El cariño que el monarca profesaba a su favorito era tal, que para complacerle no habia trepidado en malquistarse con su propio hijo, el heredero presuntivo de la corona, el príncipe Fernando.

El pueblo habia tomado partido por este último, que se habia puesto al frente de la oposicion a Godoi.

La ajitacion producida por estos altercados habia ido creciendo hasta dejenerar en una revolucion que estalló en Aranjuez.

El emperador de los franceses, Napoleón, que desde largo tiempo codiciaba para su familia la soberanía de Espa-

ña, se ofreció como mediador entre el padre i el hijo, i fué bastante astuto para hacer, no solo que aceptasen sus buenos oficios, sino tambien que uno i otro, de grado o por fuerza, abdicasen en favor de José Bonaparte, hermano de Napoleon.

José logró desde luego posesionarse sin dificultad de su nuevo reino, porque el emperador, previendo el resultado de las intrigas que habia urdido, habia conseguido que se enviaran al Norte de Europa una gran parte de las tropas españolas e introducido el mismo muchas francesas en el territorio de España, so pretesto de hacerlas pasar al Portugal. Gracias a estas hábiles combinaciones, la usurpacion de José no ofreció por de pronto ningun inconveniente. Pero el pueblo español, que, como se sabe, es idólatra de su patria i de sus reyes, corrió espontáneamente a las armas, i cada provincia eligió una junta que la gobernase en la ausencia del lejítimo soberano, nombre que daban a Fernando VII.

La Inglaterra, porque así cuadraba a sus intereses, no tardó en venir al socorro de aquel pueblo desarmado, que iba a entrar en lucha con el ejército de los vencedores de la Europa, i el aspecto de la guerra comenzó a ser desfavorable para los invasores.

Pero las convulsiones intestinas de la España debian causar a esta nacion un mal sin remedio en sus posesiones ultramarinas. Apenas supieron los americanos la usurpacion del rei José i la aptitud que habian tomado las provincias peninsulares erijiendo juntas que las gobernasen en ausencia del lejítimo soberano, pretendieron imitar a la metrópoli i obrar de la misma manera que sus hermanos de Europa.

Aquella novedad en el réjimen gubernativo agradaba tanto mas a los habitantes del Nuevo Mundo, cuanto que la política suspicaz de España los habia tenido hasta entónces completamente escludido de toda intervencion en los negocios públicos. Los principales empleados eran españoles europeos, siendo muy raro que un americano ocupase un alto puesto. Así la mayoría de los criollos se es-

forzaba con empeño en organizar juntas nacionales que les dieran injerencia en la administracion de su país.

Los mandatarios colocados por la metrópoli principiaron a oponerse enérgicamente a la realizacion de semejantes proyectos, aunque fuesen una imitacion de lo que se habia practicado en la Península, porque temian que aquella innovacion fuese el origen de otras mas trascendentales.

Efectivamente, muchos que habian visto, algunos años ántes, que las colonias inglesas se habian separado de su madre patria para constituirse en nacion independiente, deseaban una cosa igual para las españolas i pedian la formacion de juntas, no en favor de Fernando VII, como lo gritaban, sino en provecho de sus ocultos designios.

Esta era en jeneral la situacion crítica de la América, cuando sucesos especiales vinieron a dar pábulo en Chile a las ideas revolucionarias.

A la muerte repentina del presidente Muñoz de Guzman, la Real Audiencia entregó el mando interino del reino, como se habia acostumbrado en ocasiones anteriores, a su propio rejente; pero habiendo espedido el rei algunos meses ántes una real órden por la cual determinaba que fuese un jefe militar de graduacion, i no un togado, el que se encargase del mando en casos semejantes, el brigadier don Francisco García Carrasco, que se hallaba en la frontera, reclamó para sí aquel honor, apoyado en la referida real cédula; i como la justicia de su pretension era evidente, el supremo tribunal tuvo que ceder mal que le pesase.

El nuevo mandatario era un soldado toscó, sin antecedentes favorables, sin relaciones de ninguna especie, sin discernimiento, de carácter arbitrario i al mismo tiempo débil.

Desde el principio de su administracion estuvo en choque con la Real Audiencia, que no podia perdonarle su elevacion al poder, pero no tardó en malquistarse igualmente con todas las otras corporaciones principales, la Universidad, el Cabildo eclesiástico i el Cabildo secular.

En medio de estas disensiones entre los majistrados, las

ideas revolucionarias, los pensamientos de innovaciones i los planes de reformas continuaban propagándose en el país. Carrasco pensó poner término a aquella ajitacion por un golpe de estado, i el 25 de mayo de 1810 hizo arrestar a tres sujetos mui respetables que pasaban por ser celosos propagadores de las nuevas doctrinas, don José Antonio Rojas, don Juan Antonio Ovalle i don Bernardo Vera.

Los tres presos fueron remitidos sin tardanza a Valparaiso, a donde pasó un oidor para levantarles su proceso.

Esta medida del gobernador alarmó mucho a todo el país, i principalmente a Santiago, donde los tres individuos perseguidos tenian gran influencia i numerosísimos amigos.

Esta inquietud subió de punto con la noticia que se recibió entónces, de que precisamente el dia que se habia arrestado en la capital de Chile a Rojas, Ovalle i Vera, habia estallado en Buenos Aires un movimiento revolucionario que habia traído la destitucion de los mandatarios realistas. Esto dió ánimo a los partidarios de las innovaciones i aumentó los temores de Carrasco.

El Cabildo i muchos de los principales vecinos de Santiago pidieron al gobernador que volviera la libertad a Rojas, Ovalle i Vera, que permanecian presos hacia mas de mes i medio, afianzando la conducta pasada i la futura de dichos individuos. Como no consiguieran nada con las solicitudes por escrito, hicieron que el procurador de ciudad, don José Gregorio Argomedo, pasase personalmente a casa del gobernador para dirigirle de palabra la misma peticion.

Carrasco respondió que los tres presos volverian pronto al seno de sus familias; pero al mismo tiempo impartió órdenes a Valparaiso para que sin tardanza fuesen enviados a Lima.

El 11 de julio, a las seis de la mañana, se supo en Santiago por un propio llegado apresuradamente de Valparaiso, la duplicidad de Carrasco. La indignacion de todo el vecindario fué estremada. El pueblo se agrupó en la

plaza; el Cabildo se reunió en su sala capitular. Después de algunos pasos dados infructuosamente para conseguir que el gobernador consintiese en revocar su arbitraria disposición, los cabildantes sometieron el negocio a la Real Audiencia, la cual suplicó a Carrasco que fuese a discutirlo con ella.

El presidente trató desde luego de negarse; pero se vió obligado a ceder en vista de la actitud amenazante que habian tomado el pueblo i las tropas.

El resultado de esta sesion fué la resolución de que en lo sucesivo Carrasco no tomaria ninguna determinacion sin ponerse de acuerdo con el oidor Concha, la destitucion de algunos empleados a quienes se atribuia participacion en las providencias del gobernador i el decreto para que se diera libertad a Rojas, Ovalle i Vera.

Aunque esta órden fué llevada a Valparaiso a mata caballo, llegó tarde, pues Rojas i Ovalle habian sido trasportados a Lima, no habiendo quedado mas que Vera por enfermo.

La Audiencia se habia lisonjeado con que las providencias tomadas bastarian a calmar los espíritus; pero viendo que el Cabildo i los mas notables vecinos de la capital continuaban trabajando para reemplazar a Carrasco por una junta nacional, trató de impedir la realizacion de una idea que estimaba perjudicialísima a los intereses de la metrópoli. Como dicha corporacion no tenia fuerzas i sus adversarios las tenian, creyó que lo mejor seria ceder en parte para no perderlo todo. Con esta intencion forzó a Carrasco a que el 16 de julio entregase el baston del mando al brigadier i conde de la Conquista, don Mateo de Toro Zambrano. Siendo este caballero chileno de nacimiento, la Audiencia pensó que la satisfaccion de verse rejidos por un compatriota pondria término al deseo de innovaciones que se manifestaba en el pueblo.

Sin embargo, sus cálculos le salieron fallidos. Los partidarios del establecimiento de una junta no abandonaron sus proyectos con la elevacion de Toro; al contrario, con-

siderándolos mas fáciles de ejecutar entónces que ántes, re doblaron sus esfuerzos.

El conde de la conquista era un anciano de ochenta i seis años, que no tenia ni la intelijencia ni la voluntad suficientes para resolver por sí mismo. Así sucedió que los dos bandos se pusieron a luchar por dominar en el ánimo del presidente.

El cabildo obtuvo un verdadero triunfo, logrando colocar al lado del conde a dos jóvenes abogados, hábiles i entusiastas, don Gaspar Marin i don José Gregorio Argonedo, el primero con el título de asesor i el segundo con el de secretario.

Pero la Audiencia trató de contrabalancear el medio de influencia que se habian preparado sus contrarios, por otros no ménos poderosos que encontró en la propia familia del conde i en el clero. Estos resortes parecieron desde luego dar la victoria al supremo tribunal.

Las diversas juntas provinciales que, segun hemos dicho, se habian organizado en España al tiempo de la usurpacion de José, se habian resumido en una central que se estableció en Sevilla; pero habiendo sido ésta obligada por el ejército frances a retirarse hasta Cádiz i habiendo llegado a ser ella misma sospechosa de connivencia con el enemigo, habia tenido que entregar el mando a una nueva junta, que se denominó Consejo de Rejencia.

La Real audiencia trabajaba porque se reconociese la autoridad de este consejo; el Cabildo se oponia; el conde no sabia qué hacer. Al fin prevaleció la opinion de los oidores, i el Consejo de Rejencia fué solemnemente proclamado; pero éste fué el último triunfo de aquellos.

El Cabildo i los suyos lograron al fin dominar en el ánimo del conde, quien por inspiracion de los capitulares i contra todas las protestas i reclamaciones de la Audiencia, convocó al vecindario de Santiago a una reunion que debia tener lugar el 18 de setiembre en el salon principal del Consulado, i en la cual debian discutirse los arbitrios que podian asegurar la tranquilidad pública.

Habiéndose verificado esta memorable asamblea, se de-

terminó en ella, casi sin discusión ni oposición, porque era una cosa decidida de antemano, que durante la ausencia del legítimo monarca, el gobierno de Chile se encargaría a una junta compuesta de las personas siguientes; don Mateo de Toro Zambrano, presidente; el obispo de Santiago, don José Antonio Martínez de Aldunate, vicepresidente; el consejero de Indias, don Fernando Márquez de la Plata; el doctor don Juan Martínez de Rosas; el coronel de milicias, don Ignacio de la Carrera; el coronel de artillería, don Francisco Javier de Reina, i el maestro de campo, don Juan Enrique Rosales, vocales; don José Gaspar Marín i don José Gregorio Argomedo, secretarios.

Esta junta, elejida únicamente por los vecinos de Santiago, era provisional i debía durar solo hasta la próxima reunión de un congreso a que asistirían los diputados de todo el país. Sin embargo, a pesar de ser tan transitorias sus atribuciones i verse obligado a atender de preferencia a desbaratar las maquinaciones de la Real Audiencia i de los influentes i numerosos parciales de ésta, operó en el ejército i en la administración reformas importantes i abrió al comercio extranjero, con fecha 21 de febrero de 1811, los puertos de Coquimbo, Valparaíso, Concepción i Valdivia.

Para que se comprenda toda la trascendencia de la última medida, es preciso saber que durante la época colonial solo las naves españolas tenían derecho de comerciar con la América.

Mientras se dictaban estas providencias habia muerto el conde de la Conquista el 19 de enero anterior.

La apertura del congreso estaba fijada para el 15 de abril, i el 1.º del mismo mes debían proceder los vecinos de Santiago a la elección de sus diputados. Aquel día, en vez de elecciones, hubo un motín militar que capitaneó el teniente coronel don Tomás Figueroa, poniéndose al frente de una parte de la guarnición; probablemente movido por la Audiencia, que desesperaba de contener los progresos de la revolución por medios pacíficos.

Los amotinados fueron a formarse en la plaza principal,

adonde no tardó en presentarse la parte de la guarnicion que habia permanecido fiel a la junta.

Siguióse un corto tiroteo que produjo la dispersion de los insurrectos.

Entónces don Juan Martinez de Rosas, que se distinguia entre sus colegas por su ciencia i enerjía, salió personalmente en persecucion de Figueroa, a quien prendió por su propia mano en una celda del convento de Santo Domingo, donde este caudillo se habia refugiado.

Por influjo del mismo Rosas, Figueroa fué ejecutado en breves horas, i la Real Audiencia disuelta a los pocos dias, reemplazándola por un Tribunal de Apelaciones.

La revolucion marchaba, pues, triunfante; pero sus directores no tardaron en comenzar a malquistarse unos con otros. Rosas, que por la decision de sus opiniones se habia formado una clientela de partidarios enérjicos i resueltos, se puso bien pronto en oposicion con el Cabildo de Santiago i sus parciales, que le reprochaban querer avanzar demasiado lijero en la lucha contra la metrópoli, i que le acusaban de ambicioso. Los miembros mismos de la junta se dividieron entre estos bandos.

Habiendo llegado a la capital muchos de los diputados de las provincias, entre los cuales la mayoría pertenecia a Rosas, éste, a fin de hacer prevalecer sus ideas en el gobierno, trabajó para que fuesen incorporados en la junta i lo consiguió.

Con el objeto de volver a ganar el predominio que perdian con esta determinacion, los cabildantes trabajaron para que las elecciones de Santiago, diferidas hasta entónces por el motin de Figueroa, les diesen diputados amigos, como efectivamente sucedió.

El primer congreso chileno se reunió en las Cajas, el 4 de julio de 1811; i por consiguiente, este mismo dia la junta gubernativa cesó en sus funciones de tal.

Desde las primeras sesiones se conoció que Rosas solo contaba con trece diputados i que sus adversarios tenian una gran mayoría.

Los *rosistas* dijeron de nulidad de las elecciones de San-

tiago, que habia elejido doce diputados cuando solo debía corresponderle la mitad de este número; pero los miembros de la mayoría respondieron a la fuerza de las razones alegadas con otras razones i sobre todo con la fuerza del número.

Como el congreso habia ejercido hasta aquel momento todos los poderes, incluso el ejecutivo, los amigos de Rosas pidieron que se eligiera una junta gubernativa compuesta de tres miembros, representantes el uno de la provincia de Coquimbo, el segundo de la de Santiago i el tercero de la de Concepcion e intrigaron de todos modos para que don Juan Martinez de Rosas fuese uno de ellos. Cuando vieron que nada conseguirian, se retiraron del congreso diciendo de nulidad de cuanto se hiciese.

La mayoría, sin hacer juicio de semejante protesta, nombró un ejecutivo compuesto de tres individuos que debian representar las provincias de Coquimbo, Santiago i Concepcion; éstos fueron don Martin Calvo Encalada, don Juan José Aldunate i don Francisco Javier del Solar. Como este último no se encontrase a la sazón en Santiago, se designó para suplente suyo a don Juan Miguel Benavente. Se nombró para secretario de la nueva junta gubernativa a don Manuel Valdivieso i para asesor a don José Antonio Astorga. Escusado es advertir que todas estas personas pertenecian al partido de la mayoría del Congreso.

Como mientras tanto los individuos de la oposicion hubiesen estado conspirando, hicieron estallar el 4 de setiembre un movimiento insurreccional, que fué capitaneado por don José Miguel Carrera, jóven recién llegado de España en aquellos dias, con título de mayor de los *Húsares de Galicia*.

Este movimiento, que triunfó sin resistencia, dió por resultado el reemplazo de la junta ejecutiva por otra de cinco vocales adictos a los exaltados, la espulsion del Congreso de los siete diputados mas influyentes del bando contrario i la introduccion de otros nuevos, que fueron designados en medio del tumulto.

Los cinco vocales de la nueva junta eran don Juan Enrique Rosales, don Juan Martinez de Rosas, don Martin Calvo Encalada, don Juan Mackenna i don Gaspar Marin. Se nombró suplente del último, que no se hallaba en la capital, a don Joaquin Echeverría, i secretario a don José Gregorio Argomedo i don Agustin Vial.

Al dia siguiente, 5 de setiembre, tuvo lugar en Concepcion un movimiento análogo al de Santiago, dirijido por el doctor Rosas, que habia pasado allá con este objeto.

A los pocos dias se verificó otro semejante en la ciudad de Valdivia, tambien por maquinacion de Rosas.

Los exaltados dominaban completamente en el país, cuando se levantó contra ellos un enemigo que no aguardaban. Don José Miguel Carrera, el jefe del movimiento del 4 de diciembre, habia sido mirado por los nuevos gobernantes como un mero ajente a quien no tenian necesidad de hacer un grande acatamiento. Esto disgustó sobremanera al jóven, que era ambicioso, i cuya popularidad, fomentada por sus relaciones de familia, por el prestijio de un hombre a la moda, por maneras insinuantes i por su reciente triunfo, se acrecentaba diariamente en el pueblo i en las tropas. Así, se puso a buscar cómo darse él mismo el puesto que otros no se habian acordado de concederle. Habiendo hecho creer a los realistas o partidarios de España que talvez podría encabezar una reaccion a su favor, consiguió de ellos recursos con los cuales preparó un movimiento que estalló el 15 de noviembre i que salió tan felizmente como el del 4 de setiembre.

Despues de la victoria, lo primero que hizo fué alejar del país a los realistas, que creian que el triunfo era para ellos. En seguida mandó proclamar una junta ejecutiva compuesta de don Gaspar Marin, representante de Coquimbo; don José Miguel Carrera, de Santiago, i don Juan Martinez de Rosas, de Concepcion. Como este último estuviera ausente, entró a suplir por él don Bernardo O'Higgins.

Véase por la organizacion de este gobierno que Carrera no habia querido separar a Rosas i sus amigos del poder,

sino dividirlos con ellos. Pero los exaltados no perdonaron a su rival el golpe de mano que habia dado i no aceptaron la transacción tácita que les proponia.

El Congreso tomó una actitud hostil contra Carrera, se principiaron a tramitar conspiraciones para derribarle por los mismos medios que habia empleado para subir, i Rosas ofreció a los diputados las fuerzas de Concepcion para que recuperasen la autoridad que habian perdido.

Irritado Carrera, disolvió el Congreso el 2 de diciembre.

Tres dias despues de este suceso, Marin dió su dimision de miembro de la junta, i a los pocos dias O'Higgins hizo otro tanto.

Carrera aceptó la primera sin condicion; pero exijió del segundo que le sirviese de mediador para arreglarse con Rosas. No habiendo tenido buen resultado esta negociacion, los dos rivales se prepararon a decidir la cuestion por las armas.

A pesar de tanto aparato bélico, Rosas i Carrera tuvieron una conferencia en la ribera del Maule i entraron despues en cambios de notas que dieron por resultado una suspension de hostilidades i el convenio de convocar un Congreso que decidiese los principales puntos en litigio.

Carrera se volvió a Santiago i Rosas a Concepcion.

El principal motivo que influyó sobre Carrera para terminar de cualquier modo sus diferencias con Rosas, fué la noticia de una contra-revolucion realista que habia estallado en Valdivia. El 16 de marzo de 1812, el vecindario de dicha ciudad se insurreccionó contra la junta patriota que lo gobernaba, proclamó el restablecimiento del antiguo réjimen, i designó a don José Miguel Carrera para capitán jeneral de todo el reino de Chile. Habiendo éste contestado, como particular i como funcionario público a las notas en que se le comunicaron tales sucesos, que le habia causado estrañeza el que los valdivianos estuviesen tan equivocados sobre las opiniones políticas del país i de su gobierno, los gobernantes de Valdivia se separaron en

teramente de las autoridades de Santiago i se pusieron bajo la dependencia del virei del Perú.

Al mui poco tiempo de haberse ajustado el convenio referido entre Rosas i Carrera, el primero fué entregado por sus propias tropas en mano de su feliz competidor. Lo mal pagada que estaba la guarnicion de Concepcion, a causa de la escasez del erario de aquella provincia, la estimuló a sublevarse contra Rosas i sus amigos i a reconocer a los gobernantes de la capital (8 de julio de 1812).

Rosas fué remitido a Santiago a disposicion de Carrera, quien le hizo pasar a Mendoza, donde al poco tiempo falleció.

Despues de estos sucesos, Carrera se encontró de jefe supremo del país, pues, aunque formaba parte de una junta donde habia otros dos miembros, su voluntad era la que imperaba.

Bajo su administracion se tomaron algunas medidas favorables al fomento de las luces; se ordenó que los conventos sostuviesen escuelas gratuitas; se pensó en la fundacion del Instituto Nacional; se estableció la primera imprenta digna de tal nombre, que habia habido en el país; se publicó el primer periódico cuyo título era la *Aurora* i cuyo redactor era un padre de la *Buena Muerte*, natural de Valdivia, de gran talento e instruccion, llamado Camilo Henriquez.

Sin embargo, la falta de disposiciones que pusieran atajo a las arbitrariedades de los gobernantes i asegurasen las garantías de los gobernados, era jeneralmente sentida, i era causa de frecuentes i justas reclamaciones. A fin de acallar los clamores de la opinion, se redactó una constitucion sumamente oscura, que fué votada de un modo igualmente vicioso. La promulgacion de este imperfectísimo ensayo constitucional fué el último acontecimiento notable del año 1812.

CAPITULO XI.

Invasion de Pareja.—Primeras operaciones de la campaña de 1813.—Sitio de Chillan.—Ventajas de los realistas.—Batalla del Roble.—Carrera es separado del mando del ejército i reemplazado por O'Higgins.—Llegada del jeneral realista Gainza.—Toma de Talca por los españoles.—Creacion de un director supremo.—Campaña de 1814.—Situacion de los belijerantes despues de la accion de Quechereguas.—Noticias desfavorables para los patriotas, venidas del exterior.—Convenio de Lircai.—Movimiento operado por Carrera en Santiago el 23 de Julio de 1814.—Guerra civil.—Desembarco de Osorio.—Reconciliacion de los bandos patriotas.—Batalla de Rancagua.—Emigracion a Mendoza.

El 31 de marzo de 1813, a las seis de la tarde, llegó apresuradamente de Concepcion a Santiago un correo con la noticia de que en la tarde del dia 26 habia anclado en el puerto de San Vicente una espedicion realista, capitaneada por el brigadier don Antonio Pareja.

Esta espedicion, organizada por el virei del Perú, Abascal, se habia formado principalmente en las provincias de Chiloé i Valdivia i tenia por objeto el restablecimiento en Chile del sistema colonial.

En medio de la alarma que esta novedad causó en la capital, don José Miguel Carrera fué nombrado jeneral en jefe del ejército que debia levantarse para resistir a la invasion.

Carrera partió en la tarde del siguiente dia para Talca, donde fijó la base de sus operaciones.

Entre tanto, Pareja, habiéndose tomado a Talcahuano i reforzado sus filas con la guarnicion de Concepcion, que se habia pasado a las banderas de la metrópoli, avanzó sobre Santiago.

El 30 de abril estaba acampado en Yerbas-Buenas, a siete leguas del rio Maule; pero al amanecer de este mismo dia fué sorprendido por una corta division patriota, i habria sido completamente destrozado, si la luz del alba no hubiera venido en su auxilio. Habiendo sido rechazados los asaltadores, los dos bandos cantaron victoria; pero todo bien considerado, la accion importaba un verdadero

descalabro para Pareja, pues un corto destacamento habia introducido la confusion en su ejército entero.

A pesar de este primer descalabro, el jeneral realista estaba el 30 de abril a las orillas del Maule e intentaba atravesarlo; pero su tropa desalentada rehusó seguirle. Así se vió precisado a emprender la retirada.

Habiendo marchado entónces Carrera en persecucion del enemigo, alcanzó su retaguardia el 15 de mayo, en la villa de San Carlos, i se batió con ella; pero a pesar de que le causó bastante mal i la obligó a continuar apresuradamente su retirada al sur, no obtuvo por causas que no es del caso explicar, una ventaja bien decisiva, lo que hizo que otra vez los dos partidos cantaran la victoria, aunque la alegría de los realistas era la ménos justificada.

Los invasores prosiguieron con trabajo su marcha i fueron a encerrarse en Chillan, bajo el mando del capitán don Juan Francisco Sanches que habia reemplazado en el jeneralato a Pareja, a quien una fiebre i el pesar que le causaban sus descalabros, tenian moribundo.

El 25 los patriotas recobraron a Concepcion i el 29 a Talcahuano.

Los realistas, que un instante se habian posesionado de la mitad del país, quedaban reducidos al estrecho recinto de una ciudad.

Impaciente Carrera por esterminar las reliquias del ejército real, ántes de que éste recibiera socorros del Perú, sitio el 8 de julio a Chillan, el único punto de la provincia de Concepcion donde tremolaba la bandera de Castilla. Pero todos sus esfuerzos se estróllaron en vano contra aquellas murallas. Sus soldados sabian combatir contra hombres, mas nó contra los elementos. Los realistas se defendieron heróicamente: eran chilenos; pero tarde o temprano habrian sucumbido si no hubieran venido en su ayuda el invierno de 1813, que fué terrible. Miéntas ellos peleaban sobre un suelo enjuto, miéntas tenian techos donde guarecerse, abrigos contra el viento, amparo contra la lluvia; los patriotas marchaban con el barro hasta las

rodillas, el huracan arrebatava sus tiendas, la tempestad los hostigaba sin tregua ni descanso.

La putrefaccion de los caballos de amigos i enemigos, enterrados por rimeros en su campo, infestaba el aire i envenenaban sus pulmones.

La falta de forraje i el rigor del tiempo, habian aniquilado hasta tal extremo las cabalgaduras, que eran mas cómodo caminar a pié que sobre aquellas bestias estenuadas.

Para colmo de desgracia, una bala lanzada por las baterías de Chillan cayó sobre el principal depósito de municiones i las incendió todas, causando entre los soldados de la patria estragos espantosos.

Sin víveres para alimentarse, sin cartuchos para combatir, sin medios de movilidad, la continuacion del sitio era humanamente imposible. El 7 de agosto don José Miguel Carrera dió la señal de la partida a los restos gloriosos de su brillante ejército que habian escapado a la desercion i a la muerte.

Los realistas se movieron para perseguirlos e intimaron la rendicion a aquella tropa en retirada, que apenas llevaba tiros en sus cartucheras. La contestacion de Carrera fué una bravata dictada por la desesperacion i una salva de veintiun cañonazos con que saludó la bandera de Chile, en torno de la cual se agrupaban sus compañeros, resueltos o vender caras sus vidas, aunque fuese resistiendo cuerpo a cuerpo, ya que las balas les faltaban.

Los españoles los dejaron partir.

Sin embargo, la suspension del sitio de Chillan importaba para el ejército de la patria un verdadero revés, que los enemigos supieron aprovechar perfectamente. Habiendo muerto de su enfermedad el jeneral Pareja, ántes del sitio, don Juan Francisco Sanchez habia continuado en el mando, i siguió dando pruebas de mucha pericia i de mucha actividad. Por todos lados levantó montoneras, que comenzaron a causar graves perjuicios a las tropas del gobierno de Chile. Por este medio logró apoderarse de todas las plazas fuertes de la frontera araucana i abrirse así una

comunicacion segura con Valdivia, de donde podian llevarle socorros.

Entre tanto, Carrera estrechado en Concepcion, hacia cuanto podia para recuperar la ventajosa posicion que habia perdido; pero sus esfuerzos fueron poco felices.

Los cuerpos de uno i otro bando tuvieron varios encuentros, entre los cuales el mas notable fué el del Roble, acaecido el 17 de octubre de 1813. Al amanecer de este dia los patriotas estaban acampados junto a un paso del Itata, que lleva dicho nombre, cuando fueron sorprendidos por una division realista. En los primeros momentos, la confusion fué grande entre los asaltados; pero habiendo logrado rehacerse i formarse, gracias particularmente a la serenidad i valor dal coronel don Bernardo O'Higgins, que se distinguió mucho en esta jornada i que en toda la campaña se habia hecho notar por su valor, hicieron frente a los asaltadores i terminaron por obligarlos a retirarse derrotados.

El mal estado de la guerra habia quitado a don José Miguel Carrera una gran parte de su prestijio i su popularidad primitiva. Sus enemigos políticos habian vuelto a reanimarse en Santiago i repetian contra él con mayor fuerza las antiguas acusaciones que le habian dirijido i otras nuevas a que el curso de los sucesos habia dado lugar.

La junta gubernativa compuesta de don José Miguel Infante, don Agustin Eyzaguirre i don José Ignacio Cienfuegos, sujetos que participaban de los mismos sentimientos contra el jeneral en jefe, creyó conveniente separarle del mando del ejército, i con este objeto se trasladó a la ciudad de Talca, so pretesto de activar las operaciones de la campaña; pero, en realidad, para proceder desde mas cerca a la ejecucion del proyecto mencionado.

Efectivamente, despues de tomada las precauciones que aconsejaba la prudencia en caso tan grave, se verificó el cambio de jeneral, reemplazándose a Carrera por don Bernardo O'Higgins, hijo de uno de los mas ilustres presidentes de Chile durante la época colonial.

Carrera entregó el mando a su sucesor el 1.º de febrero

de 1814 i se puso en marcha para Santiago en compañía de su hermano Luis; pero en el camino fueron asaltados por una guerrilla de realistas que los hizo prisioneros.

El cambio de jeneral en el ejército patriota coincidió con otro análogo en el ejército realista. A fines de enero de 1814, desembarcó en las costas de Arauco el brigadier español don Gavino Gainza, que, con refuerzos de tropa i de dinero, venia de Lima a remplazar a don Juan Francisco Senchez i a dirigir las operaciones de la campaña.

El nuevo jeneral español tomó la ofensiva con actividad i empeño. El 4 de mayo de 1814, el comandante Eloreaga, uno de sus subalternos, se apoderó de la ciudad de Talca, despues de una resistencia heroica de parte de la guarnicion.

Este revés fué causa de que el vecindario de Santiago destituyese, el 7 del mismo mes, a la junta gubernativa de que ántes hemos hablado, i a la cual se acusaba de lenta e irresoluta. La junta mencionada fué reemplazada por el coronel don Francisco de la Lastra, que debia rejir el estado con el título de director supremo.

Entre tanto el aspecto de la guerra era poco lisonjero para los patriotas. Aunque el jeneral Gainza fué rechazado el 20 de marzo en el Membrillar por el coronel don Juan Mackenna, que se hallaba atrincherado con una division en aquel sitio, sin embargo, este descalabro estaba superabundantemente compensado con la toma de Talca. La posesion de esta ciudad permitia a los españoles cortar toda comunicacion entre la capital i las tropas patriotas. De este modo O'Higgins quedaba aislado del centro de sus recursos.

El gobierno de Santiago comprendió toda la importancia del punto que acababa de perder i destacó un cuerpo de tropas para que lo recobrase; pero éste, en vez de lograrlo, sufrió una completa derrota en los campos de Cancha-Rayaá, que no solo en aquella ocasion habian de ser infaustos para la república.

Con esto la situacion se empeoró. Talca permaneció en poder del enemigo i Santiago quedó desguarnecido

Gainza concibió entónces el proyecto de interponerse entre el ejército de O'Higgins i la capital, para marchar sobre ésta sin resistencia.

O'Higgins calculó el plan de su adversario i determinó estorbarlo a toda costa, porque su cumplimiento era la ruina de Chile.

Para conseguir dicho intento, uno i otro se encaminaron hácia el Maule. La victoria debia ser de aquel que lo atravesase primero.

Ambos ejércitos llegaron a la orilla meridional del rio, casi a la misma hora, el 3 de abril. Con corta diferencia lo pasaron a un mismo tiempo; pero Gainza lo cruzó en barcas, con toda comodidad, protegido por la fuerza amiga que ocupaba a Talca i O'Higgins a nado, puede decirse, cortando la corriente de aquellas caudalosas aguas con los pechos de sus caballos i temiendo a cada instante que la guarnicion de esta ciudad viniese durante el tránsito a fusilar sin piedad a sus soldados.

Los dos ejércitos se encontraron a este lado del rio, siempre inmediatos, i de cuando en cuando se saludaban disparándose con sus cañones, balas i metrallas.

Uno i otro continuaron empeñándose por ganarse la delantera. Veian demasiado bien que de esto dependia el triunfo.

Gainza logró que una division suya se adelantase al ejército patriota i le cerrase el paso; pero un cañoneo bien dirigido por don José Manuel Borgoño i una valiente carga de caballería, mandada por don José Maria Benavente, despejaron el camino i lo limpiaron de realistas.

Con esto O'Higgins consiguió lo que queria, i dejó atras al enemigo. Santiago, i por consiguiente Chile, estaban salvados por entónces. Para apoderarse de la capital, como lo habia deseado el jeneral español, tenia que atravesar por sobre el ejército chileno; lo que ciertamente le habria sido mas costoso que atravesar el Maule.

Furioso por el malogro de su plan, intentó, sin embargo, obtener por la violencia, lo que no habia podido alcanzar por el apresuramiento de las marchas. Se precipitó co-

mo un desesperado sobre los acantonamientos de los patriotas en la hacienda de Quechereguas. Durante dos días renovó el ataque i volvió a la carga, pero todas sus maniobras fueron desbaratadas, todos sus ímpetus impotentes. Los patriotas permanecieron firmes i no cesaron por un solo instante.

El 10 de abril Gainza desistió en fin, i se retiró a Talca. Su ejército estaba aniquilado, i era materialmente imposible que continuara la campaña. La marcha que habia emprendido desde Chillan lo habia destruido mas que una derrota. A proporcion que se habia ido alejando de las provincias del sur, una desercion incontenible i numerosísima habia enrarecido sus filas. Despues del pasaje del Maule, sobre todo, sus batallones estaban en esqueleto. Los campesinos chilenos, de que se componian las tropas de Gainza, como los de todo el mundo, aman sus hogares, i no es cosa fácil detenerlos léjos de su tierra natal. El largo viaje por aquellos ásperos caminos i el pasaje de los rios que los cortan, habian destruido su caballeria i las bestias de carga. El ejército realista estaba verdaderamente a pié.

Gainza habria deseado replegarse a Chillan para reorganizar su jente; pero una falta absoluta de medios de movilidad le encadenaba al suelo de Talca.

La condicion de la tropa de O'Higgins era enteramente distinta. Su proximidad a Santiago, centro de todo los recursos, i su acantonamiento en las provincias que ménos habian sufrido por la guerra, les habian permitido completar sus cuadros i aperarse de cuanto necesitaban. Bastábales moverse para terminar la ruina de Gainza.

Pero si la situacion interior comenzaba a ser próspera para los revolucionarios chilenos, en cambio, las noticias que les llegaban del exterior les eran mui desfavorables. La alianza de Inglaterra con España estaba sólidamente afianzada. No habia ya esperanza de que esta gran potencia favoreciese la insurreccion de las colonias, como lo habian aguardado de su egoismo comercial. Todo lo contrario: quiza iba a prestar ayuda para que fuesen sometidas.

Los defensores de Fernando VII, unidos con los ingle-

ses, habían alcanzado en Victoria i los Pirineos dos triunfos importantes. Todo presajaba que los franceses serian espulsados de la Península. ¡Cuántos ejércitos lanzaria la España contra la América el dia que se viese libre de su guerra interior!

Todavía no era todo. Los patriotas arjentinos, naturalmente aliados de los patriotas chilenos, habían sufrido dos grandes desastres en Vilcapujio i Ayohuma. Gracias a estas dos victorias, el virei Abascal iba a encontrarse mas espedito para contraer su atencion a los negocios de Chile.

En estas circunstancias difíciles i apuradas por diversos motivos para uno i otro bando, llegó al país el comodoro inglés Mr. James Hillyar diciendo que venia autorizado por el virei para interponer su mediacion entre los beligerantes. Los jefes de los dos partidos se apresuraron a aceptar la propuesta; Gainza para escapar a la derrota de que estaba amenazado i el gobierno chileno para ganar tiempo, a fin de reflexionar con despacio sobre lo que deberia hacer delante de tantos riesgos como divisaba en el exterior.

Tan apresurados estaban unos i otros por arribar de cualquier modo a un convenio, que no se detuvieron en examinar si Hillyar traia los poderes suficientes de Abascal.

El tratado se firmó a las márgenes del Lircai, el 3 de mayo. Sus estipulaciones principales eran el reconocimiento de Fernando VII i el Consejo de Rejencia durante el cautiverio de aquel, la conservacion de las autoridades nacionales a la sazon existentes, hasta que las córtes españolas decidiesen lo que debia hacerse i la evacuacion del territorio chileno por el ejército de Lima en el término de treinta dias.

Lo que había de notable en esta negociacion era que ni los gobernantes patriotas, ni los jefes realistas, pensaban absolutamente en cumplirla. Para uno i para otros era un simple ardid de guerra. Mas la mayoría de cada uno de los dos partidos, que no podia estar iniciada en aquel secreto de gabinete, recibió el tratado con el mayor disgusto. Los

ánimos estaban demasiado acalorados con la lucha para que pudiesen dar una acojida favorable en aquella especie de término medio que dejaba las cosas sin resolver.

En estas circunstancias, don José Miguel Carrera, aprovechándose de la menor vijilancia que se tenia con su persona, a consecuencia del convenio de Lircai, se escapó de Chillan, donde estaba prisionero, i se vino para Santiago. Su presencia sola hizo temer a los mandatarios existentes que aquel osado caudillo intentase algun trastorno político para recuperar el poder, i dictaron medidas severas a fin de asegurarle.

Carrera, sin embargo, supo escapar a todas las persecuciones; i en la noche que precedió al 23 de julio, sublevó la tropa que guarnecía la capital.

La consecuencia de este movimiento fué la destitucion del director Lastra i su reemplazo por una junta gubernativa, compuesta de don José Miguel Carrera, el presbítero don Julian Uribe i don Manuel Muñoz Urzúa.

El ejército acantonado en Talca, a las órdenes de don Bernardo O'Higgins, rehusó reconocer el nuevo gobierno i marchó sobre Santiago.

Habiendo organizado Carrera apresuradamente un cuerpo de tropas para resistir este ataque, las dos divisiones llegaron a las manos el 26 de agosto en el llano de Maipo. Despues de un primer ataque, en que la ventaja habia sido para los defensores de la junta, los combatientes estaban preparándose para volver a pelear, cuando el sonido de una corneta, instrumento que no se usaba entre nosotros, anunció la llegada de un plenipotenciario español, que venia a intimar la rendicion a los patriotas.

Era el caso que el virei Abascal habia reemplazado al jeneral Gainza por don Mariano Ossorio, el cual acababa de desembarcar en Talcahuano el 13 de agosto, con un refuerzo de hombres i de dinero.

Esta noticia hizo desaparecer todas las facciones que dividian a los patriotas; todos olvidaron sus resentimientos para no pensar sino en la comun defensa. Carrera i O'Higgins, a fin de dar ejemplo de concordia a sus subalternos,

se pasearon juntos del brazo por la ciudad, vivieron como hermanos en una misma casa i dirigieron a sus soldados proclamas firmadas por uno i otro.

Todos reconocieron la autoridad de la junta gubernativa i convinieron en que don José Miguel Carrera fuese nombrado jeneral en jefe.

Pero esta armonía era mas de aparato que real. Al dia siguiente de una batalla es difícil que se estrechen cordialmente la mano, hombres que acaban de combatir entre sí. Aunque en la superficie apareciese lo contrario, los odios no se habian ahogado en todos los corazones. Así puede decirse que la discordia tenia vencidos a los patriotas, aun ántes que se midiesen con sus adversarios.

La defensa era particularmente dificultosísima por la escasez de tiempo para prepararla. El ejército del rei solo distaba sesenta leguas de la capital. Ascendia a 5,000 veteranos bien armados, bien disciplinados, para quienes hasta aquel momento la campaña no habia sido mas que un paseo i que venian enorgullecidos con sus ventajas i las expectativas de una victoria segura.

Carrera i los otros jefes hicieron los mayores esfuerzos para organizar la resistencia; pero les faltaron elementos, i sobre todo, tiempo. No tuvieron mas plazo para todos los preparativos que treinta dias escasos.

En este término los patriotas alcanzaron a reunir una division de 3,929 hombres, pero no soldados. Habia batallones que se componian de criados recién sacados del servicio doméstico, que nunca habian hecho fuego ni aun con pólvora. Casi todos ellos no tenian de militares sino las gorras i no habian aprendido otra disciplina que marchar mal i por mal cabo. El armamento era digno de lo demas: muchos no llevaban ni aun fornituras.

Sin embargo, la comportacion de este ejército así mal equipado i dividido en dos bandos rivales, fué heroica. Tan solo la mitad de él, atrincherado en la villa de Rancagua, sostuvo el 1.º i 2 de octubre de 1814 un combate de treinta i seis horas, sin descanso. El choque fué furioso. Los realistas i los patriotas habian enarbolado banderas

negras, i no se daban cuartel. A los segundos les acosaban, no solo los hombres i las balas, sino tambien el fuego i la sed. Los españoles habian incendiado los edificios detras de los cuales se habian guarecido sus contrarios i habian cortado las acequias que proveian de agua a la poblacion. Los batallones de Ossorio avanzaban por el camino que les iba abriendo las llamas. El incendio ahogaba a los sitiados. No obstante, se defendian como leones. El que moria caia en su puesto. Por un momento aun hicieron desesperar a los realistas de vencer a valientes como aquellos, i el jeneral español estuvo tentado a desistir del empeño. Pero al fin triunfaron la superioridad en las armas i pertrechos, el número i la disciplina.

Cuando los patriotas hubieron hecho cuanto podia exigirse a hombres, don Bernardo O'Higgins, jeneral de la vanguardia, i don Juan José Carrera, jeneral del centro, que habian capitaneado a estos bravos, viéndolo todo perdido, se abrieron paso a puntas de lanzas i sablazos con algunos de los suyos, por entre las filas de los vencedores i buscaron la salvacion en una retirada honrosa i necesaria.

La retaguardia se habia quedado fuera i alguna distancia de la plaza al mando del jeneral en jefe; pero la presencia de los fujitivos de los dos primeros cuerpos introdujo en ella el desórden i la desmoralizacion, i toda resistencia fué imposible.

Algunos, no pudiendo conformarse con abandonar el país al enemigo, hablaron de ir a rehacerse en las provincias del Norte; pero el proyecto fué desechado por quimérico.

Todos los militares, todos los que tenian compromisos serios i presentimientos de las venganzas que iban a ejercer los agentes de la metrópoli, buscaron como interponer entre ellos i sus perseguidores la barrera de los Andes. Mas de dos mil personas corrieron a Mendoza, por entre las breñas de la cordillera, como Dios les ayudó i sin saber que suerte les estaba deparada al término de su viaje.

Don José Miguel Carrera protejió la retirada de los fujitivos con las reliquias de su ejército, i el 12 de octubre atravesó la cumbre de los Andes.

CAPITULO XII

Ocupacion de Santiago por los españoles.—Política adoptada por Ossorio.—Confinacion de muchos ciudadanos respetables al presidio de Juan Fernandez.—Confiscaciones e impuestos vejatorios.—Asesinato perpetrado por los talaveras en la cárcel de Santiago.—Ossorio es reemplazado en el gobierno de Chile por Marcó del Pont.—Establecimiento del tribunal de vijilancia.—Providencias fiscales de Marcó.—Este mandatario rehusa dar cumplimiento al indulto concedido por el rei a los confinados de Juan Fernandez.—Viaje de don José Miguel Carrera a Estados Unidos.—El jeneral San Martin organiza en Mendoza una expedicion para libertar a Chile.—Ardides de este jefe para desorientar a Marcó acerca del punto que elejiria para atravesar la cordillera.—Don Manuel Rodriguez levanta una montonera.—Sistema de defensa adoptada por Marcó.—Batalla de Chacabuco.—Fuga de Marcó.—Eleccion de don Bernardo O'Higgins para director supremo de Chile.—Batalla de Curapaligüe.—Id del Cavilan.—Asalto de Talcahuano.—Proclamacion de la independencia de Chile.—Llegada del jeneral realista Ossorio.—Sorpesa de Cancha-Rayada.—Efectos que produjo en Santiago la noticia de este desastre.—Don Manuel Rodriguez con las exhortaciones i el ejemplo reanima el valor i el patriotismo del vecindario de la capital.—Batalla de Maipo.

Las tropas realistas principiaron a entrar en Santiago el 4 de octubre.

El jeneral Ossorio se hizo cargo del gobierno del país, que reconoció su autoridad desde un extremo hasta el otro.

Desde los primeros días fué manifiesto que los españoles se proponian gobernar a los chilenos como habitantes de un reino conquistado, es decir, con todo rigor i bajo el imperio de la lei marcial. Se trató de un modo a los españoles europeos i de otro mui diverso a los españoles americanos, i aun a aquellos que habian sido fieles partidarios de la metrópoli.

Apénas habia pasado un mes de la ocupacion de Santiago, cuando una providencia exesivamente severa, i sobre todo mui impolítica, sumerjió en la consternacion a toda la ciudad. Por lo jeneral se habian quedado en sus casas todos aquellos individuos que, aunque habian tomado una parte mas o ménos activa en los trastornos anteriores, habian observado en ellos una conducta pacífica, la

cual habia respetado aun las formas legales. Eran jefes de las principales familias, hombres muy considerados por su riqueza, su ciencia i sus relaciones. Nada habria convenido mas a los españoles que dejar a estos personajes de carácter inofensivo tranquilos en sus casas; pero Ossorio traia órdenes espresas del virei de Lima para obrar de otra manera. Cuando nadie lo esperaba, soldados armados arrancaron de sus hogares, a la media noche, a un gran número de estos respetables ciudadanos i los condujeron, entre insultos i vejaciones de toda especie, primero a Valparaíso i despues al presidio de Juan Fernandez.

Despues de este atentado contra las personas de sujetos tan ilustres, vino la confiscacion de todos sus bienes i propiedades.

Estos actos opresivos i tiránicos llevaron el luto i la miseria a muchas familias, que principiaron a sentir amargamente la ruina del sistema patrio.

Como Ossorio tenia que hacer frente a grandes gastos, decretó disminuciones de sueldos para los empleados, empréstitos forzosos para los capitalistas e impuestos crecidos para los consumidores. Estas medidas, que atentaban a los intereses pecuniarios de los ciudadanos, no eran ciertamente propias para volverle la popularidad que le quitaban sus prescripciones i la tolerancia que concedia a todas las demasías de los *talaveras*.

Eran éstos soldados de un cuerpo venido de la Península, que cometían los mayores abusos i violencias, confiados en la parcialidad que con ellos tenia el jeneral español. Perpetraron particularmente un asesinato que indignó aun a los mas tibios. Habia en la cárcel de Santiago unos presos oscuros, a quienes, con la mas negra perfidia, indujeron ellos mismos a tramar una conspiracion descabellada contra las autoridades realistas, i en seguida mataron a dos de los comprometidos i estropearon a los demas con un cinismo i una crueldad espantosa. El héroe de este drama sangriento fué el capitán de *talaveras*, don Vicente San Bruno, cuyo nombre no será este la última vez que tengamos el pesar de recordar,

Sin embargo, Ossorio, pasados los primeros momentos de calor, parecia dispuesto a adoptar una política mas conciliadora i razonable. Habia enviado a España ajentes que obtuvieron para él la propiedad del gobierno de Chile i para los confinados de Juan Fernandez un indulto de sus faltas. La corte no accedió a la primera de estas demandas, porque de antemano tenia nombrado presidente de este país a don Francisco Casimiro Marcó del Pont, individuo afeminado i de medianos alcances, que no tenia mas mérito que el ser hermano de un palaciego de Fernando VII. Ossorio entregó el mando a su sucesor el 26 de diciembre de 1815.

El nuevo presidente estableció bajo el titulo de *Tribunal de vijilancia i seguridad pública*, una junta presidida por el terrible capitán de *talaveras* don Vicente San Bruno, la cual tenia por objeto evitar todo acto o conversacion directa o indirectamente opuestos a la fidelidad i toda correspondencia con las reveldes provincias arjentinas, aun cuando fuera sobre motivos insignificantes; debia igualmente velar por el cumplimiento de ciertos bandos draconianos promulgados por Marcó, que han quedado famosos por su excesivo rigor. Los procedimientos de este tribunal eran verbales, sumarisimos, misteriosos en muchos casos i enteramente arbitrarios.

Marcó reagravó ademas el sistema de impuestos establecido por su antecesor i ordenó que los deudores morosos del fisco recibiesen en su casa una guardia de *talavera* hasta que pagasen.

Pero lo que contribuyó a desacreditarle aun entre los realistas, fué el no haber querido dar cumplimiento al indulto que el rei concedió a los confinados del presidio de Juan Fernandez. Se recordará que Ossorio habia dirigido a la corte una solicitud sobre el particular; esta solicitud fué bien acogida i proveida favorablemente; pero cuando el real perdon llegó a Chile, Marcó lo hizo notificar a los interesados i declaró en seguida que, aunque estaban perdonados, no les suspendia el destierro por motivo del bien público i conveniencia de ellos mismos.

Tanta opresion i tanta arbitrariedad, convirtieron al patriotismo aún a los que se habian manifestado contrarios a dicho sistema.

La oposicion latente, pero jeneral, que se levantaba contra el gobierno realista, fundaba sus esperanzas de un pronto remedio de tantos males en el socorro de una fuerza invasora que se organizaba en Mendoza.

Cuando los emigrados chilenos pasaron al otro lado de los Andes, en 1814, encontraron de gobernador de la provincia de Cuyo a don José de San Martín, militar muy hábil que se habia distinguido en la guerra de la Península contra los franceses i despues en la de los patriotas argentinos contra los españoles.

Desde luego estallaron entre este personaje i don José Miguel Carrera graves desaveniencias, que produjeron el envio del segundo a Buenos Aires. No habiendo podido Carrera reunir en esta ciudad los elementos de una expedicion libertadora de su patria, se embarcó para Estados Unidos, a fin de ver modo de conseguir en esta república lo que no habia podido obtener en las provincias argentinas.

Mientras tanto, en Mendoza, San Martín, ayudado por O'Higgins i otros emigrados chilenos, venciendo casi imposibles, levantaba un ejército para venir a salvar a Chile de la opresion en que jemia. La organizacion de estas fuerzas costó sacrificios de todo jénero. La provincia de Cuyo, puede decirse que fué la única que proporcionó el dinero, los pertrechos i los hombres de esta expedicion. El gobierno central, i los otros pueblos de la nacion argentina, estaban demasiados distraidos por asuntos internos de suma trascendencia para poder prestar una grande atencion al pensamiento de una invasion aquende la cordillera. Así, téngase presente la escasez de recursos de la provincia mencionada i se apreciarán debidamente todo el jénio i toda la enerjía de voluntad que tuvo que desplegar San Martín en la ejecucion de su proyecto.

Al fin logró reunir un número de tropas suficiente, pero aun cuando esto fuera mucho, no era todavia todo.

Marcó tenía un ejército de 5,000 veteranos aguerridos i por parapeto para resguardarse la cordillera mas escabrosa i encumbrada del mundo. Esta inmensa muralla de piedra, fortificacion digna de un reino, no tiene en toda su estension sino seis boquetes o pasajes que sean transitables. Un jefe vivo i esperto habria desbaratado todas las fuerzas de los invasores en sus ásperos desfiladeros, en sus angostas gargantas.

Era esto lo que temia San Martín i lo que supo impedir. Para lograrlo, antes de emplear contra los realistas las maniobras militares, los atacó con ingeniosas combinaciones de gabinete. Por medio de espías falsos o engañados hizo llegar a Marcó la noticia de que la invasion de los patriotas tendria lugar por el sur i no por el norte. Escusado es advertir que esta noticia era un ardid; pero habia sido transmitida al presidente español con apariencias tan engañosas i tan sagazmente inventadas, que éste se persuadió de su verdad.

En estas circunstancias un chileno llamado don Manuel Rodriguez, que procedia, en combinacion con San Martín, insurreccionó a los *guasos* de Colchagua i levantó una montonera. Aunque la profesion de Rodriguez hubiera sido hasta entónces la de abogado, manifestó las disposiciones mas admirables para hacer la guerra de partidarios i burló a los realistas hasta el extremo de tener Marcó empleado un gran número de sus tropas en dar caza al osado i diestro montonero, sin lograrlo.

Las correrías de aquellas bandas populares acabaron de distraer al presidente i de dejarle completamente vacilante sobre el punto que elejiria para su pasaje el ejército chileno-arjentino.

Marcó, desorientado, quiso estar en todas partes: prepararse para rechazar a los patriotas por cualquier lado que se presentasen i ocupar militarmente todas las ciudades, todas las aldeas, todos los villorios, para sofocar la sublevacion jeneral de los habitantes que la amenazaba. Con este sistema no estuvo realmente en ninguna parte. Despedazó su ejército en destacamentos i lo inutilizó.

San Martín atravesó los Andes sin ser sentido, i casi junto con la noticia de su llegada se supo que estaba al pié de la cuesta de Chacabuco, a unas cuantas leguas de la capital.

Marcó, en su confusion, se habia olvidado hasta de nombrar jeneral en jefe para sus tropas. El brigadier don Rafael Maroto, en quien recayó su tardía eleccion, no llegó al campamento realista, situado al lado meridional de la cuesta de Chacabuco, sino la ante-víspera de la batalla.

El 12 de febrero de 1817 los dos ejércitos vinieron a las manos. Todo se redujo a una carga a la bayoneta dada por O'Higgins i a otra carga de los granaderos a caballo. Los realistas fueron completamente deshechos. Puede decirse que el jeneral arjentino los habia derrotado desde su gabinete en Mendoza.

Despues de esta descalabro, Marcó, en vez de procurar defenderse con los brillantes restos que aun le quedaban de su numeroso ejército, no pensó sino en buscar su salvacion en la fuga; pero inútilmente, porque ántes de poder embarcarse para Lima, como lo intentaba, cayó prisionero de sus enemigos.

Todos los demas jefes le imitaron, ménos el coronel don José Ordoñez, intendente de Concepcion, que concentró en aquella provincia todas las fuerzas del Sur i fortificó a Talcahuano para sostenerse contra los patriotas, como correspondia a un valiente, miéntras remitia ausilios el virei de Lima.

El dia 13 los vencedores de Chacabuco tomaron posesion de Santiago.

El 15 un cabildo abierto proclamó a don José de San Martín director supremo del estado que acababa de libertar. San Martín, por política i para no ofender con un vano titulo el amor propio nacional, renunció por dos veces el honor que se le ofrecia en señal de gratitud.

En consecuencia, al dia siguiente don Bernardo O'Higgins fué elejido del mismo modo director supremo.

El primer cuidado de los patriotas, despues de haber entrado en la capital, fué enviar con una division a don Juan

Gregorio Las-Heras, para que procurase desbaratar los restos realistas que existian en el sur a las órdenes del intendente de Concepcion.

Apénas hubo llegado Las-Heras a las inmediaciones de aquella ciudad, cuando el 5 de abril intentó Ordoñez sorprenderle en la hacienda de Curapaligüe, pero fué engañado en sus esperanzas i rechazado con pérdida.

Retiróse entónces con su jente al puerto de Talcahuano, que, con anticipacion, tenia fortificado, resuelto a defenderse allí hasta que los ausilios del virei del Perú le permitiesen tomar la ofensiva.

Entre tanto, el director O'Higgins marchaba a la cabeza de un batallon de infantería i un escuadron de caballería a reunirse con Las-Heras para dirijir en persona las operaciones de la campaña. Su llegada al sur no pudo ser mas oportuna.

Despues de la accion de Chacabuco, numerosos restos del ejército de Marcó se habian embarcado en varias naves que habia surtas en la bahía de Valparaiso i se habian ido al Perú. Apénas habian arribado al Callao, el virei, sin pérpida de momento, les habia mandado volverse en número de 1,600 para socorrer a Ordoñez.

No habia O'Higgins pasado todavía de Chillan, cuando recibió un oficio de Las-Heras en que éste le anunciaba que cinco buques, conductores de la espresada fuerza, estaban a la vista de Talcahuano, i le instaba para que viese como reunírsele cuanto ántes. Con este aviso, el director apura sus marchas; viendo que la escasez de caballos no le permite ir tan lijero como deseaba, hace avanzar a un destacamento de su division; pero, apesar de su ardoroso empeño, solo alcanzó a escuchar a la distancia el cañoneo de la refriega.

El 5 de mayo Ordoñez habia atacado a Las-Heras en su campamento de Gavilan, cerrito que limita a Concepcion por el Noroeste; i no obstante su superioidad numérica, habia sufrido la misma suerte que en Curapaligüe. Como entónces, habia buscado un refujio detras de las murallas de Talcahuano i se habia encerrado en aquella plaza,

El rigor del invierno impidió por algunos meses a don Bernardo estrecharle en aquel atrincheramiento. Aprovechó Ordoñez este intervalo para resguardar con 70 cañones de todos calibres, colocados en baterías, la lengua de tierra que une al continente la pequeña península donde se había situado.

A mediados de noviembre, O'Higgins movió su ejército i fué a acamparlo enfrente de Talcahuano, bajo los propios tiros de aquellas baterías. Pero el director debía ser tan impotente delante de esta plaza, como en otro tiempo Carrera lo había sido delante de Chillan. El 6 de diciembre los patriotas acometieron a Talcahuano. El asalto era dirigido por el jeneral Brayer, uno de los capitanes de Napoleón. La reyerta fué sangrienta: la comportacion de los atacadores heroica; pero los realistas sostuvieron sus puestos i no se dejaron arrebatar sus fortificaciones.

Veinticinco dias despues de este desastre, es decir, el 1.º de enero de 1818, el director O'Higgins espidió en Concepcion el acta memorable en que está consignada la voluntad del pueblo chileno para constituirse en nacion independiente i gobernarse como tal. Este acto es demasiado importante para que dejemos de hacer un ligero resumen de los antecedentes que lo prepararon.

Desde la victoria de Chacabuco la *proclamacion de la independencia* era una exigencia del público, un propósito firme i decidido de los gobernantes. Esta franqueza sobre el fin que se proponian los patriotas, es un rasgo característico del periodo revolucionario que comenzó en 1817. Antes de entónces la idea estaba en muchas cabezas; algunas voces valerosas habian pedido su realizacion abiertamente: diversos actos de los mandatarios no podian tener mas significado que el de una emancipacion resuelta. Pero era éste un deseo oculto en las almas, que no se expresaba claramente por las palabras. El nombre de Fernando VII se levantaba siempre en todos los documentos oficiales como una especie de pararrayo contra la cólera de la metrópoli, como una precaucion de prudencia contra las eventualidades de la suerte i los peligros del porvenir,

Mas, despues del 12 de febrero de 1817, los patriotas tomaron otro tono, adoptaron otro lenguaje, mas atrevido i correspondiente a sus intenciones. La separacion absoluta de España era el objeto confesado de la lucha, el clamor jeneral de todos los insurjentes. El disimulo se habia dejado entre los bagajes de que Ossorio se habia apoderado en Rancagua.

A fin de verificar la opinion jeneral sobre un asunto de tan alta trascendencia, se ordenó que en todos los cuarteles de cada ciudad, i por el término de 15 dias, cada inspector, acompañado de dos alcaldes de barrio, abriese dos registros, en uno de los cuales firmarian los ciudadanos que estuvieran por la pronta declaracion de la independencia, i en el otro los de parecer contrario.

El resultado de esta operacion fué unánime por la primera de estas proposiciones.

Tal fué el orijen del célebre decreto fecha 1.º de enero de 1818, que nos ha llevado a las observaciones precedentes.

El 12 de febrero del mismo año, aniversario de la batalla de Chacabuco, fué proclamada esta misma independencia en toda la república i jurada por todos los majistrados i ciudadanos.

Era éste un arrogante reto arrojado al jeneral don Mariano Ossorio, el vencedor de Rancagua, que a mediados de enero acababa de desembarcar en el puerto de Talcahuano con un ejército de 3,407 veteranos, entre los cuales se contaba el batallon Burgos que habia combatido en Bailen. Ossorio venia, por nombramiento del virei del Perú, para servir de jeneral a las tropas realistas en Chile, con la esperanza de ser tan feliz como lo habia sido en su expedicion de 1814.

A la noticia de la nueva invacion, San Martin, que, mientras O'Higgins dirijia el sitio de Talcahuano, habia reunido un ejército en las inmediaciones de Valparaiso, convino con el segundo en que éste levantase el mencionado sitio i en concentrar ámbos sus fuerzas para resistir al enemigo con toda la masa de sus tropas, donde quiera

que se presentase. En conformidad de este plan, los dos jenerales, en los primeros dias de marzo de 1818, efectuaron en San Fernando la reunion de sus respectivas divisiones i compusieron con ellas un ejército de 6,600 soldados.

Ossorio habia abanzado entre tanto a Talca, a la cabeza de 5,000 hombres.

El 19 de marzo, los dos ejércitos estaban a la vista en las cercanías de esta ciudad.

La victoria pareció segura para los insurgentes. Tenian en su favor dos ventajas inmensas: la union i el número. La discordia reinaba en el campamento realista. Ossorio i Ordoñez eran personas de caracteres opuestos, que se miraban con celos i se trataban con desconfianza. Ordoñez no podia perdonar a Ossorio que le hubiera arrebatado el título de jeneral a que su honroso comportamiento le habia hecho tan acreedor. Los oficiales subalternos se habian dividido en bandos que seguían al uno o al otro. Esta situacion no les pronosticaba ciertamente el triunfo. Sin embargo, lo obtuvieron, i en pocas horas el brillante ejército de San Martin no era sino cuerpos de fujitivos que huían camino de Santiago.

A las ocho de la noche, los realistas se precipitaron sobre el campamento de los patriotas, situado en el llano de Cancha-Rayada, i cayeron sobre ellos casi sin ser sentidos. Los sorprendieron en el instante que ejecutaban un movimiento para cambiar su línea. Todo fué desórden. Los batallones patriotas se hicieron fuego unos contra otros. A la confusion se siguió el pavor, i todo pareció perdido para la causa de Chile. Las numerosas i bien disciplinadas tropas que constituian la esperanza de la revolucion, fueron rotas i en apariencias completamente dispersadas.

O'Higgins recibió una grave herida en un brazo mientras combatia entre los primeros i procuraba alentar a los suyos.

Al anochecer del dia 21, principió a difundirse por Santiago la noticia de este desastre.

En un momento, un terror contagioso e irreflexivo se

apoderó de todos, de los gobernantes i de los ciudadanos. Casi todos desesperaron de la salvacion de la patria. Pensaron en huir i no en defenderse. La agitacion no les permitia tomar siquiera datos para calcular la magnitud de la pérdida. Todo era preparativos de fuga para Mendoza. Decíase que los españoles venian a descargar sobre Santiago venganzas espantosas. Era preciso correr.

En estas circunstancias se presenta un hombre que vuelve el valor a los tímidos, el entusiasmo a los desalentados: la esperanza a todos. Este hombre que era aquel mismo don Manuel Rodriguez que en tiempo de Marcó capitaneó la insurreccion de los *guasos* de Colchagua, se hace dar, en una junta de corporaciones, parte en el gobierno; manda volver los caudales públicos que se llevaban para Mendoza; levanta en unas cuantas horas el rejimiento *Húsares de la muerte*; promete por bando a los militares, en recompensa de sus servicios, cuantiosos premios para despues de la victoria i la estincion del enemigo, como si éstas fuesen cosas posibles; repite con fé i uncion *Aun tenemos patria*, i todos se lo creen. El terror pánico se cambia en heroísmo. Son mui pocos los que abandonaban sus hogares. El mayor número jura morir por la santa causa de la independencía.

Esto sucedia el 23.

El 24 entran San Martin i O'Higgins. Son recibidos en triunfo como si volvieran de la victoria. Con su presencia se redobra el entusiasmo.

El primero establece su cuartel jeneral a una legua de la ciudad i comienza la reorganizacion del ejército.

El segundo olvida su herida, desprecia la fiebre que le causa, firma sus decretos con una estampilla de su nombre, porque no puede valerse de la mano derecha, i trabaja sin descanso.

El 26 de marzo habian ya reunidos 4,000 hombres. El suceso de Cancha-Rayada no habia sido en realidad una derrota, sino una dispersion. Don Juan Gregorio Las-Heras i otros jefes habian conservado en órden diversos cuerpos del ejército, que proporcionaban una base respetable.

Por otra parte, la victoria habia sido mui costosa para Ossorio, i su jente habia quedado bastante maltratada.

Sin embargo, habia continuado su marcha sobre Santiago.

Se esperaba por momentos una batalla decisiva.

A pesar de los muchos elementos de defensa que se habian organizado en pocos dias, la mas cruel zozobra se ocultaba en el pecho del mayor número. El revés del 19 de marzo habia probado que la suerte en la guerra es traicionera i las eventualidades de las armas demasiado dudosas. ¿Quién sabia lo que podia suceder?

El 4 de abril los dos ejércitos durmieron a la vista.

Al dia siguiente, desde las doce de la mañana, el estampido del cañon anunció a los vecinos de la capital que el destino de Chile se estaba decidiendo en los llanos de Maipo.

O'Higgins, a quien su herida mantenia postrado en la cama, escuchó desde luego resignado ese estruendo lejano, que sus oidos estaban habituados a percibir desde mas cerca; pero al fin no pudo contener su impaciencia i se hizo conducir, debilitado por la fiebre, como estaba, al campo de batalla para correr la suerte de sus camaradas. Allí tuvo la felicidad de presenciar un triunfo decisivo i completo. Los realistas no tuvieron como en Cancha-Rayada, por ausiliares a las tinieblas de la noche, i sufrieron uno de los golpes mas rudos que hayan recibido en América.

La emancipacion de Chile parecia en adelante asegurada.

CAPITULO XIII.

Desaliento de los realistas despues de la batalla de Maipo.—Primera aparicion de Vicente Benavides.—Sistema inhumano que adopta para hacer la guerra.—Derrota de este caudillo en Curapalé.—Formacion de la primera escuadra nacional.—Toma de la fragata *Maria Isabel* i de varios trasportes importantes.—El almirante Cochrane.—Toma de la plaza de Valdivia.—Organizacion de la expedicion libertadora del Perú.—Segunda aparicion de Benavides.—Ventajas que obtienen las tropas de este caudillo.—Batalla de Talcahuano.—

Id. de la alameda de Concepcion.—Despues de las dos acciones precedentes, Benavides se levanta mas formidable que nunca.—Batalla de las vegas de Saldias.—Prisión de Benavides.—Su muerte.

La batalla de Maipo arruinó completamente el poder moral de los realistas en Chile, pero no su poder material. Despues del 5 de abril, solo los mui obtusos i reacios conservaron una firme esperanza de vencer; i sin embargo, sus tropas poseian toda la rejion que se estiende desde la orilla meridional del Maule i componian un ejército que alcanzaba a 2,000 hombres. Al frente de este ejército estaban Ossorio, el vencedor de Rancagua i de Cancha-Rayada, i Sanchez, el sostenedor de Chillan. Pero ni el uno ni el otro hicieron nada para recuperar la superioridad de sus armas.

El desaliento habia amilanado a esos dos jefes, que nadie, por cierto, puede razonablemente tachar de cobardes. Ossorio fugó casi solo para el Perú, ántes de tornar a ver las caras a los vencedores de Maipo.

Sanchez, que le sustituyó en el mando, intentó hacer alguna resistencia a los batallones patriotas, que, a las órdenes del jeneral don Antonio Balcarce i de don Ramon Freire, envió a O'Higgins para desalojar de sus últimas posesiones a los partidarios de la metrópoli; pero habiéndose limitado a algunas descargas i a dos o tres pequeños encontros, se retiró con su jente para Valdivia, atravesando el territorio araucano.

En el mes de febrero de 1819, toda la provincia de Concepcion quedó libre de realistas e incorporada a la república. El pendon de Chile volvió a flamear sobre esa ciudad de Chillan, que en 1813 habia contenido la impetuosidad de Carrera, i sobre ese puerto de Talcahuano, que en 1817 habia resistido al denuedo de O'Higgins.

La guerra pareció concluida.

Mañ, cuando todos daban por terminadas las hostilidades, en la provincia de Concepcion, de repente un bandidero se proclama el sustituto de Sanchez i el sostenedor de la metrópoli. Los rezagados del ejército español se asocian a los bárbaros de Arauco i recorren en bandadas la frontera. Es

éste el preludio de una de esas campañas inhumanas: triste consecuencia de los trastornos prolongados, en las cuales no se pelea, sino que se asesina, i se enumeran mas saqueos i mas incendios de poblaciones que batallas campales.

El demonio que acaudilló esta insurreccion despiadada, se llamaba Vicente Benavides. Primero, sarjento del ejército patriota en la campaña de 1814; despues, pasado al enemigo, habia sido hecho prisionero en la accion de Maipo, con el grado de capitán. Habiendo sido condenado a muerte en castigo de su desercion, fué ejecutado a estramuros de Santiago, durante la noche, i dejado por difunto; pero casualmente las balas le habian rozado apénas la piel, i habia podido salvarse tan luego como los ejecutores habian vuelto las espaldas. Despues de esta escapada milagrosa, obtuvo, valiéndose de influjos, el perdon de San Martín, quien le envió al sur al ejército de Freire para sacar provecho de sus servicios en la destruccion de las últimas tropas españolas.

Estaba precisamente en Arauco encargado de reunir los dispersos que iba dejando Sanchez en su retirada i de procurar ganarse la amistad de los indios que, por lo jeneral, se habian mostrado hostiles a la revolucion, cuando, en vez de continuar en el desempeño de la comision indicada, entró en intelijencia con Sanchez i determinó hacer la guerra a los patriotas.

El jefe realista no le dió para que realizase tal intento sino setenta hombres, en su mayor parte inservibles. Pero Benavides levantó sobre esta base tan diminuta i miserable una montonera imponente con araucanos i otros forajidos españoles, i comenzó las hostilidades, como era propio de un hombre sin fé i sin entrañas. El i los suyos degollaban a los prisioneros, so pretesto de que no tenian donde conservarlos, i asesinaban a los campesinos que encontraban a su pasaje para que no revelaran su itinerario. Como si deseara hacer imposible todo avenimiento, hizo sablear a un parlamentario que se le habia empleado para arreglar las estipulaciones de un canje.

Esta guerra desastrosa duró tres meses con alterna-

tivas, ya favorables, ya adversas. La táctica de Benavides consistía en evitar un encuentro con la division que habia puesto en movimiento para perseguirle, el Intendente de Concepcion don Ramon Freire, i en caer de improviso sobre los puntos ménos resguardados de la frontera. Este plan le salió bien desde luego; pero el 1.º de mayo de 1819 no pudo evitar el venir a las manos en Curalí con el Intendente de Concepcion. Su derrota fué completa. Benavides no escapó sino con veinte jinetes. Todos juzgaron imposible que aquel bandido volviera a rehacerse.

Dióse otra vez por concluida la campaña del Sur; pero en esta ocasion, como en la anterior, los hechos iban a desmentir esta lisonjera esperanza.

Al mismo tiempo que el director O'Higgins sostenia, por medio de Freire, en una de las estremidades del territorio chileno la lucha que dejamos referida, llevaba a cabo en Santiago i Valparaiso una empresa mas grandiosa i de una importancia vital, no solo para la república, sino para la América entera.

El Perú era el centro de la resistencia anti-revolucionaria, en las comarcas meridionales del Nuevo Mundo. Allí estaba la oficina principal de las maquinaciones realistas; de allí se enviaban socorros i estímulos a los sostenedores de la metrópoli; de allí partian las expediciones armadas contra las colonias sublevadas. Miétras subsistiera en pié este vireinato, guardian celoso de la dominacion española, la independenciam no estaba asegurada. La consolidacion del sistema nacional exijia su ruina.

A esta razon política se añadía otra especial de conveniencia para Chile. El Perú era nuestro principal mercado. El cerramiento de sus puertas destruía nuestro comercio. Era urjentísimo que se levantara en aquel país un gobierno amigo que restableciera la cordialidad en las relaciones de ambos pueblos.

O'Higgins i San Martín habian conocido desde Mendoza la justicia de estas consideraciones i habian convenido en hacer sin tardanza una expedicion al Perú, caso de triunfar en Chile. Era necesario invadir al enemigo para

no ser invadidos; era preciso llevar la guerra a aquellas rejiones para alejarla de nuestro territorio.

Para esto convenia, ante todo, organizar una escuadra que asegurase la posesion del Pacifico i facilitase el transporte de las tropas. La necesidad de esta medida no admitia discusion. Pero ¿cómo efectuarla? ¿de dónde se sacaban los elementos que se habian menester? Faltaban los buques; faltaban pertrechos; faltaban oficiales espertos; faltaban marineros: faltaba la plata que todo lo allana, i sin la cual no se hace nada. No habia mas que voluntad decidida de poner en práctica ese pensamiento, i la fuerza de ese pensamiento hizo milagros.

La formacion de la escuadra en aquellas circunstancias es el mas brillante timbre del director O'Higgins, de su ministro Zenteno i de cuantos les ayudaron con su cooperacion. Para crearla se tocaron toda especie de resortes fiscales, contribuciones forzosas, préstamos, confiscaciones.

El pueblo, por lo jeneral, correspondió con su entusiasmo al entusiasmo de los gobernantes.

Se encargaron naves a Buenos Aires, a Estados Unidos, a Inglaterra. Se admitió, sin reparar en condiciones, a los marinos de todas las naciones, que se presentaron a alistarse. Se convirtió en marineros de guerra a los pescadores de las costas, que no sabian manejar sino el remo de sus miserables canoas.

Al fin, gracias a todas estas providencias i a la resolucion incontrastable de que nuestra jóven bandera se enseñorease de la mar, pudo reunirse una escuadrilla que enumeraba un navío, una fragata, una corbeta i dos bergantines. Estas naves llevaban entre todas 142 cañones i 1,109 hombres de tripulacion. Su comandante era don Manuel Blanco Encalada. La mayor parte de su jente ignoraba la maniobra.

El 10 de octubre de 1818 zarparon de Valparaiso las embarcaciones mencionadas, ménos uno de los bergantines. Su objeto era dar caza a una espedicion enviada desde Cádiz, compuesta de once buques convoyados por la fragata *María Isabel*, de 44 cañones.

Esta expedicion trasportaba 2,500 hombres de desembarco i muchas municiones i pertrechos.

Luego que la escuadrilla independiente se comprometió en alta mar, se puso a un mismo tiempo a buscar al enemigo i a disciplinar su jente. Los chilenos en su primer ensayo naval, imitaban a los romanos de la antigüedad, quienes, en igual situacion, adiestraban su marineria a la par que construia sus galeras. Como ellos, en su primer correria por la mar, alcanzaron la victoria.

A los diez i ocho dias de haber salido de Valparaiso, la fragata *Maria Isabel* estaba en poder de Blanco Encalada, i a los treinta i ocho dias de su partida regresaba éste al mismo puerto con su hermosa presa i cinco de los transportes que la acompañaban.

Despues de este glorioso triunfo, la escuadrilla nacional se aumentó con una fragata i dos bergantines i mejoró su tripulacion con varios oficiales estranjeros de un mérito distinguido entre los cuales se contaba lord Tomas Cochrane, quien se puso a su cabeza. Era éste un marino de reputacion europea, que, aunque ingles i enemigo, habia arrancado elojios al mismo Napoleon, i de quien se referian prodijios de audacia. Al mando de la escuadrilla chilena continuó las hazañas que le habian hecho famoso en las escuadras de la Gran Bretaña.

Su sola presencia en el Pacífico, ahuyentó a las naves españolas, que fueron a esconderse amedrentadas bajo las baterias del Callao.

Cochrane las siguió allá, i durante largo tiempo estuvo trabajando por sacarlas de su escondrijo, sea por la fuerza, sea por la invitacion a un combate. Todas sus tentativas fueron inútiles.

Recoirió entónces sin obstáculo los mares i las costas e hizo valiosas presas en el agua i en la tierra. Semejante paseo por el océano equivalia a un triunfo espléndido, porque importaba el abatimiento confesado de la marina realista. Sin embargo, Cochrane no podia conformarse con un resultado que para él era mezquino i despreciable. Estaba acostumbrado a hacer memorables sus correrias por prodi-

jios, así es que se impacientaba de no haber señalado todavía su presencia en América por nada de extraordinario. Sentía rubor de regresar a Valparaíso sin haber dado cima a ninguna empresa portentosa.

Ocurriósele entonces lavar esta deshonra con la toma de Valdivia, una de las plazas mejor fortificadas del Pacífico.

El proyecto era el colmo de la temeridad i su ejecución parecía un imposible. Pero era esto precisamente lo que halagaba al bravo marino.

Valdivia está situado a la embocadura de un río navegable, a cinco leguas de la mar. Nueve castillos levantados en ambas riberas, i cuyos fuegos se cruzan, defienden este espacio i aseguran aquella angosta entrada. En la época a que nos referimos, estaban armados con 118 cañones i guarnecidos por 780 veteranos i 300 milicianos.

Cochrane tuvo ocasión de averiguar el estado de la plaza, i por consiguiente iba a obrar con entero conocimiento del riesgo a que se esponía. Con todo no se desalentó.

Resuelto a llevar a cabo tan aventurado pensamiento, hizo vela para Talcahuano a fin de buscar algún refuerzo. Allí se encontró con don Ramon Freire. Aquellos dos valientes no podían ménos de entenderse. No estaban autorizados por el gobierno para dar aquel paso; pero ni el uno ni el otro vacilaron en cargar con la responsabilidad en la parte que les correspondía. Freire proporcionó cuantos auxilios pudo i Cochrane marchó sobre Valdivia con una fragata averiada, un bergantín, una goleta i un cuerpo de 250 hombres. Estos miserables elementos le bastaron, sin embargo, para enarbolar en unas cuantas horas la bandera tricolor sobre una plaza que con justo título pasaba por inespugnable, el ataque fué tan repentino i todo se verificó con tal rapidez, que los realistas no tuvieron tiempo para clavar una sola de sus piezas.

Esta heroica acción tuvo lugar en los días 3 i 4 de febrero de 1820.

Cochrane regresó satisfecho a Valparaíso.

Entre tanto, el gobierno, a pesar de los apuros del erario, de los inmensos desembolsos que exijía el manteni-

miento de la escuadra, de los gastos que ocasionaba la campaña contra Benavides, habia organizado un ejército para invadir al Perú i prestar ayuda a los patriotas de este país. Nombró por su jeneral en jefe a don José de San Martín e incorporó en él a los batallones argentinos que habian pasado a Chile. Pudo reunir de este modo una division de 4,500 hombres, perfectamense vestidos i equipados. Completó la espedicion libertadora con una provision de víveres para seis meses i un repuesto de pertrechos para levantar un ejército de 15,000 soldados.

Si se quiere apreciar todo el mérito de esta empresa, recuérdese que era la obra de un gobierno empobrecido i de un pueblo agotado por diez años de trastornos incesantes i siete de una guerra sangrienta. Para realizar algo como esto en tales circunstancias, se necesitaba mucha actividad en los gobernantes i mucho civismo en los ciudadanos. Es preciso reconocer, pero glorias de unos i otros, que su comportamiento fué esta vez digno de admiracion.

«El que no se ha hallado en estas circunstancias, decia O'Higgins, no sabe lo que es mandar. Yo debo encanecer a cada instante,»

El gobierno se trasladó a Valparaíso, para activar los preparativos de marcha.

El 16 de agosto de 1820, las tropas libertadoras estaban reunidas en este puerto.

El 19, a las nueve de la mañana, se desplegó al aire la bandera nacional i fué saludada por todos los cañones de los castillos i de la escuadra: a esta hora principió el embarco.

Al dia siguiente por la tarde, la espedicion se hizo a la vela, escoltada por la escuadrilla de lord Cochrane.

No entra en nuestro plan hacer la historia del ejército libertador; pero sí diremos que prestó los mas importantes servicios a la independencia de América en jeneral i a la del Perú en particular.

El virei habia estado viendo con susto los preparativos que se hacian en Chile para invadir sus dominios i creyó que no habria otro arbitrio de estorbarlos que atizar la

guerra en nuestro suelo. Para esto se acordó de Vicente Benavides, a quien hemos dejado, despues de la accion de Curali casi enteramente deshecho i fujitivo, puede decirse, en Arauco. En consecuencia, le envió los despachos de coronel i auxilios de armas i de jente.

Los gobernadores realistas de Valdivia i de Chiloé le remitieron igualmente socorros de la misma clase.

Con estos elementos de resistencia i con indios i dispersos, Benavides organizó, en el fondo de Arauco, nuevas bandas para renovar las hostilidades.

Sin embargo, el virei se equivocó en sus cálculos; el director O'Higgins llevó adelante, como se ha visto, la expedicion libertadora, no obstante las correrias cada vez mas alarmantes de los españoles en el sur del territorio; pero fué aquel un arriesgon atrevido en que casi se jugó la estabilidad de la república.

Con el levantamiento de aquel ejército i escuadra, el estado quedó agotado, el erario se hallaba vacío, las tropas que restaban para guarnecer el país estaban aniquiladas. Freire no tenia en el Sur sino el esqueleto de una division. Los rigores de una campaña tan cruda como era la que se hacia en la frontera, habia diezmando sus batallones i puesto fuera de servicio a un gran número de soldados. No encontraba en aquellas comarcas devastadas por una larga guerra los recursos que necesitaba para reorganizarse. Tampoco conseguia que le vinieran de Santiago, por mas que lo solicitaba con instancia.

No era tal la situacion de Benavides. Por las causas que hemos esplicado mas arriba, éste se hallaba boyante. Tenía reunido un ejército de 2,000 hombres bien armados i contaba con embarcaciones que pirateaban en las costas vecinas. Así, un jefe de bandoleros estaba mejor equipado que el jeneral de las fuerzas chilenas.

Benavides reconoció las ventajas de su posicion i levantó el blanco de sus pretensiones. Ya no se contentó con hacer escaramuzas por las rejiones fronterizas, sino que pensó en dar batallas. En su campamento no se hablaba sino de la toma de Santiago. Benavides mismo escribia al

virei que le mandase cortar la cabeza, si no se apoderaba de la primera ciudad del país. Aquellos montoneros, vista la debilidad del enemigo que tenían al frente, se juzgaban bastante fuertes para abrirse camino hasta la capital de la república.

En setiembre de 1820, el resultado de las operaciones de Benavides comenzó a inspirar serios cuidados a los patriotas. En pocos días las tropas realistas ganaron tres victorias i casi se posesionaron de todo el Sur.

El 20 de este mes, don Juan Manuel Pico, segundo de Benavides, a la cabeza de 1,500 hombres, derrotó completamente en Yumbel un escuadron de cazadores.

A los tres días, el mismo Pico encuentra en el Pangal al coronel don Carlos M. O'Carrol, i destroza su division; uno de los indios que siguen la montonera enlaza a este desdichado jefe, mientras procura escaparse, i Pico le manda fusilar.

Tres días despues, Benavides, que se ha reunido con el cuerpo de su teniente, obliga en Tarpellanca al mariscal don Andrés Alcázar a que se rinda, prometiéndole que respetaria su vida i la de sus oficiales, i en seguida, con desprecio de lo pactado, ordena lanzar sin misericordia a dicho jefe i a todos sus subalternos.

Despues de estos descalabros, Freire desconfia de poder resistir en Concepcion i se retira con escasas tropas a Talcahuano.

El 2 de octubre de 1820, Benavides entra en la capital de la provincia, se establece en ella i encierra al intendente en el recinto del puerto.

Freire envia a pedir socorros con toda premura al Director.

La noticia de los sucesos del Sur inquieta a los Santiaguinos. Nadie niega ya, en vista de lo que ha pasado, la posibilidad de que ese desertor, que se ha levantado del banquillo para irse a insurreccionar, se aproxime con sus hordas hasta la ciudad donde el gobierno central ha fijado su asiento.

El director es el primero en conocer la justicia de estos

temores. Para conjurar ese riesgo inminente, dá al coronel don Joaquin Prieto la comision de trasladarse en el acto a los partidos que riega el Itata, a fin de que, reuniendo allí todas las milicias que pueda, contenga con ellas a Benavides caso de que intente venirse sobre Santiago. Junto con dictar estas providencias, remite por mar a Talcahuano un corto auxilio de tropas.

Freire resuelve entónces morir en el campo combatiendo i por las balas, ántes que dentro de una ciudad i por el hambre.

El 25 de noviembre, saca de la plaza sus batallones i carga a Benavides que la sitia. La certidumbre de que no tienen otra alternativa que la victoria o la muerte, hace a sus soldados irresistibles. Los realistas son rechazados i tienen que replegarse a Concepcion.

Un copioso aguacero impide a los patriotas completar inmediatamente su triunfo, persiguiendo al enemigo hasta allá; pero a los dos dias, el 27 del mismo mes, avanzan hasta la alameda de Concepcion, donde Benavides ha concentrado sus fuerzas. Aquí, unos i otros, renuevan la pelea, i los de Chile obtienen una segunda victoria mas decisiva que la de Talcahuano.

El valiente Freire, a fuerza de coraje, vuelve a las armas de la república el lustre que las anteriores derrotas les habian quitado.

Esta acción, como la de Curalí, parecia terminar la guerra. Benavides no fugó sino con veinticinco jinetes; pero tan luego como estuvo en salvo, solo pensó en vengar su derrota. Pico recibió órden de asolar la frontera. Nueve pueblos fueron incendiados. Todos los fundos i chacaras vecinas sufrieron igual suerte. Parecia que aquellos bárbaros querian convertir la comarca en un desierto para dejar un entero recuerdo de su pasaje.

Benavides estaba entre tanto casi enteramente destruido; para todos, i quizá para él mismo, su ruina era inevitable.

En esta apurada situacion, la maldita captura de dos buques, que cayeron en sus manos, el uno cargado de ha-

rinas, vino a proporcionarle recursos para rehacerse. Mientras que él mismo reclutaba jente en Arauco, envió una de las naves apresadas a Chiloé en demanda de auxilios. Con los que le vinieron de esta isla i los que él se procuró en el continente, pudo formar, en la primavera de 1821, un ejército de 3,000 hombres, el mas numeroso i el mas brillante de cuantos habia acaudillado.

El pensamiento que dominaba a todos los oficiales de aquel ejército, desde el jefe hasta el último, era la toma de Santiago. Las poblaciones del Sur habian sido saqueadas muchas veces i estaban demasiado empobrecidas para que su ocupacion halagara a los realistas.

La opulenta capital de la república era la única presa digna de su codicia. Benavides estaba disgustado consigo mismo por haberse entretenido el año anterior sitiando a Freire en Talcahuano, en vez de haber marchado directamente sobre Santiago. En esta ocasion estaba resuelto a corregir tal error. Encontrábase decidido a caminar adelante, sin fijarse en lo que dejaba atras. ¿Qué mella podian hacer al futuro señor de Santiago las reliquias esparcidas que quedasen a sus espaldas?

En el mes de setiembre de 1821, atravesó con los suyos el Biobio para comenzar a poner en ejecucion el plan que habia concebido. Marchó derecho sobre Chillan.

El intendente de la provincia, en aquellas circunstancias se hallaba en Santiago; pero don Joaquin Prieto guarnecía a Chillan con la division que, por órden del Director, habia, en 1820, organizado en las rejiones del Itata.

Se recordará que este jefe tenia por instrucciones impedir a los realistas el pasaje para Santiago. Prieto no las habia olvidado i las cumplió al pié de la letra.

Efectivamente, el 9 de octubre salió al encuentro del enemigo i le derrotó completamente en el sitio denominado Vegas de Saldías.

Este descalabro detuvo a los conquistadores de Santiago mui léjos del término de su viaje. Benavides i los que escaparon de la muerte o de la prision, volvieron caras i fueron a refugiarse en sus madrigueras de Arauco. El ca-

pitan don Manuel Búlnes con un cuerpo de tropas, les siguió las huellas i continuó hostigándolos hasta sus últimas guaridas.

Esta vez si que la fortuna parecia haber abandonado para siempre a los montoneros realistas. El enemigo que los perseguia sin descanso no solo era Búlnes, sino tambien la discordia. Benavides tenia entre sus oficiales algunos peninsulares. Estos habian experimentado siempre cierta repugnancia en reconocer por caudillo a un criollo. El prestigio i los triunfos de Benavides los habian, sin embargo, forzado a la obediencia. Pero su sumision cesó junto con la prosperidad. La desgracia trajo, en vez de la union que les era necesaria para defenderse, las rencillas i las competencias. Algunos de sus tenientes españoles echaron en rostro a Benavides, como una traicion, el desastre de las Vegas de Saldías; amotinaron sus bandas contra él i comenzaron a obrar con entera independendencia.

Deseoso Benavides de salir de tan falsa posicion, trató de abandonar el país i de irse al Perú. Con este objeto se embarcó en una chalupa, tripulada por solo algunos hombres, que, para merecer su perdon, le entregaron a los patriotas al llegar a las costas de Topocalma.

El 23 de febrero de 1822, Vicente Benavides era sacado de la Cárcel de Santiago i arrastrado en un seron para ser ahorcado en la plaza principal.

Despues de la ejecución, se le cortaron los miembros para que se clavasen en los parajes del sur que habian sido teatro de sus principales crímenes. El tronco fué reducido a cenizas en el llano de Portales, hoi barrio de Yungai.

CAPITULO XIV.

Descontento contra la administracion del Director O'Higgins.—Triste suerte de los tres hermanos Carrera.—Reunion de la convencion de 1822.—Caida del Director O'Higgins.—Nombramiento del jeneral Freire para Director de la república.—Espedicion auxiliar al Perú.—Espedicion a Chiloé.—Reconocimiento de la independendencia

de Chile por España. Cronolojía de los gobernantes que han rejido la república desde 1826 hasta la fecha.

Despues de los sucesos que dejamos referidos, la independencia del país podia ya darse por cosa asegurada. El archipiélago de Chiloé era el único punto de nuestro territorio donde se sostenian todavía los partidarios de la España, defendidos por las tempestades australes i los escollos de una mar alborotada. Los habitantes de Chiloé no divisaban ya, como ántes, el humo del campamento enemigo, desde sus principales ciudades, i el cañon no resonaba sino mui léjos, al otro lado del mar.

La victoria i la paz llevaban naturalmente los espíritus al exámen de la política. Las peripecias de una lucha cuyos resultados eran dudosos no distraian, como poco habia, su atencion de los negocios públicos.

La administracion del jeneral O'Higgins contaba en esta época numerosos enemigos, que podian dividirse en dos clases.

Pertenecian a la primera todos los partidarios del jeneral Carrera, que habien sido tenazmente perseguidos durante aquel período. El caudillo mismo de este bando, don José Miguel, habia sido fusilado en las provincias argentinas.

A causa de la importancia del personaje, referiremos en pocas palabras los sucesos que le atrajeron tan triste suerte.

Como hemos dicho en otra parte, viendo Carrera que el gobierno de Buenos Aires no le proporcionaba los elementos precisos para organizar una espedicion libertadora de su país, habia ido a buscarlos a los Estados Unidos. Efectivamente, logró encontrar en esta república los medios que le eran necesarios para hacer una tentativa contra los realistas establecidos en Chile; pero habiéndose dirigido al Plata con sus buques i su jente para orientarse de la situacion de los negocios, ántes de emprender cosa alguna, llegó precisamente cuando San Martin i O'Higgins estaban atravesando la cordillera para venir a libertar a Chile. El gobierno de Buenos Aires temió que la

anarquía estorbara al buen resultado de la empresa, si no impedía la venida de Carrera. Así fué que desbarató la expedición i persiguió a su jefe, que naturalmente habia protestado i opuesto resistencia.

Estos procedimientos exasperaron a Carrera, a su familia i a sus amigos.

Dos de sus hermenos, Juan José i Luis, se dirijieron entónces de incógnito a Chile, con la intencion de conspirar para derrocar a sus adversarios; pero habiendo sido sorprendidos en su viaje, fueron prendidos i ejecutados en Mendoza, el 8 de abril de 1818.

Don José Miguel estaba entre tanto refugiado en Montevideo, donde permaneció algun tiempo hasta que las circunstancias le permitieron hacerse uno de los caudillos de la guerra civil que comenzó a conmover la República Argentina el año de 1819. Carrera tomaba parte en aquellas turbulencias de un país extranjero para proporcionar recursos con que pasar a Chile a derribar a O'Higgins. Después de muchas alternativas, ya favorables, ya adversas, que no es este el lugar de referir, cayó prisionero de sus enemigos i fué fusilado en la plaza de Mendoza, como sus hermanos, el 4 de setiembre de 1821.

Aunque a consecuencia de estas derrotas i de la muerte de su jefe, el bando *carrerino* quedó desarmado i vencido, sin embargo, sus adeptos en Chile no podian perdonar al gobierno del director O'Higgins el abatimiento en que habian caído, i ansiaban por un cambio de mandatarios.

Componian la segunda categoría de adversarios políticos del jeneral O'Higgins un gran número de individuos respetables por su posición social, que creian que concluida, puede decirse, la guerra contra los españoles, era ya tiempo de establecer un réjimen constitucional i mas liberal que existia. Los individuos referidos hacian notar, en apoyo de sus pretensiones, la existencia de varios abusos administrativos, por cuyo pronto remedio clamaban.

El director, no pudiendo resistir por mas tiempo a las exigencias de la opinion, resolvió convocar a un congreso que diese una constitucion definitiva a la república. Con

este objeto reunió una convencion preparatoria de diputados de todos los partidos o departamentos del Estado a fin de que determinase las condiciones que debian observarse en la congregacion del cuerpo constituyente.

Los procedimientos de esta asamblea fueron los que vinieron a precipitar los sucesos.

Desde luego, el público tachó de ilegal i poco libre la eleccion de los diputados; i en seguida, esta convencion, que habia sido convocada con el mero carácter de preparatoria, fué declarada constituyente, i efectivamente sancionó una constitucion que el director juró observar i mandó cumplir el 30 de octubre de 1822.

Esta marcha politica produjo, a principios de diciembre del mismo año, una insurreccion popular en Concepcion, que tuvo por caudillo al intendente don Ramon Freire i que se estendió sin resistencia hasta la ribera meridional del Maule.

El 22 del mismo mes, el Cabildo i vecindario de la Serena secundaron el movimiento de los habitantes del sur.

Los cuerpos de tropas enviados para contener los progresos de los sublevados en los dos extremos de la república, en vez de hacerlo así, se pasaron a banderas desplegadas a las filas de los revolucionarios.

En tan graves circunstancias, el pueblo de la capital no permaneció inmóvil. El 28 de enero de 1823, sus principales vecinos se reunieron en el salon del Consulado; i habiendo llamado el director a discutir con ellos, le manifestaron los males que podria traer su permanencia en el mando i le pidieron que se retirase del gobierno. O'Higgins accedió entregando la direccion de la república a una junta compuesta de don Agustin Eyzaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz.

El ex-director partió para Valparaiso, de donde se trasladó al Perú. En este último país murió en octubre de 1842.

El 31 de marzo de 1823, el jeneral don Ramon Freire fué elejido Director Supremo.

Una de las primeras i mas importantes medidas que to-

mó el nuevo mandatario, fué la de enviar una division auxiliar a los patriotas peruanos, que se hallaban en grandes apuros; pero, aunque esta espedicion desembarcó con toda felicidad en el puerto de Arica, tuvo, sin embargo, que regresar pronto a Chile, por causas que seria largo esplicar aqui.

Freire resolvió entónces emplear estas fuerzas en una invasion al archipiélago de Chiloé, único punto de nuestro territorio que reconocia todavia la autoridad del rei de España, bajo el gobierno del jefe realista Quintanilla.

Habiéndose puesto con este objeto él mismo a la cabeza de las tropas, se hizo a la vela para el archipiélago a fines de marzo de 1824, i tomó tierra poco despues en uno de sus puertos. Uno de los jefes subalternos de la espedicion, el coronel Beauchef, obtuvo aun una brillante victoria en Mocopulli; pero los rigores del invierno obligaron a Freire, en abril del año siguiente, a postergar para mejor oportunidad, la ejecucion del proyecto.

En efecto, el 9 de enero de 1826 desembarcó el director cerca de San Carlos al frente de un ejército; pero el haber tomado tierra en el país enemigo no inclinaba todavia la balanza en su favor. Los patriotas tenian que caminar casi a tientas por quebradas i pantanos, mientras que los realistas, concedores del terreno palmo a palmo, sacaban ventaja de la posicion. Al fin, despues de una marcha mui penosa i de varios tiroteos con las fuerzas volantes i avanzadas de Quintanilla, el grueso de las tropas de Freire vino a las manos con el grueso de las del jefe español, el 15 del mismo mes en las alturas de Bella-Vista. A pesar de ser la colocacion de los realistas mui militar i ventajosa para ellos, los soldados chilenos obtuvieron una victoria completa.

La desmoralizacion i el desaliento de la guarnicion del archipiélago concluyeron lo que quedaba por hacer. Quintanilla capituló, i la estrella de la república brilló tambien sobre Chiloé, llegando de este modo a ser un hecho la independencia de este territorio, desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Ornos.

La independencia de Chile fué solemnemente reconocida por la España misma en un tratado que sancionó el gobierno nacional el 1.º de julio de 1846.

Concluiremos este trabajo con una cronología de los gobernantes que han rejido el país desde la batalla de Bella-Vista hasta el día.

Habiendo don Ramon Freire renunciado el 8 de julio de 1826 la direccion de la república, el Congreso elijió presidente al vice-almirante don Manuel Blanco Encalada, i vice-presidente a don Agustin Eyzaguirre, los cuales debian durar en sus funciones hasta la promulgacion de una constitucion que debia dictarse.

Por renuncia de Blanco Encalada, entró el 1.º de setiembre del mismo año a desempeñar el cargo el vice-presidente don Augustin Eyzaguirre, quien permaneció en el puesto hasta el 24 de enero de 1827, dia en que, a consecuencia de un motin militar que estalló en Santiago, el Congreso confió el mando supremo de la república al jeneral Freire para que reprimiese el mencionado motin.

Restablecida en poco tiempo la tranquilidad pública, el mismo Congreso elijió, el 13 de enero de dicho año, presidente al jeneral don Ramon Freire i vice-presidente al jeneral don Francisco Antonio Pinto, los cuales debian conservar sus puestos hasta el 1.º de julio de 1829, dia en que se suponía que podian ser reemplazados por los que se elijieran con arreglo a la constitucion que debia darse.

Pero Freire renunció el 2 de mayo de 1827, entrando a subrogarle a los pocos dias el vice-presidente Pinto, quien rejio la república hasta el 14 de julio de 1829 en que renunció, entrándo a ocupar el puesto de presidente de la junta del Congreso don Francisco Ramon Vicuña.

Practicadas las elecciones de presidente i vice-presidente, con arreglo a lo que disponia la Constitucion dada a la república el año de 1828, el 16 de setiembre de 1839, fueron declarados electos para el primer cargo don Francisco Antonio Pinto i para el segundo don Joaquin Vicuña, cuyo período constitucional habia de durar cinco años.

Por renunciias del presidente i vice-presidente, tomó la

direccion del Estado el presidente del Senado don Francisco Ramon Vicuña, el 2 de noviembre del mismo año.

A consecuencia de un trastorno que hubo en el país, Vicuña fué reemplazado el 22 de diciembre de 1829, por una junta gubernativa compuesta de don José Tomas Ovalle, don Isidoro Errázuriz i don Pedro Trujillo, en cuyo lugar, i por su renuncia, entró a los pocos dias don José María Guzman.

El 17 de febrero de 1830, el congreso llamado de *plenipotenciarios*, o diputados de las provincias, elijió con carácter provisional, presidente a don Francisco Ruiz Tagle i vice-presidente a don José Tomas Ovalle, quien, por renuncia del primero, fecha 31 de marzo de 1830, pasó a ejercer la dignidad suprema de la república.

El 22 de marzo del año 1831, por fallecimiento de Ovalle, sucedido el dia anterior, el congreso de plenipotenciarios elijió, siempre provisionalmente, presidente al jeneral don Joaquin Prieto i vice-presidente a don Fernando Errázuriz, que se hizo cargo del gobierno por hallarse el jeneral Prieto ausente de Santiago.

Habiéndose practicado el mismo año la eleccion de estos funcionarios, conforme a lo dispuesto por la constitucion de 1828, resultaron electos para presidente el jeneral don Joaquin Prieto i para vice-presidente don Diego Portales.

Don Joaquin Prieto comenzó su período constitucional de cinco años el 18 de setiembre de 1831 (1), i fué su gobierno uno de los mas gloriosos de nuestra historia, gracias a la cooperacion del insigne vice-presidente don Diego Portales, siendo considerado éste como el mayor politico de Sud-América. En este tiempo (1833) el congreso dió una nueva constitucion llena de sabiduria la que, con lijeras reformas, hasta hoi está vijente. En ella fué abolido el puesto de vice-presidente, reemplazándolo el ministro del interior.

El ministro Portales, que se habia retirado a la vida

(1) Esta parte, hasta la conclusion del capítulo, ha sido extractada de la obra del señor Muñoz Donoso. (EL EDITOR.)

privada, despues de haber propagado la instruccion primaria i superior, arreglado la hacienda pública i establecido almacenes de depósito en el puerto de Valparaiso, subió de nuevo al poder en 1836, al ser reelejido el jeneral Prieto en el segundo período constitucional de cinco años, i cuando el jeneral Freire, ausiliado por Santa-Cruz, intentó derrocar al gobierno. Dotado Portales de gran talento lo primero que hizo fué perseguir a los perturbadores de la paz, consiguiendo tomar los buques espedicionarios i hacer prisionero a Freire. Con motivo de la confederacion Perú-Boliviana Portales declaró la guerra a Santa-Cruz i, desplegando su acostumbrada actividad, aprestó el ejército invasor.

Cuando el ministro Portales tomaba todo jénero de medidas para asegurar el órden público i proveer al buen éxito de la espedicion, un motin militar le impidió ver el fruto de sus trabajos. Apesar de las sospechas de traicion que se le habian comunicado, se dirijió a Quillota para pasar revista al ejército. El coronel Vidaurre, mui favorecido del ministro, encabezó la mas negra traicion; sublevó en su contra las tropas, lo hizo prisionero i con él marchó a Valparaiso. Don Manuel Blanco Encalada salió de esta ciudad para resistir a los sublevados i quitarles su presa. Libróse un combate i, vencidos éstos, fusilaron al ilustre Portales. Chile se cubrió de luto con tan triste noticia; honróse con solemnísima pompa la memoria del ministro, i Vidaurre i demas asesinos pagaron su crimen con la vida (1837.)

Portales murió, pero no murió su memoria. Blanco Encalada i don Antonio José Irisarri, el primero como jeneral i el segundo como diplomático, fueron a la cabeza de la espedicion, habiendo desembarcado sin resistencia con todo su ejército en la costa del Perú, i, despues de haberse apoderado de algunas ciudades, firmáronse los tratados de Paucarpata, por hallarse debilitado el ejército chileno por el clima i por las largas marchas que habia tenido que emprender.

El gobierno chileno reprobó este tratado de Blanco, i

reorganizando un segundo ejército, bajo el mando del jeneral don Manuel Búlnes, se apoderaron las tropas chilenas del Callao i de Lima, i restablecieron a Gamarra en la presidencia. No tardó en presentarse Santa-Cruz con el grueso de sus fuerzas cuya batalla se dió en Yungai. Una espléndida victoria coronó las armas de Chile i Santa-Cruz tuvo que embarcarse precipitadamente. Búlnes entró triunfante en Santiago habiendo dado feliz éxito a un hecho de armas mui glorioso en nuestra historia. (1838-1839)

En 1841 subia a la presidencia el vencedor de Yungai, don Manuel Búlnes. La prudencia i talento de este nuevo mandatario se pusieron de manifiesto en su pacífico gobierno que durante diez años pudo el país entregarse a las tranquilas faenas de la agricultura e industria, consolidar su crédito i desarrollar a la vez el progreso en todo orden de cosas. En este tiempo (1846) la España reconoció la Independencia de Chile estableciéndose las buenas relaciones entre ámbos países.

Concluidos los diez años de gobierno de don Manuel Búlnes, le sucedió en el mando supremo de la República don Manuel Montt (1851) disputándose la presidencia entre los partidarios de éste i los de don José María Cruz, jeneral distinguido en la Independencia i en la última expedición al Perú. Obtuvieron la victoria los primeros i no conformándose los vencidos con la derrota estalló la revolución. Búlnes se puso a la cabeza del ejército i en Loncomilla se dió una sangrienta batalla en que sucumbieron los defensores de Cruz.

En 1859 una segunda revolución, encabezada por el partido liberal, conmovió a toda la república, pero la falta de cabeza i de unidad la hizo fracasar.

Muchos bienes debe Chile a la administración del señor Montt: facilitóse la acción administrativa, se abrieron caminos, se hicieron ferro-carriles i se plantearon telégrafos. Difundióse notablemente la instrucción primaria i se atendió, en fin, a todos los ramos que constituyen la grandeza nacional.

El gobierno de don José Joaquín Pérez, que le sucedió al

señor Montt, vino a calmar casi por completo los odios de los partidos, contentándolos de modo que se evitaran las conmociones revolucionarias. Un doloroso acontecimiento, sin embargo, turbó los primeros años de su gobierno. Había subido a la presidencia en 1861 i el 8 de diciembre de 1863, un incendio casual abrasó el templo de la compañía en circunstancias que estaba henchido de jente, pereciendo sobre dos mil personas en su mayor parte piadosas mujeres.

Las relaciones exteriores fueron interrumpidas por una guerra contra España que gravó notablemente el erario. Fué bombardeado el puerto de Valparaíso en la parte que se hallaban los almacenes fiscales o depósito de mercaderías extranjeras, quedando con este hecho las relaciones interrumpidas con España. La imposibilidad de combatir con un enemigo poderoso, pues nos hallábamos sin escuadra capaz de hacer frente al enemigo, hizo que la guerra decayese por sí sola i se convirtiese en una tregua de hecho, asegurada despues por los tratados.

En 1871 concluyó el señor Perez su segundo período, i le sucedió el señor don Federico Errázuriz, habiendo sido elevado al poder, merced en buena parte a los esfuerzos del partido conservador. En su tiempo se quitó a los presidentes el derecho de ser reelejidos, no pudiendo ya gobernar por mas de cinco años; se aumentó la armada nacional, se prolongó el ferrocarril del sur hasta Angol, i se hicieron otros progresos notables en el órden material. Fué nombrado intendente de Santiago don Benjamin Vicuña Mackenna, quien con su acostumbrada actividad embelleció la poblacion con nuevas calles, monumentos i paseos públicos, como el de Santa Lucía, que es verdaderamente notable. En 1875 se abrió en Santiago la primera exposicion universal.

El señor Errázuriz que murió repentinamente poco tiempo despues de haber bajado de la presidencia, dejó en su puesto a don Aníbal Pinto, (1876.)

El gobierno de don Aníbal Pinto fué de estagnacion i de pobreza jeneral, debidos a la crisis comercial i moneta-

ría. Dos graves cuestiones internacionales ocuparon casi todo su período: los límites con la República Argentina i el quebrantamiento por parte de Bolivia de los tratados por los cuales Chile le habia cedido parte del desierto de Atacama.

GUERRA DEL PACÍFICO. Habiendo infringido el gobierno boliviano un tratado de límites celebrado anteriormente con Chile, esta República, entró en guerra con Bolivia i con el Perú, los cuales se habian aliado secretamente en contra suya. En su principio cayó en poder de Chile todo el litoral boliviano con la fácil campaña de Antofagasta i Calama. El 21 de mayo de 1879, la *Esmeralda* i la *Covadonga*, surtas ambas en las aguas de Iquique, fueron atacadas, la primera por el monitor *Huáscar* i la segunda por la fragata *Independencia*, sucumbiendo la primera de aquellas con su heroico comandante Arturo Prat i sus valientes compañeros. La *Covadonga*, al mando de Carlos Condell que en este combate marino era perseguida por la fragata *Independencia*, merced al poco calado de la primera, hizo que encallara ésta i se convirtiese en victoria una segura derrota.

Con este hecho se encendió en los marinos i soldados chilenos de tal modo su heroismo, que fueron irresistibles aquellos en mar i éstos en tierra. Las victorias de Pisagua, Dolores o San Francisco i el ataque de los chilenos al pueblo de Tarapacá, dejaron en poder de los nuestros toda esa rica rejion.

El jefe de nuestra escuadra encerró en Angamos al lijero *Huáscar*, el cual, no pudiendo escapar, cayó en manos de los chilenos despues de un reñido combate en el que murió el almirante peruano Grau. Mas tarde se rindió tambien la *Pilcomayo*, i el resto de la escuadra peruana hubo de ocultarse en el Callao, donde, a su turno, fué bloqueada i tuvo que destruirse para no caer en poder de los enemigos. Chile por su parte perdió cuatro buques de los ménos importantes.

El jeneral don Manuel Baquedano obtuvo la feliz victoria de los Anjeles. Este dirijió la batalla de Tacna con-

tra las fuerzas unidas de peruanos i bolivianos i dió el asalto de Arica, obteniendo victorias que dieron a Chile la posesion de ese departamento. Las grandes i reñidas batallas de Chorrillos i Miraflores (enero de 1881) en que los chilenos pelearon a las órdenes de Baquedano i los peruanos a las de Piérola fueron el golpe decisivo de esta guerra abriendo las puertas del Callao i de Lima a los chilenos vencedores.

Habiendo concluido su período el señor Pinto, (18 de setiembre de 1881) dejó por sucesor al señor don Domingo Santa-María, que inauguró su gobierno firmando un tratado por el cual se arregló del todo la cuestion de límites con la República Argentina.

APENDICE.

RESÚMEN DE LA HISTORIA ECLESIASTICA DE CHILE. (1)

CAPITULO I.

Introduccion del cristiano en Chile.—Primera iglesia que se levantó en el país.—Primeras misiones para convertir a los indios.—Primeros sacerdotes que tomaron a su cargo la propagacion de la fé entre los indijenas.—Dificultades que encontró en Chile la introduccion del cristianismo.—Ereccion del obispado de Santiago.—Noticias acerca del primer obispo, González Marmolejo.—Cuestion de límites entre las iglesias de Santiago i la Imperial.—Noticias acerca del obispo Barrionuevo.—El obispo Fr. Diego de Medellin.—Desavenencias del obispo Espinosa con la Audiencia.—El obispo Villarroel.—El obispo Zambrano i Villalobos.—Arancel de curas.—Serie de los obispos de Santiago, hasta la mitad del siglo XVIII.—Noticias acerca del obispo don Manuel Aldai.—Sucesores del señor Aldai.—Elevacion del señor Rodriguez al obispado de Santiago.—Llegada de un nuncio apostólico.—Destierro del obispo Rodriguez.—Su muerte.—Ereccion del arzobispado de Santiago.

La predicacion del Evangelio casi coincidió en Chile con la invasion de los conquistadores españoles. Junto con la tropa expedicionaria de Pedro de Valdivia venian el venerable presbítero don Bartolomé Rodrigo González de Marmolejo i frai Antonio Rondon, de la orden mercenaria, ínclitos sacerdotes, los primeros que predicaron en nuestro país la palabra de Dios.

Cuando el 12 de febrero de 1541, Valdivia fundó la ciudad de Santiago, tuvo cuidado de echar ese mismo dia los cimientos de la primera iglesia que ha habido en Chile, la cual fué dedicadada a la Asuncion de María.

(1) Toda esta parte ha sido extractada de la obra del señor don Ignacio Victor Eyzaguirre, que lleva por título *Historia eclesiástica, política i literaria de Chile*.

Los dos sacerdotes mencionados levantaron en el nuevo templo la cátedra de la ciencia divina; mas su celo era demasiado ardiente para conformarse con ejercer su ministerio solo en el recinto de una poblacion, i así fué que no tardaron, principalmente Marmolejo, en ir a anunciar la Santa Relijion de la Cruz a los indíjenas, habitantes de los campos circunvecinos.

Nuevos operarios evanjélicos vinieron bien pronto a traerles el auxilio de su cooperacion i esfuerzos. Fueron estos el dominicano frai Domingo Buirox, que predicó a los promaucás; el presbítero don Cristóbal de alegría, que tomó a su cargo el valle conocido hoi dia con el nombre de Tango; el dominicano frai Juan Salguero, que aprendió el idioma de los naturales para catequizar a los promaucás; frai Pedro Hernandez i frai Francisco Solís, franciscanos, que con otros relijiosos de la misma órden, cuyos nombres ignoramos, recorrieron una gran parte del territorio de Concepcion i de la Imperial; el dominicano frai Diego Pezoa, que fué el apóstol de Valdivia; el franciscano frai Bernardo Agüero, que atendió a la ciudad de la Serena i a todo el distrito de Coquimbo; el padre Turinja, tambien fraile menor, que dió pruebas de un admirable celo en los alrededores de Santiago; i frai Jil Gonzalez, que se hizo notar por lo fervorosa de su predicacion.

Todos estos misioneros tuvieron que vencer grandes obstáculos i que arrostrar grandes peligros para dar a conocer a los infieles la lei de Dios, especialmente Buirox i Pezoa, que recibieron la muerte de los indíjenas en recompensa de su ardiente caridad.

El martirio de estos dos sacerdotes manifiesta que los introductores del cristianismo no hallaron en Chile las mismas facilidades que en otras partes de América. «Los chilenos», dice don Víctor Eyzaguirre, «belicosos por jénio e independientes por carácter, odiaban cuanto parecia ser servidumbre, i reputando las verdades de la fé como inventada por sus mismos conquistadores para imponerles el yugo mas fácilmente, les cobraron el mismo ódio que a ellos. Notaban ademas la enorme diferencia que existia

entre los principios de la religion que se les predicaba i las costumbres de los hombres que decian profesarla. Los preceptos de aquella, santos por su naturaleza, por su objeto por su autor, prohibian toda especie de estorsion, i no obstante la violencia habia venido a ser como un hábito en éstos. Las consecuencias que nacian de aquí perjudicaban sobremanera a la causa de la fé. Una religion no respetada en toda la estension de sus preceptos por los mismos que se pretendian autorizados para introducirla, no inspiraba de sí idea alguna ventajosa a hombres idiotas i sin capacidad para comprender la diferencia que existe entre la santidad de la lei i la corrupcion de los que deben observarla. Así es que la mayor parte de los indios, léjos de prestarse a oír con docilidad la predicacion, o se retiraban de los lugares frecuentados por los misioneros a otras tierras distantes, o se escondian en sus propias chozas para no ser encontrados en caso de burcárseles con el objeto de instruirlos. No sucedia así con los que habitaban los pueblos de los españoles, a los cuales tenian mas proporcion de catequizar los sacerdotes. Dios coronó el celo de éstos con fervorosas conversiones, obradas aun en muchos que parecian mas obstinados contra las verdades del cristianismo.

Santiago no era al principio mas que una pequeña parroquia sufragánea del obispo del Cuzco, cuyo primer párroco fué ese mismo Gonzalez Marmolejo, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar; pero cuando los españoles hubieron estendido por la conquista el territorio sometido a su jurisdiccion hasta formar de él un reino, Felipe II pidió al Papa Pio IV que crease en Chile un obispado sufragáneo de la metrópoli de Lima, i presentó al mencionado Marmolejo para que fuese el primer diocesano. El Pontífice accedió a una i otra solicitud, por bula dada en Roma el 17 de junio de 1561.

Habiendo su santidad Pio IV encargado al nuevo obispo la comision de erijir su iglesia catedral, el señor Marmolejo verificó esta ereccion en 1563; pero murió algunos meses despues, sin haber podido consagrarse en una edad avanzada.

Gonzalez Mormolejo habia venido de vicario castrense, en el ejército de Valdivia; en seguida habia sido primer párroco i primer obispo de Santiago. Se distinguió por su celo apostólico para propagar la fé entre los naturales i por un espíritu de paz i conciliacion que era estraño en aquella época de disturbios i violencias. Se cuenta que cuando estaba todavía en el Perú, cierto dia para contener un motin militar, se precipitó entre los combatientes, i recibió varias heridas miéntras los exhortaba a la concordia.

El señor Marmolejo tuvo por sucesor al franciscano frai Fernando de Barrionuevo (1567).

Considerando Felipe II que la creacion del obispado de Santiago no era suficiente para atender a las necesidades espirituales en un territorio tan vasto como el de Chile, habia obtenido la creacion de otro en la ciudad de la Imperial. El Papa autorizó al rei para señalar sus límites a las dos diócesis chilenas, i esto dió orijen a una cuestion ruidosa, en la época del señor Barrionuevo.

«El diocesano de Santiago,» dice el señor Eyzaguirre, pretendia estender su jurisdiccion hasta el Biobio, i el gobernador eclesiástico de la Imperial sostenia corresponderle todo el territorio que queda al Sur del rio Maule. El primero alegaba, como justificativo de su pretension, quedar de esta manera dividida la poblacion del reino en igualdad entre ambas diócesis; i el segundo apoyaba su demarcacion en la igualdad del territorio que ésta dejaba a cada obispo. La Real Audiencia instalada en Concepcion, resolvió, como representante del rei, esta controversia, i en Real provision de 3 de diciembre de 1568, fijó el rio Maule por línea divisoria de ambas diócesis.»

El obispo Barrionuevo murió a los dieziocho meses de haber gobernado la iglesia de Santiago, siendo el primer prelado consagrado que ella tuvo. El señor Barrionuevo, aun en vida, era tenido por santo, i despues de su fallecimiento se comenzó a levantar un proceso para averiguar todos los hechos que justificaban esta reputacion de santidad.

Después de una vacante de cinco años, fué elegido obispo de Santiago otro franciscano, frai Diego de Medelliu (1574). Era tan candoroso, que nunca pudo persuadirse de que hubiese sobre la tierra hombre alguno que fuese capaz de mentir; tan humilde, que, cuando supo su elevación a aquella alta dignidad, se retiró a su celda, donde permaneció varios días llorando inconsolable la pérdida de su quietud, de su vida oscura, de las dulzuras inefables que le proporcionaban los ejercicios de su profesion religiosa; i tan observante de la pobreza, que jamas tuvo otro lecho que dos mantas. Asistió al concilio provincial que convocó en Lima el arzobispo Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, i a su vuelta convocó el primer sínodo diocesano que ha habido en Chile (1586). Fundó ademas el monasterio de la Limpia Concepcion, bajo las reglas de los canónigos regulares de San Agustin, para proveer a la necesidad de que hubiera una casa donde fuesen educadas las niñas nobles de Santiago. Murió el año de 1593, i después de una vacante de dos años, tuvo por sucesor, en 1595, a frai Pedro de Azuaga, frai menor, quien murió, sin recibir la consagracion episcopal, en noviembre de 1597.

Trascurrida una vacante de tres años, ascendió el año de 1600, al obispado de Santiago otro franciscano, frai Juan Perez de Espinosa, que se distinguia por lo cultivado de su intelijencia i lo sostenido de su carácter. El nuevo pastor se ilustró por la fundacion de un seminario, que proporcionase a su clero la competente educacion; i por la celebracion del segundo sínodo de su iglesia, el cual tuvo lugar el año 1612.

Desgraciadamente no han llegado hasta nosotros las actas de esta asamblea, como tampoco las de la celebrada en 1586.

El obispo Espinosa tuvo con las autoridades civiles algunas competencias que introdujeron la desarmonia en las relaciones del prelado con los mandatarios seculares de la colonia. Una cuestion de etiqueta pueril e insignificante, acabó de agriar aquella sensible desavenencia. La Real

Audiencia se creyó ajada porque el obispo, acompañado de algunos clérigos familiares suyos, presidía el Supremo Tribunal en las funciones públicas, i entabló reclamo sobre el particular ante el monarca. Los oidores aprovecharon la oportunidad de esta representacion para dirijir al señor Espinosa varias otras acusaciones, entre las cuales la de mas peso era que el obispo mandaba servir agua bendita primero a los canónigos que a la Audiencia.

El rei determinó, respecto de la preferencia en la colocacion, que el obispo no llevase mas que un paje con la cauda, cuando asistiese a alguna festividad en compañía de los oidores, i respecto del agua bendita que se diese a todo el clero ántes que a los togados.

La Audiencia acordó, para no sufrir la humillacion que a su juicio le inferia la mencionada resolucion del soberano, esperar fuera de la iglesia que hubiese pasado la ceremonia del *asperges*. El obispo se pronunció amargamente contra este acuerdo, llamó ímpolíticos a los oidores que lo suscribieron, i éstos en desquite, intimidaron al obispo arresto en su palacio por medio de uno de los alcálde ordinarios.

El ministro de justicia notificó esta órden, hincado de rodillas, a su Ilustrísima, declarándole que no la ejecutaria; mas, el pastor libertó al alcalde del conflicto, saliendo al punto de la ciudad i retirándose al lugar que desde este dia fué llamado *Quebrada del Obispo* en la chacara del Salto.

Este suceso, como era natural, produjo la mayor alarma entre los habitantes de Santiago.

La conmocion se aumentó todavia cuando, a las pocas horas de la salida del señor Espinosa, el cura del Sagrario, público, en medio del toque lúgubre de las campanas de la catedral, que la ciudad estaba en entredicho por órden de su Ilustrísima.

La Audiencia, viendo con susto el aspecto que iba tomando el negocio, envió una diputacion para que rogase al prelado que se volviera a su palacio; mas éste no consintió en hacerlo, sino cuando los oidores convinieron en

salir a recibirle a uno de los arrabales i acompañarle respetuosamente hasta dejarle en su morada.

Este acontecimiento no puso término a las desavenencias entre la autoridad civil i la eclesiástica, las cuales continuaron repitiéndose. Entónces el obispo resolvió partir en persona a España para defender su causa; pero habiendo salido sin haber solicitado el correspondiente permiso, el rei desaprobó su conducta i le mandó que regresara pronto a su iglesia. Esto no tuvo lugar, porque el señor Espinosa prefirió retirarse a un convento de su orden en Sevilla, donde murió el año de 1622.

Despues del prelado de que acabamos de hablar, gobernó la iglesia de Santiago don Francisco Salcedo, desde el año de 1624 hasta el de 1635.

El señor Salcedo convocó el tercer sínodo de Santiago, en el cual se decretó el arancel de curas i ministros eclesiásticos. Habiendo encontrado el cabildo secular demasiado subido dicho arancel, se entabló un litijio que dió origen a que el rei comisionase al virei i al arzobispo de Lima para que dictasen el que les pareciese conveniente. El arancel acordado por estos dos personajes es el que rije hasta ahora.

Habiendo trascurrido una vacante de tres años, al fin fué promovido a la alta dignidad del episcopado el padre de la orden de los ermitaños de San Agustin, frai Gaspar de Villarroel, sujeto que poseía una intelijencia aventajada i una grande erudicion, de las cuales ha dado muestras en varias obras de literatura sagrada i de derecho canónico. Entre éstas sobresale su *Gobierno eclesiástico pacífico*, que tiene por fin marcar, tanto a la potestad civil como a la eclesiástica, la esfera de sus respectivas atribuciones.

Observando en la práctica las doctrinas que profesaba, este pastor se distinguió por un espíritu mui conciliador en sus relaciones con los gobernantes temporales.

Era tan caritativo, que, cuando no tenia recursos, empeñaba su anillo pastoral para auxiliar a los pobres, i que cierto dia se le vió despojarse hasta de su ropa interior para vestir a dos mendigos,

Era igualmente mui estricto en el cumplimiento de sus obligaciones pastorales.

El espantoso terremoto que sobrevino la noche del 13 de mayo de 1647, i que arruinó casi completamente la ciudad de Santiago, estuvo a punto de quitar la vida a aquel digno prelado. Aunque fué sacado mui estropeado de debajo de unos escombros, el señor Villarroel, en vez de atender a la curacion de las graves contusiones que habia recibido, fué a prestar a los aflijidos habitantes los consue- los espirituales de que habian de menester en aquella ca- lamidad.

El rei le promovió al obispado de Arequipa, el año de 1651.

Este mismo año entregó el mando de la iglesia de San- tiago al obispo de Concepcion, don Diego Zambrano i Vi- llalobos, elejido para sucederle. Como este sujeto se encon- traba en un edad avanzada, creyó conveniente renunciar aquel cargo; pero el monarca le ordenó que continuara en el gobierno de la diócesis, como lo hizo hasta el año de 1653, en que murió.

A la muerte del señor Zambrano i Villalobos, el arce- diado de Lima don Fernando de Avendaño fué presenta- do para obispo de Santiago; pero murió sin tomar pose- sion de su iglesia, el año de 1657.

El nuevo arcediano de Lima, don Diego de Encina, ob- tuvo entónces real presentacion; pero murió sin recibir bulas.

El franciscano frai Diego de Humanzoro tomó posesion de la iglesia de Santiago el año 1661, i la gobernó hasta el de 1676. Era un hombre mui ríjido i severo. Tuvo al- gunas competencias con las autoridades civiles i celebró en 1670, el cuarto sínodo.

Su sucesor fué el dominicano frai Bernardo Carrasco, quien fué promovido a la mencionada dignidad el año de 1679. Despues de haber practicado este obispo una visita de todo el territorio sometido a su jurisdiccion, en la cual empleó cinco años i que le valió una cédula laudatoria del monarca, abrió el 18 de enero de 1688, el quinto sínodo,

en el cual se dictaron disposiciones importantísimas para la mejora de las costumbres de los fieles i el decoro de los ministros del altar.

Las reglas consuetas para el orden i gobierno de la iglesia catedral, que se observan hasta ahora, son igualmente debidas a la laboriosidad de este prelado.

Habiendo sido promovido el señor Carrasco al obispado de la Paz, a fines de 1694, tuvo por sucesor al doctor don Francisco de la Puebla Gonzalez, que murió en 1704.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, rijieron la iglesia de Santiago los obispos que se espresan a continuación, especificando el año en que tomaron posesion del gobierno:

| | |
|--------------------------------------|------|
| Señor don Luis Francisco Romero..... | 1708 |
| » » Alejo Fernando Rojas..... | 1719 |
| » » Alonso del Pozo i Silva..... | 1723 |
| » » Juan Sarricolea i Olea..... | 1731 |
| » » Juan Bravo del Rivero..... | 1735 |
| » » Juan Gonzalez Melgarejo..... | 1745 |

El año de 1754 fué elevado a la dignidad episcopal el canónigo don Manuel de Aldai, el mas célebre de los obispos chilenos pertenecientes a la época colonial.

La noticia de esta eleccion causó grandísima novedad, porque era sin ejemplo. El canónigo Aldai solo contaba cuarenta i dos años de edad i dieziseis de sacerdocio; era chileno de nacimiento i pertenecía al clero de la diócesis que debía rejir. Hasta entónces no se habia visto nunca que un individuo de tales condiciones hubiera sido llamado a gobernar una de las iglesias de Chile.

La conducta de este prelado en el ejercicio de sus funciones no tardó en manifestar que el rei no se habia equivocado al presentarle a la Santa Sede para tan alta dignidad. El señor Aldai fué uno de los pastores mas hábiles i activos que ha tenido la iglesia de Santiago. Practicó dos veces la visita de toda su diócesis, sin esceptuar los lugarejos mas miserables i apartados, i tres la de una parte de la misma; fundó o protejió algunas comunidades monásticas,

estableció varias funciones religiosas; celebró el 4 de enero de 1763, el sexto sínodo de Santiago «cuyos frutos dice el historiador eclesiástico de Chile, no tardaron en dejarse ver, no solo en la morigeracion de las costumbres del clero, sino tambien en la reforma del pueblo.»

En 1771 partió para Lima con el objeto de asistir al concilio provincial que convecó el arzobispo de aquella arquidiócesis, don Diego Antonio de la Parada. El señor Aldai, puede decirse que fué el arma de esta asamblea. Estando los padres del concilio divididos acerca de las facultades del sínodo, nombraron de comun acuerdo al obispo de Santiago para que resolviese las controversias que se habian suscitado. El señor Aldai, dice el autor de quien extractamos todas estas noticias, escribió con este motivo su erudita disertacion *Sobre las verdaderas i lejitimas facultades del Concilio provincial*, en la cual, al paso que se constituye defensor de los sagrados cánones i reglas apostólicas, manifiesta vastos conocimientos en todos los ramos de la jurisprudencia eclesiástica: obra digna de un padre de la iglesia, que le mereció los aplausos mas distinguidos del Concilio i que le diése éste el nombre de *Ambrosio de las Indias*,

Habiendo abierto la mencionada asamblea sus sesiones el 12 de enero de 1772, fué todavia el obispo de Santiago quien pronunció el sermón de apertura.

Despues de haber trabajado mucho en todas las reuniones que celebraron los padres hasta la última, regresó a su diócesis para continuar el curso de sus laboriosas tareas.

El obispo Aldai murió el 19 de febrero de 1788, «habiendo, dice el señor Eyzaguirre, a pesar de sus achaques i edad avanzada, celebrado órdenes i rezado el oficio divino hasta tres dias ántes de su muerte.»

Tuvo por sucesor al señor don Blas Sobrino i Minayo, que ya habia rejido la diócesis de Cartajena i de Quito. Habiendo sido promovido a la de Trujillo, le reemplazó en el obispado de Santiago el obispo de Concepcion, don Francisco José Maran, el año de 1795.

A este último le sucedió el doctor don José Antonio Mar-

tinez de Aldunate, que despues de haber desempeñado con celo el cargo de previsor i las primeras dignidades del coro de la catedral de Santiago, su patria, habia sido nombrado obispo de Huamanga. Habiendo sido trasladado de esta silla a la de Santiago, murió en 1810, a los pocos dias de haber tomado posesion de su nuevo empleo.

Este obispo, segun lo hemos referido en otra parte, fué tambien elegido vice-presidente de la primera junta gubernativa de Chile.

Los disturbios de la revolucion impidieron que el señor Aldunate fuese reemplazado prontamente. Su sucesor, el doctor don José Santiago Rodriguez, canónigo majistral de Santiago, i catedrático de la Universidad de San Felipe, no vino a consagrarse hasta el 29 de junio de 1816.

Era este un personaje de gran talento, de vastisima erudicion i que pasaba por ser de un carácter mui sostenido. Temiendo que las innovaciones politicas trajesen las innovaciones relijiosas, abrazó con ardor la causa de la metrópoli i llegó a ser uno de los miembros mas influyentes del partido realista.

Esto fué causa que el gobernador patriota, que se instaló en Chile, despues de la batalla de Chacabuco, le desterrase a la ciudad de Mendoza.

En 1821, el director O'Higgins le suspendió el destierro, i en 1822 le repuso en el gobierno de su diócesis.

Durante la época de este prelado i en el año de 1824, acaeció la venida del único Nuncio apostólico que ha llegado a Chile. En 1821 el director O'Higgins habia enviado al arcediano de la iglesia catedral, don José Ignacio Cienfuegos, con el carácter de plenipotenciario en la corte romana. El resultado de esta mision fué la venida del indicado Nuncio, don Juan Muzzi, arzobispo de Filipis, mandado por el Papa Pio VII, con facultades amplísimas para tratar con el gobierno sobre materias eclesiásticas. Mas, no habiéndose podido entender con los gobernantes chilenos, este personaje se volvió a Roma a fines del mismo año de 1824. Sin embargo, antes de partir disminu-

yó, a petición del mismo gobierno, el número de días festivos que se observaban por disposición del último sínodo del señor Aldai, concedió el indulto de la bula para comer carne en los días de abstinencia, i abrió la puerta a la secularización de los regulares.

A fines del año siguiente, 1825, las prevenciones políticas que los mandatarios del Estado abrigaban contra el obispo Rodríguez, los determinaron a espedir de improviso contra este prelado un decreto, por el cual le ordenaban salir sin tardanza para Valparaiso, donde le esperaba un buque que debía conducirle al puerto de Acapulco, en Méjico. Aunque este mandato ajitó bastante a la población, sin embargo, fué ejecutado en todas sus partes.

El señor Rodríguez pasó de Méjico a los Estados Unidos, de aquí a Francia, i en seguida a España, a donde llegó a fines de 1826.

Habiendo recibido de la corte de Madrid las consideraciones debidas a un partidario leal, permaneció allí, hasta que por influjo de sus parientes i numerosos amigos, el presidente don Fernando Errázuriz le concedió el año de 1831, su pasaporte para volver a Chile.

El señor Rodríguez, ansioso de regresar al seno de la patria, recibió esta noticia con la mayor alegría, pero murió casi repentinamente el 19 de mayo de 1832, cuando ya tenía preparado hasta su equipaje para emprender el viaje.

Desde el 19 de marzo de 1830, el obispo *in partibus* de Seran, señor don Manuel Vicuña, gobernó la iglesia de Santiago, con el carácter de vicario apostólico, hasta que erijida la mencionada iglesia en arzobispado, por disposición de Su Santidad Gregorio XVI, recibió el palio de primer arzobispo de ella, el 7 de febrero de 1841.

CAPITULO II

Ereccion del obispado de la Imperial.—Noticia acerca de su primer obispo.—Traslacion de la silla del obispado de la Imperial a Concepcion.—Serie de los prelados que gobernaron esta iglesia hasta la mitad del siglo XVIII.—El obispo Cimbron.—Serie de los obispos de Concepcion, hasta la creacion del arzobispado de Santiago.—Serie de los arzobispos de esta arquidiócesis.—Serie de los obispos de Concepcion, la Serena i Ancud, posteriores a la ereccion del arzobispado de Santiago.

Antes de hacer un resumen histórico del arzobispado de Santiago, vamos a volver atras para recorrer a la lijera los obispados de la Imperial i Concepcion.

El obispado de la Imperial fué erijido por el pontífice Pio IV, a ruegos del rei Felipe II, el 22 de mayo de 1563.

Ese mismo dia, el Papa nombró para primer obispo de la nueva diócesis al padre franciscano frai Antonio de San Miguel i Solier.

Habiéndose estraviado las bulas de la ereccion i del nombramiento, fueron vigorizadas, a peticion del mismo monarca, con fecha 30 de diciembre de 1567, por el Papa San Pio V.

El obispo San Miguel se distinguió por su amor a los indios, a quienes trató de proteger en cuanto pudo, i por su ardiente caridad, que le hizo arbitrar recursos para establecer un hospital a la cabecera de su diócesis. Fundó dos monasterios, uno en la Imperial i otro en Osorno, con el objeto de que sus miembros atendiesen a la educacion de las jóvenes indijenas i españolas, i un seminario para formar a los individuos que debian componer su clero. Asistió al concilio provincial que reunió en Lima Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, distinguiéndose entre los padres que lo compusieron i de los cuales era el mas anciano.

Habiendo gobernado la iglesia de la Imperial por espacio de veinte años, fué promovido a la de Quito; pero murió en 1591, ántes de tomar posesion de ella.

El dean de la Imperial, elevado al obispado de la misma iglesia, la gobernó desde 1589 hasta 1594, i murió sin consagrarse.

Despues de una vacante de dos años, recibe esta mitra, en 1596, el dominicano frai Rejinaldo Lizarraga.

Habiendo sido destruida por los araucanos la Imperial, bajo la administracion de este prelado, de acuerdo con su dean i Cabildo, trasladó la silla del obispado a la ciudad de Concepcion.

El señor Lizarraga fué promovido al obispado del Paraguai, en 1609.

Durante la vacante que siguió, el obispo de Santiago tuvo que nombrar gobernador para el obispado de Concepcion, por no haber en esta iglesia el número suficiente de capitulares.

Por real orden recayó este cargo, en 1611, en el padre Luis de Valdivia.

Entre tanto, el prelado nombrado para esta diócesis, don Carlos Marcelo Corni, es promovido a la de Trujillo, ántes de tomar posesion de la primera.

La promocion anterior hizo dar la mitra de Concepcion al franciscano frai Jerónimo Oré, que principió su gobierno en 1620 i murió en 1630.

Su sucesor, don Diego Zambrano i Villalobos, entró a ejercer aquella alta dignidad en 1656; pero habiendo sido promovido al obispado de Santiago en 1651, fué reemplazado en el de Concepcion en 1656 por frai Dionisio Cimbron de la órden de San Bernardo.

«Las circunstancias que rodearon a la iglesia de Concepcion, durante el tiempo que la gobernó el señor Cimbron, dice el historiador eclesiástico de Chile, fueron las mas azarasas que pueden imajinarse. Cansados los araucanos de sufrir el gobierno despótico i tiránico del jeneral Acuña, se sublevaron contra los españoles e invadieron i destruyeron los pueblos limitrofes a sus estados. Concepcion habria corrido igual suerte, a no haberse encontrado allí el jeneral con una buena guarnicion, que logró rechazarlos. Pero no obstante, ni cesaron de infestar su te-

ritorio, ni de cometer en él, por vía de represalia, cuánto mal podían. El señor Cimbron hizo presente al jeneral la verdadera causa de la guerra; i el pueblo que la consideraba en la torcida administracion del jefe, pidió amotinado su cabeza. El obispo necesitó echar mano de toda su autoridad para contener la sedicion. Acuña dejó en mando, como vimos en su lugar, i lo recibió del pueblo de Concepcion don Francisco de la Fuente Villalobos, quien lo ejerció hasta la llegada de don Pedro Portle Casanate, su sucesor. La suavidad, los ruegos i la persuasiva del señor Cimbron contribuyeron mui eficazmente a la restauracion de la paz.

«Visitada la parte de su diócesis que permitia el estado peligroso de la guerra, el obispo informó al soberano mui minuciosamente de la situacion del país, de la desmoralizacion de sus habitantes i de la suma ignorancia de todos.» Aunque las reales órdenes que vinieron a consecuencia de aquel informe no fueron obedecidas, no obstante el señor Cimbron reiteró sus informes al soberano; todos éstos son otras tantas elocuentes apolojías de la libertad de los indios, tan vejada en aquellos tiempos calamitosos.

«El rei, penetrado de las prendas aventajadas que adornaban al señor Cimbron, le honró con repetidas comisiones, que daban a conocer el alto concepto que hacia de su persona; i como prueba esplendente de su real afecto, le nombró interinamente de gobernador, capitan jeneral del reino i presidente de su Real Audiencia. Mas esta cédula del soberano llegó cuando el obispo era ya muerto.»

El señor Cimbron murió a principios de 1661.

Ponemos a continuacion una lista de sus sucesores, con especificacion del año en que tomaron posesion de su cargo.

Frai Andres Betancur, fraile menor, elegido obispo en 1674, murió sin haberse recibido.

Frai Francisco Vergara i Loyola, agustino—1676.

Frai Antonio Morales, de la orden de predicadores, consagrado para suceder al señor Vergara, naufragó en la costa de Tucapel.

Señor don Luis Lémus i Usategui, agustino, recibió en Madrid la consagracion de obispo para Concepcion, pero murió sin alcanzar a venirse.

Frai Martin Hjar i Mendoza—1695. Este prelado convocó a los curas de su diócesis el año de 1702, para celebrar el primer sínodo de Concepcion; pero no pudo llevarlo a su conclusion por haber sido asaltado de una grave enfermedad.

Señor don Diego Montero de Aguila—1712.

Señor don Juan Nicolarde—1716.

Señor don Francisco Antonio Escandon—1731.

Señor don Andrés Paredes; fué promovido a la mitra de Concepcion, pero no la aceptó.

Señor don Salvador Bermudes Becerra—1734.

Señor don Pedro Felipe Azúa—1743.—Este obispo celebró el sínodo, que puede considerarse como el primero de Concepcion, el 11 de octubre de 1744,

Señor don José de Toro Zambrano—1745.

Frai Pedro Anjel Espiñeira, franciscano—1762. Reunió el segundo sínodo de Concepcion a fines de 1774.

Señor don Francisco José Maran—1779.

Señor don José Tomas de Roa i Alarcon—1800.

Señor don Diego Antonio Martin de Villodres—1809.

Señor don José Ignacio Cienfuegos, obispo de Rétimo; tomó posesion de la iglesia de Concepcion en 1832 i renunció en 1838.

Señor don Diego Antonio Elizondo.

A petición del gobierno de Chile, Su Santidad Gregorio XVI creó el arzobispado de Santiago, que se estiende desde el rio Maule hasta el rio Choapa, entre el mar i los Andes, i que tiene por sufragáneas las diócesis de Concepcion, Serena i Ancud.

El primer arzobispo fué el señor don Manuel Vicuña, que murió el 3 de mayo de 1843.

Habiendo sido presentado para esta dignidad el dean de la iglesia catedral don José Alejo Eyzaguirre, tomó posesion del arzobispado en calidad de arzobispo electo el

10 de junio de 1844, pero renunció en abril del año siguiente.

El señor doctor don Rafael Valentín Valdivieso, que actualmente lo gobierna, fué consagrado el 2 de julio de 1848.

(1) «El gobierno del Ilmo. i Rmo. señor Valdivieso hace de este prelado el mas ilustre de los obispos chilenos. Durante mas de treinta años dirijió su diócesis con tanta sabiduría i acierto, que a su muerte la dejó en estado mui floreciente. Sus sabias pastorales manifiestan que atendió a todas las necesidades de la grei. Los seminarios, las nuevas órdenes relijiosas i casas de caridad i beneficencia, el aumento de las parroquias i la reforma del clero demuestran su celo apostólico. El afecto del rebaño a su pastor se manifestó elocuentemente en las entradas triunfales con que fué acogido en Valparaiso i Santiago a la vuelta de sus dos viajes a Europa, no ménos que con la inaudita pompa i concurrencia de sus funerales. Murió el señor Valdivieso el 8 de junio de 1878.

«El Ilmo. señor obispo de Martyrópolis, don Joaquin Larrain Gandarillas, entró a gobernar el mismo año la arquidiócesis como vicario capitular, cuya vacante se prolonga hasta la fecha (setiembre de 1882).»

El obispo de Concepcion que, despues de la ereccion del arzobispado de Santiago, se estiende desde el rio Maule hasta el rio de la Imperial, entre el mar i los Andes, tiene al presente por prelado al señor doctor don José Hipólito Salas.

El obispado de la Serena, que se estiende desde la estremidad septentrional de la república hasta el rio Choapa, fué creado en 1.º de junio de 1840. Tuvo por primer obispo al señor don José Agustín Sierra—1843. Actualmente está gobernado por el señor doctor don José Manuel Orrego.

El obispado de Ancud, creado el 6 de julio de 1840, se estiende desde el rio de la Imperial hasta la estremidad meridional de la república.

(1) Extractado de la obra del señor Muñoz Denoso.—(El editor.)

Los dos primeros sacerdotes que se presentaron para esta diócesis, frai José María Basabuchiascua i frai Ramon Arce, murieron sin recibirse.

El señor presbítero don Justo Donoso, presentado en seguida, recibió su confirmacion el 22 de noviembre de 1848.

Habiendo sido promovido este señor a la silla de la Serena, fué presentado para la de Ancud el señor presbítero don Vicente Gabriel Tocornal, pero renunció ántes de tomar posesion del gobierno de su diócesis.

«La iglesia de Ancud (1) ha sido gobernada por el Ilmo. señor frai Francisco de Paula Solar hasta junio del presente año (1882), habiendo fallecido en Santiago, en donde residia accidentalmente por causa de enfermedad i que fué la que lo llevó al sepúlcro. Actualmente está gobernada por un vicario capitular, i su diócesis se halla vacante miéntras se nombra un digno sucesor que lo reemplace.»

CAPITULO III.

Dominicos.—Franciscanos.—Mercenarios.—Jesuitas.—Ermitaños de San Agustin.—Monjas agustinas.—Monjas clarisas.—Otras órdenes relijiosas establecidas en Chile.—Individuos de las órdenes anteriores que se han distinguido por sus talentos o virtudes.

El resúmen de la historia eclesiástica de Chile seria sumamente incompleto, si al compendio de la vida de los obispos no agregásemos el de la fundacion de las comunidades monásticas. Procederemos en este trabajo segun el órden cronolójico.

Dominicos.—La orden de los dominicos fué la primera que se estableció en Chile. El año 1552, frai Jil Gonzalez de San Nicolas, con el carácter de vicario nacional, echó en Santiago los cimientos del primer convento.

Habiéndose propagado rápidamente el instituto de Santo Domingo, en el espacio de pocos años, i habiendo lle-

(1) Nota del editor.

gado a levantar conventos en las principales ciudades, el jeneral de la órden, Sixto Fabro, erijió en 1588 los espresados conventos en provincia independiente de los provinciales del Perú, bajo el título de San Lorenzo mártir.

Esta comunidad que, segun todas las probabilidades, fué la primera que estableció cursos de estudios, apoyados por el rei Felipe III, obtuvo del Papa Pablo V, en 1619, el privilejio de fundar, bajo la advocacion de Santo Tomas, una universidad que podia conferir los grados de bachiller, licenciado i maestro en filosofía, doctor en teolojía i cánones. Como durante algun tiempo ésta fué la única universidad que hubo en Chile, los dominicos ejercieron cierto predominio sobre los miembros de las otras comunidades relijiosas, que los miraban como los jueces que decidian de su suerte literaria.

Franciscanos.—El año 1553 llegó a Santiago el padre frai Martin de Robleda, con el cargo de comisario de su órden, i cuatro relijiosos para formar la comunidad del convento, que fundó en dicha ciudad el 20 de agosto del mismo año.

El capitulo jeneral celebrado en Valladolid en 1565, erijió a los franciscanos de Chile en provincia independiente bajo el nombre augusto de la Santísima Trinidad.

Mercenarios.—Dos individuos de esta órden, los padres Rondón i Correa, fueron los dos primeros sacerdotes que vinieron a Chile sirviendo de capellanes en la espedicion de Almagro. Correa, despues de muchos trabajos espirituales, fué tambien quien, con un celo i una actividad admirables, llevó a cabo, superando toda especie de dificultades, la fundacion del primer convento de su órden que hubo en Santiago. Esta nueva casa, que acabó de construirse el 10 de agosto de 1566, fué colocada bajo el patrocinio de San José.

Jesuitas.—Los individuos de esta célebre congregacion vinieron a nuestro país en 1593, teniendo por rector al padre Baltasar Peña hombre ya septuajenario, famoso por el celo que habia desplegado en la fundacion de la compañía, i por las persecuciones que habia soportado para

conseguirlo, principalmente en Zaragoza, en vida aun del fundador San Ignacio de Loyola.

A los pocos meses de haber establecido en Santiago su primer colejio, bajo el título de San Miguel, los jesuitas abrieron sus clases de estudios, a las cuales asistieron un gran número de seculares i de religiosos de las otras órdenes.

«El colejio de Santiago, dice el señor Eyzaguirre, continuó como parte integral de la provincia de Lima hasta el año de 1608, en el cual Claudio Acuviva instituyó la provincia de Chile, compuesta de los colejios i misiones que tenia la Compañía en este reino, en el Paraguai i en Tucuman, siendo Diego de Torres diputado para gobernarla en calidad de rector provincial. De mucho honor fué para los jesuitas de Chile reconocer por prelado a un hombre tan distinguido como el padre Torres, quien, a la práctica heroica de las virtudes de su profesion, juntaba el mérito relevante de haber fundado ya en América otra provincia para su orden. El provincial declaró al colejio de Santiago por cabeza de la nueva fundacion, i dió disposiciones para el establecimiento de otros: consiguiendo que en su tiempo se fundasen residencias en Mendoza i en Concepcion, en Arauco i en Buena Esperanza. Mas los colejios i residencias fueron multiplicándose en Chile i Paraguai de tal modo, que se hizo mui dificultoso visitarlos, por cuya razon el jeneral la dividió el 1827 creando dos, con el nombre de Tucuman, la primera, i de Chile, la segunda: ésta tuvo solamente título de vice-provincia, i quedó nuevamente subordinada al Perú. Mui poco tiempo subsistió la Compañía de esta manera, porque, como los colejios i residencias se aumentaban por instantes, su jeneral la constituyó en provincia independiente, nombrando por provincial de ella al padre Gaspar Sobrino.»

Para participar del prestigio que la Universidad de Santo Tomas daba a los dominicos, los jesuitas habian solicitado anteriormente del Papa Gregorio XV el privilejio de establecer una semejante en el colejio de San Miguel, lo que les fué concedido. Esta gracia dió oríjen a

cierta competencia entre las dos órdenes, i aumentó los medios de influencia de los discípulos de San Ignacio.

Al mismo tiempo que los individuos de la Compañía se dedicaban a la enseñanza, trabajaban en predicar la fé de Cristo en todo el país i principalmente en Arauco.

Hemos referido, en la parte política de este escrito, la manera como fueron espulsados de Chile.

Ermitaños de San Agustin. — Habiendo mandado Felipe II la fundacion en Chile de un convento de esta orden, el provincial de Lima, frai Alonso Pacheco, envió con el título de vicario provincial a frai Francisco Hervas, doctor célebre de la Universidad de aquella ciudad, para que llevase a cabo las disposiciones del monarca sobre el particular. Los padres agustinos tuvieron la desgracia de suscitarse aquí enemigos tan enconados, que fueron hasta pegar fuego a su convento; pero a pesar de todo, prosperaron tanto, que en 1612 el jeneral de la orden, frai Alejandro Senense, los constituyó en provincia independiente.

Monjas Agustinas. — El obispo frai Diego Medellin fué fundador de este monasterio, el primero que haya existido en Chile. Habiendo dejado de observarse en la creacion de este establecimiento las prescripciones de la Santa Sede i de la Corona, se declaró nulo todo lo obrado, i el 19 de setiembre de 1576 volvieron a recibir el hábito de manos del obispo, la fundadora doña Francisca Terrin de Guzman i otras seis señoras que se habian incorporado en el nuevo convento. Estas relijiosas adoptaron las reglas de San Agustin.

Monjas clarisas. — El primer obispo de la Imperial, frai Antonio de San Miguel i Solier, estableció dos monasterios bajo las reglas de Santa Clara, el uno en la cabecera del obispado i el otro en Osorno, bajo la advocacion de Santa Isabel. Cuando estas dos ciudades fueron destruidas en el gran alzamiento de los araucanos, las monjas de una i otra, despues de muchos padecimientos, se refugiaron a Santiago, donde unidas fundaron el monasterio de

las monjas clarisas, que existe hasta ahora en el barrio de la Cañada.

Un vecino de Santiago, llamado el capitán don Alonso de Campo Lantadilla, muerto a fines del siglo XVII, dejó sus bienes, que importaban mas de seiscientos mil pesos, para la fundación de un segundo monasterio de monjas clarisas. Esto dió origen al que se estableció bajo la advocación de Nuestra Señora de la Victoria.

A las comunidades religiosas, cuya venida a Chile hemos referido en las páginas que preceden, se agregaron los hospitales de San Juan de Dios, en 1615, que al presente se han estinguido; las religiosas *Carmelitas*, que fundaron en 1690 el monasterio de San José, vulgarmente *Cármén alto*; i en 1770 el de San Rafael, vulgarmente *Cármén bajo*; las *Capuchinas*, en 1727, las *Rosas*, en 1754; i las monjas *Trinitarias*, cuyo convento se fundó en la ciudad de Concepción, en 1729.

En los últimos años se han establecido en Chile los religiosos i las religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús i de María, los Capuchinos, las Hermanas de la Caridad, las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, las Hermanas de la Providencia, las Hermanas del Buen Pastor, i han vuelto los Jesuitas.

La mayor parte de estas órdenes han producido en Chile hombres mui notables por sus talentos i virtudes.

Entre los que brillaron por sus conocimientos literarios merecen una particular mención los padres jesuitas Alonso de Ovalle, Diego Rosales, Miguel Olivares i Juan Ignacio Molina, que han ilustrado con sus obras la historia política, eclesiástica i natural de Chile; el franciscano frai José Javier Guzman, que, despues de haberse mostrado patriota decidido, escribió un Compendio de la historia de la conquista i de la independencia; i el célebre jesuita Manuel Lacunza, autor de la obra titulada: *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*.

Ha habido un gran número de individuos pertenecientes a las órdenes monásticas que han sobresalido por sus virtudes i méritos cristianos; pero el mas esclarecido es

un lego de la Recoleccion franciscana, llamado frai Pedro Bardesi, que vivió en el siglo XVII. Era nacido en Vizcaya i tenia padres ilustres. Habiendo pasado a América, se dedicó primero en Méjico a las especulaciones del comercio, i despues en el Perú al laboreo de las minas, hasta que creyó oír una voz del cielo que le ordenaba venir a tomar el hábito en un convento de recoletos franciscanos que existia en Santiago de Chile, a orillas del Mapocho. Bardesi obedeció este mandato celestial, i entró de lego en el espresado convento el año de 1667. Su vida fué edificante i admirable por toda especie de actos de devocion i caridad. El pueblo le atribuía el don de profecias i de milagros. A su muerte, ocurrida en 1700, el obispo Gonzalez Puebla ordenó que se le levantara una informacion juridica de todos los prodijios que se referian del venerable lego. Actualmente se ajita la conclusion de los procesos de su beatificacion.

FIN.

INDICE

CAPITULO I.

Francisco Pizarro i Diego de Almagro.—Compañía que éstos celebraron con Luque para el descubrimiento del Perú.—Tentativas de los socios para realizar su proyecto.—Viaje de Pizarro a España.—Desavenencia i reconciliación de éste con Almagro.—Situación del Perú al arribo de los españoles.—Prisión de Atahualpa.—Rescate que ofrece para obtener la libertad.—Distribución del rescate entre los españoles.—Muerte de Atahualpa.—Invasión de Alvarado. 5

CAPITULO II.

Desavenencias de Pizarro i Almagro con motivo de la ciudad del Cuzco.—Determinación que toma Almagro de ir al descubrimiento i conquista de Chile.—Ocupación anterior de una parte de este país por los incas.—Descubrimiento del Estrecho de Magallanes.—Espedición de Loaísa.—Id de Almagro a Chile.—Paso de los Andes por los Españoles.—Exploración de Chile practicada por Almagro.—Vuelta de los conquistadores al Perú.—Fin de Diego de Almagro.—Espedición de Alcazaba..... 12

CAPITULO III.

Pizarro encarga a Pedro de Valdivia el descubrimiento de una parte de Chile.—Compañía de Valdivia i Pedro Sancho de la Hoz para la conquista del país mencionado.—Fundación de Santiago.—Llega a Chile la noticia de la muerte de Pizarro.—El Cabildo de Santiago nombra a Valdivia gobernador de la colonia.—Conspiración contra

este mandatario.—Insurreccion de los indijenas.—Viaje de Monroí al Perú en busca de auxilios.—Sublevacion de los colonos peruanos, acaudillados por Gonzalo Pizarro, contra las autoridades lejitimas.—Viaje de Valdivia al Perú, i sus esfuerzos para resablecer el órden en este país.—Recompensa que el presidente L. Gasca dá a Valdivia en premio de sus servicios.—Progresos que hace este conquistador en la ocupacion de Chile.—Viaje de Alderete a España.—Insurreccion de los Araucanos.—Batalla de Tucapel i muerte de Valdivia..... 19

CAPITULO IV.

Testamento de Pedro de Valdivia.—Francisco de Villagra marcha contra los araucanos i es derrotado.—Pretensiones encontradas de Aguirre i Villagra sobre a cuál de los dos correspondia la direccion suprema de la colonia.—Decision del gobierno del Perú.—Malos efectos de la decision anterior.—Villagra es encargado de la administracion de Chile con el título de correjidor.—Espedicion de Lautaro a quende el Maule.—Muerte de Lautaro.—Nombramiento de don García Hurtado de Mendoza para gobernador interino de Chile.—Victorias que obtiene don García sobre los araucanos.—Caupolican intenta contra un convoi español una sorpresa que se le frustra.—Muerte de Caupolican.—Espedicion de don García a las rejiones australes i descubrimiento del archipiélago de Chiloé.—Id. de Ladrillero al Estrecho de Magallanes.—Asalto del fuerte de Quiapo.—Don García Hurtado de Mendoza se vuelve al Perú. 27

CAPITULO V.

Reveses del gobernador Francisco de Villagra, en su guerra con los araucanos.—Su muerte.—Nombramiento de Rodrigo de Quiroga para gobernador interino.—Muerte del primer obispo de Santiago, Gonzalez de Marmolejo.—Conquista de Chiloé.—Creacion de la Real Audiencia de Concepcion.—Id. del Obispado de la Imperial.—Supresion de la Audiencia de Concepcion.—Administracion de Rodrigo de Quiroga.—Nombramiento de don Alonso de Sotomayor para gobernador de Chile.—Id. de don Martin García Gñez de Loyola para el mismo empleo.—Introduccion de los jesuitas en Chile.—Muerte de Oñez de Loyola.—Insurreccion jeneral de los araucanos despues de este suceso.—Saqueo de la ciudad de Castro, por un pirata holandés.—Traslacion del gobernador Rivera a la provincia de Tucuman.—Nombramiento de García Ramon para gobernador.—Creacion de la Real Audiencia de Santiago.—Gobiernos interinos de Merlo de la Fuente i de Jara Quemada..... 39

CAPITULO VI.

Informe dado a la corte de España por el padre jesuita Luis de Valdivia, acerca de la triste condicion de los indijenas en Chile i de las causas que prolongaban la guerra de Arauco.—Felipe III acepta las indicaciones del padre Valdivia i le da plenos poderes para ponerlas en ejecucion.—El padre Valdivia principia felizmente la realizacion de su proyecto.—Fuga de las mujeres de Ancanamun i fatales consecuencias que produce.—Animosidad de los militares i encomenderos contra el jesuita Valdivia.—El gobernador Alonso de Rivera declara la guerra ofensiva contra las órdenes del rei; pero el padre Valdivia hace que la audiencia le obligue a permanecer a la defensiva.—El monarca desaprueba la conducta del Gobernador.—El gobernador Ulloa i Lémus, a quien la corte deja la resolucion de la cuestion, se decide por la guerra ofensiva.—El padre Valdivia se retira a España.—Los tres gobernadores que suceden a Lémus mantienen la guerra defensiva.—El gobernador Córdova vuelve a declarar, por órden del rei, la guerra ofensiva.—Gobierno de don Francisco Lazo de la Vega.—Parlamento de Quillin.—El corsario holandés Brower.—Reedificacion de la ciudad de Valdivia.—El marques de Baides renuncia el gobierno de Chile.—Segundo parlamento de Quillin.—Terremoto de 1647.—Muerte del gobernador Mujica.—Gobierno interino de Córdova i Figueroa..... 40

CAPITULO VII.

Nombramiento de Acuña para gobernador interino de Chile.—Despotismo de este mandatario.—Abuso de sus cuñados.—Acuña se ve obligado a tomar providencias contra ellos.—A pesar de todo, el gobernador dá el mando de un ejército expedicionario contra los «cuncos» a su cuñado don Juan Salazar.—Se ve obligado a hacerle enjuiciar por su torpeza, pero vuelve a darle el mando del ejército.—Levantamiento jeneral de los araucanos.—Insurreccion del pueblo de Concepcion contra Acuña.—Cobardía de don Juan Salazar.—El virei del Perú destituye a Acuña i le nombra un sucesor.—Gobierno de Portel Casanate.—Administracion de Pereda.—Su sucesor Meneses le manda prender con olvido de las consideraciones que le eran debidas.—Pereda es sometido a juicio i sale absuelto.—Guerra del Gobernador Meneses con los araucanos.—Meneses concede la paz a los indijenas.—Desavenencias del gobernador con las otras autoridades.—Acusacion i enjuiciamiento de Meneses.—Gobierno del marques de Navamorquende.—Primer chileno que tuvo el

mando supremo del país.—Guerra del gobernador Henriquez con los araucanos.—Paces que ajusta con ellos.—Corsarios ingleses.—Gobierno de don José de Garro. 48

CAPITULO VIII.

Insurreccion de los araucanos en tiempo del gobernador Marin de Poveda.—Carácter codicioso del gobernador Ibañez i Peralta.—Las guarniciones de algunas plazas de la frontera se amotinan contra él.—Este gobernador es separado del mando por la corte i sometido a juicio.—Mala acogida que se da en el país al gobernador Ustáriz.—Movimiento de los indios prontamente sofocados.—Ustáriz es sometido a un juicio de residencia en el cual sale condenado.—Guerra con los araucanos bajo la administracion de Cano de Aponte.—El comodoro ingles Jorge Anson.—El gobernador Manso funda un gran número de poblaciones.—El gobernador Ortiz de Rosas continua el sistema de poblaciones principiado por su antecesor.—Terremoto.—Establecimiento de la Universidad de San Felipe i de la casa de moneda de Santiago.—Gobierno de Amat i Juniet..... 55

CAPITULO IX

El gobernador Guill i Gonzaga intenta fundar poblaciones en el interior de Arauco.—Insurreccion de los indígenas.—Espulsion de los jesuitas.—Gobierno interino del oidor Balmaceda.—El gobernador Morales celebra la paz con los araucanos.—Gobierno de Jáuregui.—Id. de Benavides.—Id. de O'Higgins.—Id. de Avilés.—Id. de don Joaquín del Pino.—Id. de Muñoz de Guzman..... 61

CAPITULO X.

Invasion de España por el ejército de Napoleon i usurpacion de José Bonaparte.—Efecto que la noticia de los sucesos anteriores produce en las colonias de América.—El brigadier Carrasco se encarga del gobierno interino de Chile, contrariando a la Real Audiencia.—Carácter de este mandatario.—Sus desavenencias con las otras autoridades.—Prision de Rojas, Ovalle i Vera.—El cabildo i vecindario de Santiago piden la libertad de los tres presos afianzando las resultas del proceso.—Carrasco da una respuesta evasiva i ordena que los tres presos sean conducidos a Lima.—Ajitacion del pueblo de Santiago con este motivo.—Acuerdo de la Real Audiencia.—Carrasco

Es obligado a entregar el mando al conde de la conquista.—Luchá del cabildo i de la audiencia para dominar en el ánimo del conde.—Establecimiento de una junta gubernativa, el 18 de setiembre de 1810.—Trabajos de la junta.—Motín de Figueroa i sus consecuencias.—División de los patriotas en dos bandos.—Reunion del primer congreso.—Movimiento del 4 de setiembre, capitaneado por Carrera.—Descontento de Carrera i consecuencias que tuvo.—Disolucion del Congreso.—La provincia de Concepcion se separa de Santiago.—Convenio celebrado entre Rosas i Carrera.—Contra-revolucion en Valdivia.—Caída de Rosas.—Gobierno de Carrera, 69

CAPITULO XI.

Invasion de Pareja.—Primeras operaciones de la campaña de 1813.—Sitio de Chillan.—Ventajas de los realistas.—Batalla del Roble.—Carrera es separado del mando del ejército i reemplazado por O'Higgins.—Llegada del jeneral realista Gainza.—Toma de Talca por los españoles.—Creacion de un director supremo.—Campaña de 1814.—Situacion de los belijerantes despues de la accion de Quechereguas.—Noticias desfavorables para los patriotas, venidas del esterior.—Convenio de Lircal.—Movimiento operado por Carrera en Santiago el 23 de Julio de 1814.—Guerra civil.—Desembarco de Ossorio.—Reconciliacion de los bandos patriotas.—Batalla de Rancagua.—Emigracion a Mendoza, 79

CAPITULO XII

Ocupacion de Santiago por los españoles.—Política adoptada por Ossorio.—Confinacion de muchos ciudadanos respetables al presidio de Juan Fernandez.—Confiscaciones e impuestos vejatorios.—Asesinato perpetrado por los talaveras en la cárcel de Santiago.—Ossorio es reemplazado en el gobierno de Chile por Marcó del Pont.—Establecimiento del tribunal de vijilancia.—Providencias fiscales de Marcó.—Este mandatario rehusa dar cumplimiento al indulto concedido por el rei a los confinados de Juan Fernandez.—Viaje de don José Miguel Carrera a Estados Unidos.—El jeneral San Martin organiza en Mendoza una expedicion para libertar a Chile.—Ardidés de este jefe para desorientar a Marcó acerca del punto que elejiria para atravesar la cordillera.—Don Manuel Rodriguez levanta una montonera.—Sistema de defensa adoptada por Marcó.—Batalla de Chacabuco.—Fuga de Marcó.—Eleccion de don Bernardo O'Higgins para director supremo de Chile.—Batalla de Curapaligüe.—Id del Gavilan.—Asalto de Talcahuano.—Proclamacion de la independen-

cia de Chile.—Llegada del jeneral realista Ossorio.—Sorpresa de Cancha-Rayada.—Efectos que produjo en Santiago la noticia de este desastre.—Don Manuel Rodríguez con las exhortaciones i el ejemplo reanima el valor i el patriotismo del vecindario de la capital.—Batalla de Maipo..... 90

CAPITULO XIII.

Desaliento de los realistas despues de la batalla de Maipo.—Primera aparicion de Vicente Benavides—Sistema inhumano que adopta para hacer la guerra.—Derrota de este caudillo en Curapalí.—Formacion de la primera escuadra nacional.—Toma de la fragata *María Isabel* i de varios trasportes importantes.—El almirante Cochrane.—Toma de la plaza de Valdivia.—Organizacion de la espedicion libertadora del Perú.—Segunda aparicion de Benavides.—Ventajas que obtienen las tropas de este caudillo.—Batalla de Talcahuano.—Id. de la alameda de Concepcion.—Despues de las dos acciones precedentes, Benavides se levanta mas formidable que nunca.—Batalla de las vegas de Saldías.—Prision de Benavides.—Su muerte. 101

CAPITULO XIV.

Descontento contra la administracion del Director O'Higgins.—Triste suerte de los tres hermanos Carrera.—Reunion de la convencion de 1822.—Caída del Director O'Higgins.—Nombramiento del jeneral Freire para Director de la república.—Espedicion auxiliar al Perú.—Espedicion a Chiloé.—Reconocimiento de la independencia de Chile por España. Cronolojía de los gobernantes que han rejido la república desde 1826 hasta la fecha. 113

APENDICE.

RESÚMEN DE LA HISTORIA ECLESIASTICA DE CHILE.

CAPITULO I.

Introduccion del cristiano en Chile.—Primera iglesia que se levantó en el país.—Primeras misiones para convertir a los indios.—Primeros sacerdotes que tomaron a su cargo la propagacion de la fé entre los indijenas.—Dificultades que encontró en Chile la introduccion del cristianismo.—Ereccion del obispado de Santiago.—Noticias acerca del primer obispo, González Marmolejo.—Cuestion de límites entre las iglesias de Santiago i la Imperial.—Noticias acerca del obispo Barrionuevo.—El obispo Fr. Diego de Medellín.—Desavenencias del obispo Espinosa con la Audiencia.—El obispo Villarreal.—El obispo Zambrano i Villalobos.—Arancel de curas.—Serie de los obispos de Santiago, hasta la mitad del siglo XVIII.—Noticias acerca del obispo don Manuel Aldai.—Sucesores del señor Aldai.—Elevacion del señor Rodríguez al obispado de Santiago.—Llegada de un nuncio apostólico.—Destierro del obispo Rodríguez.—Su muerte.—Ereccion del arzobispado de Santiago. 125

CAPITULO II.

Ereccion del obispado de la Imperial.—Noticia acerca de su primer obispo.—Traslacion de la silla del obispado de la Imperial a Concepcion.—Serie de los prelados que gobernaron esta iglesia hasta la

mitad del siglo XVIII.—El obispo Cimbron.—Serie de los obispos de Concepcion hasta la creacion del arzobispado de Santiago.—Serie de los arzobispos de esta arquidiócesis.—Serie de los obispos de Concepcion, la Serena i Ancud, posteriores a la ereccion del arzobispado de Santiago....., 137

CAPITULO III.

Domínicos.—Franciscanos.—Mercenarios.—Jesuitas.—Ermitaños de San Agustin.—Monjas agustinas.—Monjas clarisas.—Otras órdenes religiosas establecidas en Chile.—Individuos de las órdenes anteriores que se han distinguido por sus talentos o virtudes., 142

